

Publicado por:
Nova Casa Editorial
www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com

© 2019, Ana Coello
© 2022, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor
Joan Adell i Lavé
Coordinación
Cristina Zacarías Ribot
Corrección
Liz Quintero
Cubierta
Yamuna Duarte
Maquetación
Elena López Guijarro
Revisión
Noelia Navarro
Impresión
PodiPrint

Primera edición: **noviembre de 2015**

Segunda edición: **enero de 2018**

Tercera edición: **septiembre de 2022**

Depósito Legal: B 27907 - 2015

ISBN: 978-84-16281-59-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ANA COELLO

Belleza atormentada



Nova Casa | *Zelá*

∞ 1 ∞

Observaba por la ventana ese paisaje que ya se había vuelto monótono y aburrido un par de horas atrás. Sin embargo, no tenía otra cosa que hacer, ahí, dentro de ese vehículo. Hablar con Cristóbal era inútil y por otro lado, tampoco lo deseaba. Hacía mucho tiempo que la relación se había roto, ya no quedaba más que decir. Al principio eso había dolido mucho, pero a esas alturas ya estaba acostumbrada a vivir así.

Las últimas semanas, en especial, se convirtieron en una pesadilla. Recordaba cada momento mientras perdía la vista en el exterior: el desastre en aquella tienda en parte causado por ella, las acusaciones de Mayra. De solo evocarla se le revolvía el estómago. Las circunstancias la estaban obligando nuevamente a no ser dueña de su destino, a pesar de haber cumplido los veintidós años hacía poco, y lograr concluir una carrera que no le gustaba en lo absoluto, pero a la que accedió entrar presa de las presiones de Cristóbal y chantajes de esa mujer.

La música de fondo la hacía caer aún más hondo en sus pensamientos. La vida que le deparaba no sonaba en lo absoluto atractiva, al contrario. Aun así, no podía ser peor de lo que ya era.

Varias veces escuchó decir que el mejor amigo de su hermano, dueño de aquel sitio al que se dirigían, se convirtió en un hombre amargado y duro después de la muerte de su esposa. Lo recordaba bastante de su niñez y vagamente en la boda de Cristóbal. Sin embargo, eso no le decía nada sobre él. Por otro lado, ese día fue, después de la muerte de sus padres, uno de los peores de su vida.

El nudo en el estómago de aquel momento regresó de pronto. Volteó hacia Cristóbal sintiendo pena y coraje. Si no fuera tan ciego todo en ese momento sería muy diferente y ella no tendría constantemente esas ganas de gritar para que alguien la escuchara, para que a alguien le importara.

—Ni se te ocurra mirarme así, tú sola te metiste en todo esto.

Andrea volcó los ojos harta de oír siempre lo mismo. El tono de Cristóbal le dejaba ver que hablaba en serio. Llevaban más de dos semanas sin poder comunicarse educadamente. Todo eran gritos y reclamos por parte de los dos. Lo cierto era que alcanzaba a ver el lado positivo de la situación: no estaría más en aquella casa ni tendría que aguantarlos por un año y, cuando el plazo terminara, haría su vida en otra parte lejos, muy lejos de ese par.

Una hora después se desviaron de la carretera central para tomar una pequeña brecha. Al parecer el lugar de verdad estaba en el fin del mundo. La hacienda quedaba a unas cinco horas de la capital de Veracruz, donde habían aterrizado un día antes, por la noche, en un vuelo privado. No obstante, Cristóbal había decidido no ir hasta allá por aire, ya que Mayra no tenía interés de acompañarlos a ese sitio tan aislado, y decidió instalarse en la comodidad de un hotel mientras aguardaba a que él regresara. Así eran las cosas... con ella siempre se hacía lo que deseaba.

Intentó perderse de nuevo en el camino. Por lo que había escuchado a lo largo de su infancia, en ese lugar al que se dirigían se cosechaba café y caña de azúcar, que surtía a casi todo el país y el extranjero, por lo que su ubicación era clave, así que el lugar debía ser templado y contar con todas las condiciones para que su enorme producción fuera de la más alta calidad.

Recordaba que Cristóbal solía pasar muchas vacaciones ahí y que ella, incluso, había ido algunas veces con sus padres, pero de eso ya hacía mucho tiempo. Los padres de Matías y los suyos mantuvieron una entrañable amistad, por lo que la relación siempre fue muy fuerte entre ellos. Ahora sus progenitores residían en Europa. Desde allá se manejaba la industrialización del producto y él decidió quedarse al mando de la producción, enterrándose en ese lugar tan apartado de todo.

Después de una hora por fin llegaron a lo que al parecer era la entrada del sitio. Una reja enorme e imponente, custodiada por varios hombres que iban armados, se levantaba frente a ellos. Cristóbal bajó el vidrio una vez que detuvo la camioneta que le habían proporcionado en Córdoba, cerciorándose a su vez de que, quienes lo seguían, hicieran lo mismo.

Uno de los guardias de aquel paraje se acercó tranquilamente.

—Buenos días, soy Cristóbal Garza. Tu patrón me espera.

—Por supuesto, señor, solamente debo pedirle una identificación.

—Su hermano sacó de la billetera lo que le pedían y la mostró.

—Bienvenido, señor Garza. Adelante.

—Gracias, ellos vienen conmigo —señaló al otro auto. Los hombres asintieron abriendo el gigante portón permitiéndoles el ingreso, no sin antes observar con discreta curiosidad a Andrea.

El camino continuó por quince minutos más. La joven miraba todo con notoria indiferencia. Kilómetros y kilómetros de sembradíos, hombres a caballo por doquier. Comprendió que estaría completamente aislada del mundo. Allí el tiempo parecía haberse detenido, todo era naturaleza, verdor, animales...

Recargó la cabeza en el respaldo cerrando los ojos. *Un año, solo un año*, pensaba una y otra vez, sintiéndose vacía y sin vida. Era eso o tener antecedentes penales por estar involucrada en aquella... situación. No podía arriesgarse, si eso sucedía no podría rehacer su vida en otro sitio lejos de todo y por sus propios medios. Esa fue la única ocasión en la que agradeció el haber tenido dinero ya que, gracias a eso, todo se había solucionado de la mejor manera.

Por primera vez en casi diez años, Mayra, Cristóbal y Andrea estuvieron de acuerdo, solo que por motivos muy diferentes. Para ella era una oportunidad de comenzar de nuevo, mientras para Mayra era la ruina ante la sociedad a la que luchaba tanto por pertenecer, por la que había hecho tantas atrocidades y que si eso sucedía, sus planes se vendrían abajo en un segundo. Y para su hermano representaba poner en entredicho la buena imagen del enorme conglomerado que sus padres les heredaron al morir, al cual Andrea achacaba toda su infelicidad y detestaba con fervor.

—Llegamos. —Cristóbal apagó el motor. Respiró profundo abriendo al fin los párpados. La casa era enorme, parecía un palacete salido de un sueño, todo era cantera y ventanas. No la recordaba así. Por mucho que intentara encontrarla en su memoria. Jaló la manija de la puerta juntando ánimos para bajar; se sentía intimidada ante lo majestuoso e inmenso del sitio. En donde posaba la vista había vegetación. De una forma muy particular la eclipsó; estaba maravillada—. Vamos, baja tus cosas —ordenó su hermano.

Sacó con poco esfuerzo el equipaje que llevaba. Sonrió al recordar el tipo de ropa que había elegido. Durante varias semanas optó por mostrar un *look dark*; decisión pensada para molestar a la esposa de su hermano. Como la nueva imagen había obtenido el efecto deseado no la cambió, pese a que eso implicaba que la gente la viera como a una chica inmadura y desequilibrada. Su aspecto nunca había tenido importancia para ella. Regularmente tenía otras cosas más importantes en las cuales ocupar su cabeza, por lo que tener los ojos pintados de ese negro intenso y los labios color sangre, no le representaba ningún problema.

Arrastró la maleta con descuido hasta quedar a un lado de Cristóbal.

Una señora delgada y alta, de gesto duro, ya estaba ahí saludándolo. Al verla no pudo esconder su impresión. La joven estaba acostumbrada: todo el mundo se alarmaba por su imagen. *Su problema*, se dijo evitando reír.

—Tú debes de ser Andrea —aseguró la mujer con un tono de voz áspera. No le contestó, simplemente se limitó a devolverle la misma mirada de desaprobación—. Matías no tarda en llegar, ya le han avisado. Pasen. —Cristóbal caminó al lado de ella, despreocupado. Era evidente que se conocían por la forma en la que se hablaban y trataban. Acostumbrada a ser ignorada, avanzó tras ellos arrastrando nuevamente su equipaje.

Las cosas no se las iban a hacer fáciles ahí, al percatarse de ello tragó saliva un poco preocupada por lo que le deparaba. Sin embargo, no se dieron cuenta de eso ninguna de las dos personas que caminaban frente a ella. Otra cosa a la que estaba habituada; sabía muy bien guar-

dar sus emociones. Poseía un enorme orgullo que habían intentado pisotear de las formas más crueles y viles, pero que consiguió mantener a pesar de todo.

Los escalones para poder llegar hasta la puerta eran grandes y altos. Los subió con un poco de dificultad. Al llegar rodó con desgano el equipaje. Cruzó la entrada sin prestar mucha atención a los detalles. Cristóbal y la mujer seguían conversando cariñosamente. La joven esperó tras ellos con el gesto torcido, concentrándose en la música de su *celular*.

De repente, a su lado izquierdo, notó que alguien se acercaba. Viró su rostro con desgarbo y se desconcertó al ver quién era. Matías lucía mayor, no obstante, era extremadamente guapo y varonil. *Los años le sentaron*, pensó, *o yo ya no soy una niña*. Su boca se secó mientras él caminaba hasta ellos de forma segura y firme.

¡Vaya, el hombre destilaba masculinidad! Su gesto era de total seriedad, apenas le echó un vistazo para enseguida posar su atención en la pareja que estaba frente a ella conversando animadamente. Desvió la mirada perdiéndola en las enormes escaleras de cantera y madera que se extendían frente a ella. No quería que se percataran de lo asombrada que se había quedado al verlo.

—Llegaron temprano... —alcanzó a escuchar Andrea por detrás de la música que oía. Ambos hombres se saludaron calurosamente.

—Salimos a primera hora de Córdoba. —Enseguida Cristóbal volteó hacia su hermana, haciendo alusión al motivo por el que ahí se encontraban.

—Hola, Andrea —la saludó Matías, con tono plano, indiferente.

—Hola —respondió de la misma forma, aunque a decir verdad su respiración paró por unos segundos. El hombre tenía una mirada embriagadora, sensual, algo decadente que no la dejaba pensar con la mente clara.

Matías la observó con desconcierto. Había crecido mucho en los últimos años. Era imposible saber cómo era su rostro con esas plastas de pintura que la hacían parecer un payaso mal caracterizado. Era alta y, por lo que podía adivinar, delgada, sin embargo, la ropa tan holgada y

mal puesta no permitía percibir nada de ella. Su cabello era demasiado largo, lucía bastante sucio, oscuro y descuidado, una parte lo llevaba sobre el rostro. Verla así resultaba decepcionante. Sabía que, desde la muerte de sus padres, había dejado de ser una niña dulce y parlanchina, como conoció.

Ahora era una mujer muy inmadura, provocadora de desastres y conflictos en donde estuviera. De hecho, por eso estaba ahí, recordó, por ser parte de un intento de robo a una tienda departamental en donde un chico había quedado herido. El juez, gracias a las influencias de Cristóbal, no la condenó, al igual que los dueños del gran almacén. Aun así, la obligaron a permanecer alejada durante un año demostrando que podía ser responsable y que dejaría las drogas a un lado para convertirse en una buena ciudadana. De lo contrario no habría contemplaciones y un escándalo de enormes proporciones caería sobre ellos, poniendo en peligro incluso su estabilidad económica y su gran reputación. Cristóbal le suplicó que lo ayudara, no quería internarla en una institución ya que debía ser discreto. Matías no creía poder hacer mucho, no cuando Andrea parecía ser un huracán sin control. Prometió intentarlo después de hablar con sus padres y aceptar apoyar a los hijos de sus mejores amigos.

—Te mostraré la recámara en donde te quedarás, síganme. —Matías tomó su maleta y comenzó a subir los escalones. Andrea lo observó desconcertada, nadie solía tener atenciones con ella, ni siquiera la gente que trabajaba en su casa. Fue tras la pequeña comitiva sin muchas ganas.

La parte de arriba era muy amplia. Contaba con varias puertas, justo la que quedaba al frente se hallaba cerrada, una larga pared y unas sillas, después otra, esta se encontraba abierta y Matías se dirigía hacia allá. Unas puertas más de lado derecho e izquierdo, un pequeño *hall* con sillones, estanterías llenas de libros y videos; una enorme pantalla plana se encontraba entre dos habitaciones del lado izquierdo y varios cuadros decorativos, que en conjunto hacían un lugar moderno y clásico a la vez.

—Andrea, esta será tu habitación. —La joven entró sin hacer aspaviento, asintiendo. El lugar era agradable y muy amplio. Contaba con

una enorme cama, cuidadosamente vestida, con colchas en diferentes tonos de café; un ventanal del lado derecho de piso a techo; un par de sillones de frente con una pequeña mesa en medio; un tocador de lado izquierdo y una puerta de madera tallada justo frente a ella.

Matías subió su equipaje a la cama.

—Ábrelo por favor.

Andrea frunció el ceño, extrañada al escucharlo. Se dio cuenta, por su expresión, de que no bromeaba.

—Pero...

—Ábrela y saca tu ropa interior, dásela a María para que la acomode donde irá —la miraba serio y no bromeaba. Cristóbal esperó la reacción de su hermana. Andrea se acercó dudosa e hizo lo que Matías le decía sin entender qué era lo que sucedía. Comenzó a sacar lentamente sus cosas sin pudor. María las tomó y se dirigió hacia el baño. Una vez que terminó, no se movió.

—Es toda. —Matías se acercó a ella y comenzó a sacar todo lo que había en el interior de la maleta—. ¿Qué haces?, son mis cosas —hería de indignación. No podía creer lo que hacía.

—Verificar que la maleta esté limpia.

—Claro que está limpia, ¿de qué hablas? —Intentó quitarlo. Matías no se movió ni un centímetro y continuó haciendo su labor.

—Sé perfectamente en qué estás metida y mientras permanezcas en esta casa olvídate de todos tus «pasatiempos». —Andrea abrió la boca para defenderse. Al mirar a Cristóbal, se dio cuenta de que él era quien le había proporcionado esa información, ¡maldita sea!—. Además, toda esta ropa no te va a servir. No distraerás a mis trabajadores con esa mala caracterización de un payaso salido de la oscuridad. Aquí te vestirás como el resto, trabajarás como el resto y no causarás un solo problema. ¿Entendido?

—No traje más ropa —logró decir con un hilo de voz. Matías posó sus ojos sobre su figura, despectivo, y enseguida giró hacia su amigo.

—Ella no se puede quedar con esos disfraces, Cristóbal. La Magdalena está a una hora, uno de mis trabajadores de confianza te guiará. Por favor, asegúrate de traer toda lo que se puede usar en este lugar:

vaqueros, zapatos cómodos, blusas, chamarras, en fin; lo que creas necesario y, por favor, que sea de su talla, esto es patético —señaló el atuendo que portaba ella en ese instante. Cristóbal asintió disfrutando del evento. Al fin alguien parecía que podría meterla en cintura.

—¡No puedes hacer eso, Matías, no tienes ningún derecho! —deseó hacerlo entrar en razón. Andrea tenía ganas de llorar, de gritar. Pero consiguió que su voz se escuchara tranquila e inmutable. Volteó hacia ella con gesto estoico.

—Pásame tu mochila y quítate esos audífonos, por favor —solicitó. La chica hizo lo que le acababa de pedir sabiendo que no tenía más remedio. Matías parecía ser bastante inflexible y autoritario. Respiró hondo rogando que ese año pasara lo más rápido posible. Él la abrió y la revisó—. De acuerdo, todo esto no lo necesitarás. La computadora, la mayoría de tus cosméticos, todo esto es inútil aquí, así que... me las quedaré hasta que crea que puedes tenerlas. Dame tu teléfono, —ordenó. La joven dio un paso hacia atrás instintivamente. No llevaba más de quince minutos en aquel lugar y parecía que iba a ser peor que en su propia casa—. Andrea, dámelos o no te quedarás —advirtió serio. Lo miró asombrada, estupefacta en realidad.

—Por favor... —rogó. Él negó rotundamente manteniendo extendida la mano.

—¿No entiendes por qué estás aquí? No es un paseo ni unas vacaciones. Madurarás te guste o no. No eres digna de mi confianza después de saber todo de lo que eres capaz, así que no mantendrás contacto con nadie a menos que yo lo sepa y no te aislarás con eso que escuchas. —Andrea no iba a discutir con él, ya había tratado de defenderse demasiadas veces y estaba muy cansada de hacerlo. Le se lo dio mostrando indiferencia—. Perfecto. El desayuno se sirve a las seis treinta, si no llegas a esa hora, no comerás. A las siete uno de los trabajadores siempre te esperará para llevarte a tus quehaceres del día. Aquí quien no trabaja no come. De la recámara, así como de todas tus cosas, te encargas tú y deben estar limpias y en orden. Tu cabello debe permanecer agarrado y tú correctamente vestida. No quiero que distraigas a nadie con tu aspecto. María —giró hacia la mujer a la que

le había dado su ropa hacía unos minutos para que supiera a quién se refería—, tiene tanta autoridad como yo. La obedecerás en todo, no quiero una sola queja, ¿está todo claro? —preguntó. Asintió seria—. Bien. Otra cosa: no quiero la puerta de la habitación con llave, nadie entrará sin tocar, pero debido a tus antecedentes no puedes tener ese derecho. Ahora, por favor, date un baño, lávate bien el cabello y quítate toda esa pintura del rostro. Cristóbal te traerá lo que necesites en unas horas —concluyó.

Andrea observó a su hermano, que continuaba con esa maldita sonrisa de satisfacción en el rostro. Lo estaba gozando. En otro momento le hubiera encantado darle un golpe donde se juntaban sus piernas, pero a esas alturas gastar siquiera un poco de fuerza en él le daba simplemente fastidio, así que, como siempre, lo ignoró—¿Algo más? —preguntó con ironía.

—Por ahora, no, pero si lo hay, te lo haré saber. —Matías salió de la habitación sintiéndose miserable por lo que acababa de hacer. La vida le había enseñado a ser duro y ella necesitaba darse cuenta de que no era tan sencilla. Una vez afuera, esperó a que su amigo y María salieran y cerró la puerta—. María, lleva esto a la biblioteca —le tendió la mochila y la maleta que había revuelto.

—Sí, Matías, estaré en la cocina si necesitan algo.

—Ten la comida lista para las dos. —La mujer asintió y se fue enseguida—. No puedo creer en lo que se ha convertido tu hermana, Cristóbal —un rayo de tristeza atravesó el rostro de su amigo. Él tampoco daba crédito y le era muy difícil aceptar hasta dónde había llegado todo.

—Lo sé, no tienes idea de lo complicados que han sido los últimos años. Matías, de verdad que si mis padres vivieran estarían muy decepcionados de ver en lo que se ha convertido y, para serte sincero, me siento culpable —admitió mientras caminaban escaleras abajo.

—¿Culpable? Has intentado mucho. —Cristóbal bajó la mirada, asintiendo.

—Sí, te juro que lo he intentado, pero... no pude... ahí está el resultado... En fin... voy a comprar lo que me pediste.

—Siento todo lo que hice arriba, pero me parecía necesario. No sé cómo permitieron que se vea así...

—No la puedo controlar, Matías, de hecho, me pareció increíble que no te dijera nada, no tienes idea del carácter que tiene. Con Mayra se pelea de una forma... Su relación ya es imposible. —Matías lo escuchó sintiendo piedad por él. Entendía lo que el sentimiento de culpa despertaba en una persona y, si podía ayudar a su mejor amigo, casi hermano, lo haría.

—No te preocupes, Cristóbal, aquí estará bien. Ya verás cómo cambia... No tiene muchas opciones.

Andrea miraba por la gran ventana de la que ahora era su recámara. Intentaba sentir, llorar, mostrar alguna emoción. Lo cierto era que su cuerpo estaba entumecido, al igual que su alma. Hacía mucho tiempo que nada la inmutaba; ni lo bueno ni lo malo. Lo único que la mantenía en pie era saber que cada vez se acercaba más a su libertad y el día en que se podría olvidar de todos para siempre.

Esta vez no cometería errores, con esa mujer lejos todo le sería más fácil. Haría lo que Matías le ordenara y esperaría a que en un año todo llegara a su fin.

Caminó serena hasta el baño y se observó en el espejo. La imagen que este le devolvía le daba igual. Con el tiempo había aprendido a no darle importancia a cosas superficiales. Sabía que lo dicho por Matías hacía unas horas era cierto; ella misma lo pensaba aunque lo hizo por fastidiar, por mantener lejos a las personas, pero ahora, ahí, no tenía ningún sentido.

Se desmaquilló lentamente. Poco a poco sus enormes ojos verdes iban develándose. Se quitó el labial intenso, dejando en su lugar unos labios carnosos y grandes. Se duchó sin ánimo y media hora después se puso un pijama ya que no contaba con más ropa que la que traía puesta hacía unos minutos, la cual no quería volver a usar. Secó su largo cabello castaño cobrizo, de color curioso solían decirle, ya que contaba con matices naturales en tonos dorados. Lo trenzó dejándolo

caer de lado y se recostó en la gran cama esperando a que el tiempo corriera.

Muchos recuerdos de los últimos años la asaltaban. Sabía que nunca borraría todo lo sucedido, por mucho que lo intentara. Lo único que la consolaba era pensar que no volvería a ocurrir, nunca más se mostraría vulnerable y al alcance de nadie que le quisiera hacer daño, nunca.

Un toque en la puerta la despertó.

—Adelante —dijo. María entró. La mujer al verla sin todo ese atuendo extraño frunció el ceño, desconcertada.

—Aquí está la ropa que su hermano compró, la comida estará servida en quince minutos —avisó mientras metía varias bolsas que se adivinaban bastante pesadas. Andrea se levantó de prisa para ayudarla; otra muchacha venía tras ella y cargaba otras más.

—Gracias, María, ahora acomodo todo. —La mujer seguía evaluándola, parecía no comprender—. No bajaré a comer, prefiero ordenar esto. Gracias nuevamente —se excusó. María no atinó a decir nada más, solo asintió sería saliendo de la recámara.

Andrea sacó toda la ropa dándose cuenta de que era sencilla y muy adecuada para el lugar: vaqueros, botas, tenis, blusas, camisas, sudaderas, chamarras, una que otra falda y vestidos, todo de colores variados, de corte moderno y austero. Metió todo en el ropero que se encontraba en el baño. Una vez terminado, se recostó de nuevo. Dejó volar sus pensamientos con la vista perdida en la ventana sintiendo cómo pasaba el tiempo lento y espeso. Un par de horas después la puerta se abrió.

—Andrea, ya me voy —era Cristóbal. Ella apenas si le dedicó una fugaz mirada para después ignorarlo. El hombre se sentó en la cama cerca de ella—. Cuídate. Aquí estarás bien; estaremos al pendiente —al escucharlo hacer referencia a aquella mujer una pequeña sonrisa irónica escapó de sus labios. Él acercó una mano hasta sus piernas, pero al sentir su contacto, las hizo a un lado de inmediato, rechazándolo—. Siento mucho que las cosas hayan llegado hasta este extremo... Ojalá que aprendas a valorar lo que tienes. —Al notar que ni siquiera lo veía, se levantó vencido y deprimido. Caminó hasta la puerta sintiendo un nudo molesto en el estómago—. Vendré a verte si lo necesitas.

—No te preocupes, no quiero que lo hagas.

—Nunca vas a cambiar, ¿no es cierto? —refutó irritado, harto de esa situación, de no poder llegar ya hasta ella, de haberse convertido en dos seres tan extraños, tan ajenos.

—No quiero pelear, déjame sola de una vez —su voz era plana, sin emoción. Cristóbal quería zarandearla. Odiaba que hablara así, que fuera así, parecía indiferente a todo, era como si se escondiera en un lugar muy lejano al que no dejaba que nadie accediera. Sin embargo, respiró profundo esta vez y no lo hizo. Ya todo estaba demasiado roto entre ambos, solo esperaba que su hermana madurara, creciera, se convirtiera en alguien de provecho.

—De acuerdo, como quieras. Hasta luego. —Al ver que la joven ni siquiera volteaba, salió cerrando la puerta tras él. Se recargó ahí cerrando los ojos con las palmas sudorosas, soltando un lastimero suspiro de frustración. Ahí se separaban sus caminos, comprendió sin saber por qué.

La noche llegó y ella seguía sin moverse. Decidió poner el despertador una hora antes de la hora del desayuno. Cerró las ventanas, corrió las cortinas, apagó las luces y se metió bajo las cobijas. Media hora después ya había quedado profunda.

∞ 2 ∞

—¿La... señorita no bajará a cenar? —preguntó María. Matías se encogió de hombros sin saber qué contestarle a esa mujer que quería como a otra madre. Masticó el guisado que ella había preparado para cenar, pensativo—. No bajó en toda la tarde, ni siquiera ha hecho un solo ruido.

—Ya vendrá cuando tenga hambre —aseguró no muy convencido. Aún sentía un poco de remordimiento por la forma en que la había tratado por la mañana. Percibió algo en sus ojos que no lo dejaba estar tranquilo.

—¿No habrá hecho alguna locura? —dijo como al aire. Matías la miró, desconcertado.

—No creo que sea capaz.

—Pues... no lo sé... Por lo que Cristóbal decía se ve que no está muy bien, hijo —le recordó.

Conocía a esa mujer, así que entendió enseguida lo que quería. Era la única que podía doblegarlo y lograr de él casi todo lo que quisiera, siempre y cuando estuvieran solos, porque de lo contrario, se mostraba duro e inflexible, incluso con ella.

—De acuerdo, iré a ver. —María dejó salir un suspiro de alivio—. No debes preocuparte tanto, ya verás que todo estará bien —aseguró. La mujer desvió la vista no muy segura. Después de todo algo así ya había sucedido en esa casa hacía un tiempo.

Unos minutos después, Matías se encontraba frente a la puerta de su recámara. Acercó el oído para intentar escuchar algún ruido y, en

efecto, no se oía nada. Abrió despacio. Todo estaba oscuro, pero pudo distinguirla dentro de las cobijas de la cama, al parecer, profundamente dormida. Verla así lo conmovió, después de todo se había quedado huérfana muy pequeña y había tenido que ser criada por aquella mujer que por alguna razón no le daba mucha confianza y por la cual su amigo perdió la cabeza. Cerró despacio y regresó a la cocina.

—¿Está bien? —preguntó la mujer, impaciente.

—Claro que está bien. Ya está dormida. —Tomó una tortilla y el tenedor con el que estaba comiendo. María se acercó hasta la ventana de la cocina, pensativa—. ¿Ahora qué sucede? —quiso saber Matías, tenso. A veces esa mujer lo sacaba de quicio.

—Solo pensaba...

—Y supongo que me dirás en qué...

—En que hoy que fui a dejarle la ropa era otra. No sé... no parece todo lo que Cristóbal dijo.

—María, ella ha hecho todo lo que escuchaste y hay que tener mano firme. No la subestimes por favor. Me parece raro en ti... Siempre eres muy mal pensada. —La mujer lo miró respirando hondo de nuevo.

—Tienes razón, hijo, debo estar al pendiente. Después de todo, era aquí o en la cárcel. No ha de ser una perita en dulce.

—No, no lo es. No niego que ha sufrido mucho, pero no es la única en este mundo que pasa por una tragedia, debe aprender a enfrentar las cosas. Ya sabes que no tolero a las personas débiles. No piensan en los demás y pueden hacer mucho daño a quienes los rodean. —María se acercó hasta la larga mesa rectangular que se encontraba en medio de la cocina y se sentó frente a él.

—¿Algún día olvidarás, hijo? —deseó saber. Matías dejó de comer negando con firmeza.

—Sabes que no, lo que hizo Tania me cambió para siempre y... ya me espantaste el hambre —gruñó y se levantó de prisa para enseguida desaparecer sin decir más.

María conocía muy bien esa reacción, desde que aquella mujer fue diagnosticada unos meses después de su matrimonio, Matías no había vuelto a ser el mismo. Tiempo después, cuando ella... murió, se transfor-

mó en un hombre vacío, frío y un poco cruel. Odiaba a las personas que se dejaban vencer y no aceptaba el menor símbolo de debilidad por más justificado que este pudiera ser. Esperaba que algún día se diera cuenta de que la vida no era así y que no podía ser tan duro con las personas, pues cada quien tiene sus razones por las que se comporta de cierta manera, y su esposa había tenido las propias.

La alarma sonó justo a la hora que había programado. Por un instante no reconoció en dónde estaba. Se estiró perezosamente, hizo las cobijas a un lado y se dirigió al baño. Se duchó rápidamente, tomó el vaquero entubado, los tenis y una camisa a cuadros con manga hasta los codos que le quedaba exacta. Se trenzó su largo cabello de manera que le cayera del lado izquierdo por debajo del pecho. Regresó a la habitación, tendió la cama con agilidad, acomodó todo y cinco minutos antes de las seis treinta ya iba bajando las enormes escaleras.

No conocía la casa, pero pronto escuchó algunas voces al final de un corredor. Se dirigió hacia allá tan ecuánime como siempre, cruzó unas enormes puertas talladas en madera y se encontró con un elegante comedor para doce personas, muy bien cuidado. Del lado izquierdo notó una puerta abatible, la empujó para pasar, a lo que ya para esos momentos estaba segura era el lugar que buscaba. Al entrar María fue la primera que la notó.

—Buenos días, señorita. —Andrea contestó intentando sonreír. Un pequeño comedor rectangular para seis personas estaba justo frente a ella, y ahí, Matías acababa de dejar de comer y la observaba desconcertado. Al sentir su escrutinio, un pequeño rubor cubrió sus mejillas. Jamás le había importado lo que pensarán las demás personas de su imagen, sin embargo, en ese momento sintió la necesidad de revisar si lo que se había puesto era adecuado.

—Buenos días —logró decir apenada. Matías asintió dirigiendo su atención de nuevo a la comida, con el pulso extrañamente acelerado. Hizo un ademán para que se acomodara, intentando mostrarse indiferente. Andrea tragó saliva, arrastró una silla un poco alejada de él y se sentó. Enseguida un café bien caliente y unos huevos revueltos estaban

frente a ella—. Gracias, María. —Tomó un trozo de pan de la cesta y comenzó a comer. Un silencio sepulcral se apoderó del lugar. No levantó la vista mientras ingería lo que se le había servido. De repente el ruido de la única silla ocupada la hizo elevar la mirada.

—Gracias, María, espero llegar a la hora de la comida.

—Sí, Matías. —Él se acercó a ella relajado y le dio un beso en la frente, enseguida giró hacia Andrea con semblante serio.

—No tardes. Lorenzo debe estar a punto de venir por ti. Estamos en plena cosecha y tú vas a ayudar allá. —Andrea asintió, nerviosa—. María, mándale algo de comer porque no sé a qué hora regrese —ordenó y desapareció por una puerta que daba al exterior. La joven terminó lo poco que le quedaba por comer, tomó sus platos y se acercó al lavadero. Abrió la llave dispuesta a limpiarlos.

—No te preocupes, muchacha, ve y lávate los dientes, ya te dijo Matías que Lorenzo no tardará —la apremió. Andrea sonrió por primera vez en meses al escuchar la consideración de aquella mujer, nadie solía tenerla con ella.

—Gracias... de nuevo, María —dijo y salió de prisa. La encargada de la casa se quedó pensativa. Esa joven no parecía ser quien decían, podía jurar que tenía secretos y mucho dolor en la mirada.

Unos minutos después, la chica entró rápidamente a la cocina, María le tendió una pequeña vianda con algo de comida y la llevó hasta la salida donde ya la esperaban. Observó cómo se alejaba la camioneta sintiendo que el pecho se le contraía. La cosecha era muy cansada y difícil. Andrea no duraría mucho.

—Es aquí. —El hombre parecía serio como toda la gente que ahí trabajaba; no le preguntó nada en todo el camino y solo la volteaba a ver de vez en cuando, intrigado. Andrea abrió la puerta, dudosa, había mucha gente, el sol ya estaba en lo alto desde hacía varios minutos—. La llevaré con Ernesto, él le dirá lo que tiene que hacer. —La joven asintió agradecida. Caminó nerviosa a su lado sintiendo las miradas de todos sobre ella. Un hombre robusto, alto y de cara dura, estaba dando órdenes firmemente. Una vez que los vio se acercó de inmediato—. Señorita, él es Ernesto. —El capataz y él se saludaron amigablemente y luego desapareció.

—Así que usted es la señorita Andrea —afirmó evaluándola.

—Sí —logró decir con un hilo de voz. Miró a su alrededor y ya todos habían desaparecido, unos en camionetas y otros caminando se alejaban del lugar yendo directamente hacia grandes plantas con frutos muy pequeños color rojo.

—¡Pedro! —gritó el enorme hombre. Enseguida un muchacho delgado de unos quince años apareció.

—Dígame, apá.

—Esta señorita va a ayudarnos en la cosecha. —Una sonora carcajada salió de la garganta del chico, pero al ver los ojos enojados de Ernesto calló enseguida—. Enséñale qué debe hacer y cómo, espero que eso sí lo hagas bien. —La advertencia que encerraban sus palabras no pasó desapercibida para Andrea, que sentía ganas de darle un puntapié al tal Pedro.

—Sí, apá... Yo me haré cargo —obedeció serio.

—Eso espero, si no es así, tú serás quien le responda al patrón, ¿comprendes? —El chico asintió ahora nervioso—. ¿Qué esperas? Llévala pa que le expliques... Ahora. —El muchacho era casi de la estatura de Andrea y tenía unos lindos ojos muy oscuros.

—¿Vamos? —La instó, observándola fijamente, encantado. Andrea lo siguió sin prestarle mucha atención a sus intentos por deslumbrarla.

Anduvieron más de quince minutos entre líneas y líneas de matas. Mucha gente ya trabajaba sin parar, recolectando sobre unas enormes canastas aquel fruto. De pronto se detuvo frente a una de esas grandes plantas.

—Aquí. —Comenzó a explicarle el proceso, no era difícil, pero sí minucioso y cansado. Le tendió una canasta para que la sujetara de su cintura y sin más empezó su labor; sentía miradas curiosas de hombres y mujeres, las ignoró y se concentró en lo que hacía. Pedro se colocó a su lado haciendo lo mismo. Después de dos horas los brazos comenzaron a punzarle por tenerlos elevados y la yema de los dedos a escocer de tanto jalar aquellas frutas que estaban bien aferradas, pero no se quejó, apenas estaba comenzando. Todos lo hacían con una agilidad asombrosa, producto de años y años de experiencia. Pedro ya iba por su

tercer canasto y varias plantas a distancia de ella, mientras que Andrea iba a la mitad de la primera. Sin embargo, continuó, no se mostraría como una persona débil, nunca lo había hecho y no tenía planes de comenzar.

En la hora de la comida todos pararon a descansar. Tomó la pequeña vianda que María le había enviado, sacó un emparedado de jamón junto con una manzana y lo comió sola; Pedro ya se había alejado y hablaba animadamente con otros que ahí trabajaban.

Nadie le hizo mucho caso y lo prefería así. Se quitó la polera que se puso antes de salir de la casa, se la amarró alrededor de la cintura y siguió.

Las horas continuaron pasando, el dolor en cada músculo era cada vez más fuerte, los pies los sentía ya hinchados de tanto estar de pie, los dedos le ardían y los hombros los sentía entumecidos ya que debía tener los brazos en alto para poder arrancar el café.

Ya comenzaba el sol a ocultarse cuando escuchó caballos cerca de donde ella y Pedro estaban. Un temblor, que intentó a toda costa disimular, la invadió. Al girar vio que Matías se acercaba junto con Ernesto a pie.

—¿Cuántos cestos lleva? —preguntó Matías a Pedro, señalando a Andrea. El muchacho se acercó, desconcertado con la pregunta.

—Tres, patrón. —Matías la evaluó un momento con fría indiferencia.

—No se irá hasta que haga mínimo cinco, ¿entendido? El promedio es quince. —determinó. Pedro y Ernesto abrieron los ojos, asombrados. Ambos asintieron sin remedio.

—Ya escuchaste, Pedro... No te irás hasta que termine.

—Sí, apá.

El muchacho observó, consternado y compasivo, a la joven. Andrea le devolvió una sonrisa tranquilizadora. Le conmovió notar que a él le preocupaba su situación sin siquiera conocerla.

—Que Lorenzo la lleve cuando acabe. —Una vez dicho esto, Matías subió a su caballo sin el mínimo esfuerzo y giró alejándose sin más. Varios metros después tuvo que frenar fingiendo observar unos cafeta-

les. Andrea parecía exhausta, no se quejó en todo el día, al contrario, no había parado según el reporte de Ernesto en quien creía ciegamente, pues era uno de sus empleados de mayor confianza.

Sin percatarse comenzó a recorrer su rostro, cada facción tan armónicamente acomodada sobre su cara. Su cuerpo alto, delgado, ese cabello que, aun trenzado, le generaba ganas de tocarlo y esa sonrisa... A pesar de lo que acababa de decir, lo único que ella atinó a hacer fue regalarle esa hermosa expresión a Pedro, para tranquilizarlo ante su consternación, por la decisión que él había tomado.

Sacudió la cabeza al darse cuenta de lo que hacía. Apenas acababa de llegar el día anterior, él estaba ahí para hacerle ver que la vida tenía consecuencias y era importante madurar, no para admirar su obvia belleza recién descubierta, de la cual ella parecía completamente ajena.

—¿Pasa algo, Matías? —Ernesto estaba justo detrás, pero él ni de eso se había dado cuenta por unos segundos.

—Nada, encárgate de que todo termine bien aquí. Voy a ver el ganado y la empacadora. El azúcar debe de estar ya saliendo para el envío de mañana.

—Está bien... Yo me haré cargo. Nos vemos mañana entonces.
—Un minuto después Matías ya estaba a varios metros de ahí.

Ernesto lo conocía muy bien, lo había visto crecer, alejarse cuando decidió casarse con aquella débil mujer; regresar completamente derrotado, lleno de culpa y coraje primero por la enfermedad, luego, semanas después, por la reciente muerte de su esposa y convertirse poco a poco en un hombre inflexible, duro e implacable con todo aquel que mostrara el menor signo de debilidad. No comprendía cómo era que el hermano de esa muchacha pensó dejarla justamente con él. Matías le había contado parte de la historia. Para él todo lo que ella había hecho era egoísta y una muestra inequívoca de debilidad. De verdad la empezaba a compadecer, su vida ahí no iba a ser nada fácil, por otro lado, no parecía ser lo que aseguraban, pero eso solo el tiempo lo diría.

Una hora después, Andrea sentía que se le caerían los brazos. Pedro, sin decir más, la había comenzado a ayudar.

—No se preocupe, señorita, el patrón es muy duro, pero no es mala persona. —Ya casi terminaban gracias a la agilidad del muchacho.

—Lo sé, Pedro.

—¿Sabe? Conmigo se portó igual cuando dejé la escuela. —Andrea lo miró, intrigada.

—¿Dejaste la escuela?, ¿por?

—Pos porque... no sé... Soy muy bruto y me costaba mucho trabajo. Eso ya fue hace mucho tiempo... —Por su tono de voz se dio cuenta de que estaba arrepentido de aquella decisión.

—¿Y no piensas volver? —quiso saber mientras continuaba ya por pura inercia recolectando el café.

—Ya no me dejarían, mi apá me lo advirtió y... —De pronto un rumor muy extraño cubrió su rostro. Andrea le sonrió dulcemente.

—¿Y?... No se lo diré a nadie. —Le guiñó un ojo, animándolo con ese pequeño gesto de complicidad; el muchacho le inspiraba confianza, cosa rara ya que eso le costaba mucho trabajo.

—Pos... porque ya ni me acuerdo de cómo escribir... Hace mucho que no lo hago y... en la escuela ya no me aceptarían —confesó Pedro agachando la mirada, triste.

—¿Y... a ti te gustaría regresar?

—Pos... no sé... Pero mi apá dice que soy un burro y así me quedaré por mis tonteras. —Andrea torció el gesto, pensativa—. ¿Y usted?... Digo... ¿Por qué está aquí?... El patrón se ve tan enojado como cuando me descubrieron que no iba a la escuela. —Andrea se encogió de hombros fingiendo indiferencia, no sabía cómo le podría explicar las cosas—. Está bien si no me quiere decir...

—Me llamo Andrea, Pedro, nómbrame así: cuando me dices señorita me siento muy rara —se quejó. Pedro le sonrió asintiendo al ver cómo ella fruncía el ceño.

—Andrea... ¿hiciste algo malo? —preguntó intrigado. Ella bajó la vista, sopesando su respuesta.

—Es una larga historia que, si nos hacemos amigos, prometo contarte.

—¿Quiere... digo, quieres ser mi amiga? —repitió asombrado. Ella asintió alegremente.

—Eso si tú lo quieres.

—Claro que quiero, nunca he tenido una amiga mujer y menos una tan... bonita. —Ese muchacho la ponía de buen humor a pesar de sentir que su cuerpo se estaba rompiendo en dos.

—Yo tampoco tengo muchos amigos, así que me encantará que lo seamos. —Andrea le tendió la mano para sellar su trato. Él se la limpió en su pantalón y se la estrechó alegre.

A las ocho ya iban en camino a dejar la última de las canastas.

—Te veré mañana, yo te ayudaré para que no se te haga tan pesado.

—No te preocupes por mí, Pedro, aprenderé... —Ya era de noche y a unos metros estaba Lorenzo, esperándola en la camioneta. El regreso fue muy corto, los ojos se le cerraban. Al llegar bajó sintiendo que las piernas se le doblarían, los brazos estaban entumecidos y los dedos ni los sentía. Abrió la puerta con dificultad, se sentía sucia y llena de tierra, pero con mucha más paz que en muchos años. Caminó hacia la cocina recordando que, por la mañana, María había dicho que la cena se servía temprano.

Entró discretamente y, en efecto, ahí estaba acompañada de otra mujer que se encontraba acomodando algunos recipientes.

—Buenas noches. —María giró al escucharla.

—Buenas noches, señorita, ¿quiere cenar? —Andrea asintió acercándose a la mesa tímidamente.

—Si aún puedo... sí.

—Claro que puede, siéntese. —La mujer comenzó a servirle algo que había preparado y que hacía que la cocina oliera estupendamente—. Matías no tarda en llegar, pero usted vaya empezando, solo ha comido lo que le mandé. —Se puso a su lado para acomodar el plato frente a ella.

—No te preocupes, María. El emparedado estaba delicioso, muchas gracias. —Agarró el tenedor intentando que la mujer no se diera cuenta del enorme esfuerzo que implicaba para ella.

—Buenas noches... —Ambas elevaron la vista al escuchar a Matías entrar. Se sentó sin más en el mismo lugar de la mañana.

—¿Cómo terminó el día, Matías? —María ya le estaba sirviendo a él también.

—Bien, el pedido de azúcar sale mañana por la mañana y la cosecha va sin problemas, por eso llegué tan tarde. —Andrea comía sin mirarlo, no comprendía por qué la ponía un poco nerviosa, además era evidente que no la soportaba.

—Sí, lo sé, hijo, qué bueno que todo vaya bien.

—¿Acabas de llegar? —cuestionó. Andrea tardó en darse cuenta de que la pregunta iba dirigida a ella. Lo miró, asintiendo—. ¿Entonces terminaste? —Su tono era de incredulidad.

—Sí, tú dijiste que no me podía ir hasta que hiciera cinco, así que... eso hice. —María lo vio con asombro y con un poco de reproche al escucharla. El hombre la ignoró y continuó con su vista clavada en Andrea.

—Así es, y cuando digo algo espero que mis órdenes se cumplan.

—Lo sé y, como te dije, así lo hice. —Matías se asombró de su forma de responder. No parecía molesta, pero estaba dejando muy claro que no la asustaba.

—Perfecto. Mañana espero que los termines más temprano ya que aquí todo mundo debe trabajar de forma rápida y eficiente —señaló.

Andrea asintió y dejó de verlo para concentrarse en tomar bien el tenedor sin que se notara la dificultad que eso era para sus dedos y manos. Matías, ni nadie más, habló, aunque varias veces sintió su mirada clavada sobre ella. Unos minutos después él se levantó, agradeció a María y desapareció. Un poco más tarde ella logró terminar.

—Váyase a descansar. Mañana será otro largo día.

—Gracias, de verdad estaba muy bueno.

—Por un momento lo dudé, tardó mucho en comerlo. —Andrea sonrió dulcemente

—Es solo que estoy un poco cansada, pero claro que me ha gustado.

—Gracias, muchacha, ahora vaya a descansar. —En cuanto la escuchó subir las escaleras, salió de la cocina dirigiéndose al estudio donde sabía que lo encontraría. Abrió la puerta sin tomarse la molestia de tocar.

—¿Pasa algo, María? —Matías estaba frente a su ordenador rodeado de varios papeles.

—Sí, y sabes bien qué es. —Ni siquiera desvió su atención de lo que hacía.

—No tengo ni idea.

—Matías, hijo, esa muchacha no está acostumbrada a la cosecha, si la explotas así no va a durar.

—Ella no vino de paseo y me extraña de ti que tengas tanta consideración, no tiene opción de renuncia. —Ahora sí la miraba sonriendo con sarcasmo.

—No es consideración, es sentido común. Sé que no está de vacaciones, sin embargo, eso no quiere decir que la lleves a límite; los hombres y mujeres que cosechan llevan toda la vida dedicándose a eso.

—María, basta. Esa niña va a aprender que las acciones cuestan, que no puede ir por la vida haciendo cosas inconscientes y sin consecuencias, para eso la trajo Cristóbal. —María enfureció al escucharlo.

—En primer lugar, no es una niña y sé muy bien que ya te diste cuenta. —Al comprender su insinuación se puso de pie de inmediato—. Y en segundo, enséñale lo que quieras, pero no seas inhumano. —Las palabras, de la que consideraba su segunda madre, lo estaban sacando de quicio.

—Es mejor que te vayas, haré lo que yo crea apropiado, ¿entendido? Y no quiero saber que eres condescendiente con ella. Seguramente con esa cara ha logrado embaucar a muchas personas, pero a mí no... y espero que a ti tampoco. Siempre has sido muy desconfiada, no sé qué te sucede ahora —la confrontó molesto. María sabía que no había más que hablar, lo conocía de sobra y, por otro lado, podría tener razón. Salió sin decir más, cerrando la puerta tras ella.

Lo que le acababa de decir lo había dejado desconcertado. Se acercó a la gran ventana y se perdió en la oscuridad de la noche. ¿Qué le sucedía a María?, con Tania nunca había sido así, la trataba con paciencia y mucho respeto, pero jamás dijo algo en su favor. De pronto los recuerdos de aquella época se agolparon en su cabeza. La quiso, la amó, su delicadeza, su fragilidad era justo lo que lo había enamorado de ella, su forma suave de moverse, de hablar. Tania había sido toda feminidad, también debilidad y egoísmo. No quiso superar su enfermedad, no se

dejó ayudar, al contrario, se hundió sin luchar y al final, teniendo aún esperanzas, decidió que verse marchita no era una posibilidad y se quitó le vida sin importarle nada ni nadie más.

Matías recargó su frente en el vidrio. Esos recuerdos le dolían, le abrían una herida que sentía que nunca iba a sanar. La culpabilidad no se había apartado ni un solo día. No dio señales de hacer algo de esas proporciones; jamás hubiese sospechado que esa idea se estuviera formando en su cabeza. Y eso era lo que lo atormentaba. Después de aquel desastre su alma se quedó suspendida, se sentía incapaz de sentir piedad, amor, compasión o algún sentimiento similar por alguien. Desde ese día tuvo que fabricar un mundo inflexible, dominante, en donde todo aquel que no fuera fuerte no cabía y lo rechazaba automáticamente. Jamás volvería a permitirse estar rodeado de gente débil. Nunca.

Andrea había tomado un baño que la dejó completamente relajada y aún más adolorida. Lavarse el cuerpo y el cabello supuso una labor titánica. Pero una vez dentro de las cobijas, no tardó ni dos minutos en caer completamente rendida.

Por la mañana el despertador sonó a la misma hora que el día anterior. Se quiso levantar, de inmediato, pero percibió que los músculos no le respondían. Resopló varias veces, giró de lado y juntando todas sus fuerzas lo logró. Nunca había sido tan consciente de su cuerpo como en aquel momento en el que podía jurar que le dolían hasta los poros de la piel. Sin saber cómo, apagó el reloj y se puso de pie.

Caminó lentamente hasta el baño. *Dios, me duele hasta el cabello*, pensó quejándose al andar. Escogió una muda de ropa, tomó una corta ducha, y después de mucho esfuerzo logró vestirse. Tendió la cama como pudo, e incluso sudando por lo que implicaba. Se sujetó el cabello en una coleta pues la trenza representaba usar aún más los brazos. Cuando al fin terminó eran las seis treinta.

Bajó lentamente, intentado manejar el dolor con ejercicios de respiración e intentando pensar en otra cosa para desviar su atención, pero funcionaba a medias. Al llegar a la cocina respiró profundo y abrió la

puerta. No quería que se dieran cuenta de que apenas si podía mantenerse erguida, ese era un gusto que no le iba a dar a Matías. Después de todo su orgullo era lo único que le quedaba.

—Buenos días —saludó, al tiempo que se sentaba en el mismo lugar que el día anterior. María le contestó mientras que Matías solo asintió sin mirarla, hojeando un periódico. La hacienda era un lugar muy apartado, sin embargo, era evidente que no le hacía falta nada, al contrario, se vivía con los mismos privilegios que en una ciudad, solo que más tranquila.

María le acercó un plato muy bien servido. Al verlo supo que en primer lugar no podría terminárselo debido al esfuerzo que esto implicaba. Y en segundo esa buena mujer sabía que la jornada laboral era muy larga y pesada para ella. Le sonrió agradecida y, poniendo toda su atención en eso, comenzó a comer.

Veinte minutos después, apenas había avanzado.

—Date prisa, en unos minutos Lorenzo estará por ti y no quiero que lo hagas esperar. —Andrea elevó la vista, seria. Se sentía en un dilema. Si no terminaba, María probablemente se sentiría ofendida, pero si no se apuraba, cosa imposible, Matías, que parecía no tener planes de moverse, probablemente se molestaría.

—Te lo pondré para el almuerzo, ¿te parece? —Andrea volteó hacia esa amable voz, sonriendo.

—Gracias, María, creo que es lo mejor...

Matías enarcó una ceja con reprobación. La joven intentó ignorar el gesto, comenzaba a pensar que iba a ser mucho más difícil de lo imaginado estar en aquel lugar. Lo cierto era que cualquier cosa parecía mejor que continuar con esa mujer encima de ella. Se puso de pie con mucho esfuerzo y anduvo hasta la salida intentando disimular los dolores de su cuerpo.

Él la observó por un momento, algo extraño le sucedía, parecía tener hambre y, sin embargo, apenas si había comido. Lo intrigaba. Ese día no se sujetó el cabello con esa larga trenza, solo lo llevaba con una coleta, tenía las mejillas y nariz un poco rojas, seguramente debido al sol al que estuvo expuesta el día anterior. Se había vuelto a vestir de forma casual,

lista para trabajar y, aun así, parecía tener una elegancia natural que generaba tener que verla y preguntarse si la ropa fue hecha para realzar su figura.

Sacudió el rostro un momento, volviendo a intentar concentrarse en lo que leía. Debía controlar sus pensamientos, Andrea estaba ahí para pagar por algo que hizo y él era el responsable de que aprendiera la lección; no iba a dar su brazo a torcer, le ayudaría a entender cómo era la vida. Por mucho que tuviera esa preciosa cara de ángel, era culpable de muchas cosas y no debía olvidarlo, nunca.

—Veo que estás decidida, María. —Andrea ya había desaparecido y no pasó por alto que ella estaba siendo demasiado condescendiente con la chica.

—No sé a qué te refieres, Matías... —refutó mientras continuaba metiendo varios recipientes en una pequeña lonchera.

—Sabes muy bien de qué hablo. No quiero tantas consideraciones, ¿entendido? No está de vacaciones.

—Lo sé, pero tampoco está acusada de muerte. No puedo ser inhumana. No podía estar en pie. —dijo y lo vio fijamente. Matías ni siquiera se molestó en levantar la vista de lo que fingía leer.

—No lo creo y, si es así, es porque ha tenido todo en la vida y es obvio que no ha sabido valorarlo. Así que no cuestiones cómo abordo esta situación. Ella aprenderá lo que vino a aprender, ¿de acuerdo?

—No completamente, Matías... —Esa mujer lo estaba impacientando.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó ya dejando el diario a un lado y mirándola desafiante, tanto como ella lo hacía.

—A que no la consentiré, pero tampoco le haré las cosas más difíciles. Me parece que contigo tendrá más que suficiente. —Matías resopló poniendo los ojos en blanco. No le gustaba pelear con María y no lo haría en ese momento, mucho menos por aquella chica.

—Está bien, solo eso espero de ti. Pero no me contradigas frente a ella cuando dé una orden. —La mujer asintió y enseguida se giró, ignorándolo para continuar con sus labores. Un segundo después salió, pues ya no había más que hablar.

∞ 3 ∞

Andrea llegó puntual. Pedro ya la esperaba con una gran sonrisa. Ambos comenzaron a trabajar inmediatamente. Conforme pasaron las horas el dolor en los brazos disminuyó de intensidad sin que desapareciera del todo, pero el escozor de los dedos y heridas, que se estaban creando, iba en rápido incremento. Ignorar eso no le fue fácil, pero con Pedro hablando sobre la vida de la gente allí, hacía que pudiera distraerse. Al parecer, conocía a prácticamente todo el pueblo y se sabía la historia de cada uno de ellos. Resultaba entretenido y un distractor eficaz.

—Sabe, señor... perdón, Andrea... —Al hacer la aclaración un rubor cubrió su moreno rostro. Ella sonrió y continuó cosechando—. Irma... la hija de Lorenzo. —Al ver cómo la nombraba, Andrea se dio cuenta enseguida de que el muchacho estaba enamorado de aquella chica—. Dice que soy un ig... ignorante... y pos, no es que sepa muchas cosas, pero... esa palabra pos es muy fuerte, ¿no crees? —Andrea asintió riendo—. Ella ya está terminando la secundaria y dice que pos alguien como yo no va a prosperar... prosperar... bueno.

—Prosperar. —Lo corrigió al darse cuenta de lo que quería decir.

—Sí, eso. La verdad es que no le entiendo mucho, pero... —Se rasca ahora la cabeza, pensando en algo.

—Pedro, Irma te gusta, ¿no es cierto? —El muchacho la miró atónito, como si no entendiera la manera en la que se había enterado.

—¿Cómo lo supo?

—Pues... lo adiviné. —Le mintió la joven, riendo. No quería decirle que era obvio por cómo se expresaba de ella. El rostro del chico enseguida se ensombreció asintiendo.

—Sí... pero pos ella dice que no puede estar con alguien tan burro como yo.

—¿Y te gustaría aprender? —quiso saber curiosa. Una idea comenzaba a formarse en su cabeza.

—Pos... sí... la verdad es que sí... pero como dice mi apá, ya es muy tarde. —Parecía abatido y triste al evocar esas palabras.

—Si tú de verdad quisieras... yo... podría ayudarte. —Él dejó lo que estaba haciendo y la miró pestañeando varias veces, perplejo.

—Usté... digo... tú, ¿me enseñarías?, ¿haría eso? —Andrea asintió tranquila. No tenía ni idea de cómo se enseñaba a alguien a escribir. Sin embargo, siempre se le había hecho fácil explicarles a sus compañeros cosas que no entendían y que ella tenía muy claras. No tenía que ser muy diferente—. Pero... —Se acercó a ella susurrando—. Nadie se debe enterar... Mi apá se molestaría mucho y el patrón, uyyy, ni le digo. —La joven frunció el ceño, extrañada ante aquella confesión.

—¿Por qué se molestaría? No tiene nada de malo querer aprender. —De pronto escucharon la voz de uno de los capataces cerca y siguieron trabajando. Unos minutos después volvió a preguntarle—. Pedro... dime, ¿por qué Matías se habría de molestar?

—Pos porque a él no le va a gustar que usté me esté ayudando. Se ve que está muy enojado contigo. No creo que quiera... Además, me lo ha pedido muchas veces y siempre le dije que no.

—¿Qué te pedía?, ¿qué regresaras a estudiar? —Asintió apenado. Andrea comprendió enseguida el porqué de su temor.

—No te preocupes, Pedro, encontraremos la forma y ya cuando se pas podrás regresar a la escuela.

—¿De verdad cree que podré? —quiso saber. Andrea se encogió de hombros optimista. Con él se sentía serena y contenta, emociones que hacía mucho que no vivía.

—Pues yo creo que sí, además es peor no intentarlo. —El adolescente asintió alegre.

—Tienes razón, y así a lo mejor Irma pos... me vea con otros ojos.
—Seguramente así sería, pensó ella. Pedro era un muchacho atractivo y muy sonriente.

—Ojalá, pero si no, ya no te podrá decir burro...

—Eso sí... —Después de esa conversación él se comprometió a buscar libros de sus hermanitas y a conseguir un cuaderno y lápiz, ya que Andrea veía muy difícil obtener cualquier cosa de esas. Estaba vigilada y prácticamente prisionera en aquel lugar.

A mediodía, Pedro la llevó con otro grupo de recolectores. Todos se sentaron a comer sin hacerle mucho caso, aunque de vez en cuando sentía sus miradas desconcertadas.

Sus manos estaban rojas, sucias y llenas de sangre. Las metió en una palangana llena de agua en la que veía cómo los demás se enjuagaban. El puro contacto casi la hizo gritar. Llenó de aire sus pulmones y comenzó a lavarlas. Tenía pequeñas heridas por todos los dedos y las sentía muy sensibles, también moría de hambre. Sacó con mucho esfuerzo lo que María le había puesto y comenzó a comerlo. Estaba frío, aun así, muy bueno. Ya todos estaban terminando y ella apenas llevaba la mitad. Los brazos le dolían cada vez más, por lo que tomar el tenedor requería de toda su concentración para no soltarlo por el dolor.

—¿No te gustó lo que te mandó María? —preguntó Pedro poniéndose de pie. Ya solo quedaban ellos dos.

—Sí... cocina muy bien. —Él observó su plato, desconcertado. Sujetó una de sus manos y la acercó a su rostro. El puro movimiento de su brazo jalado por Pedro casi la hizo llorar—. ¿Te duelen? —Intentó quitársela aguantando el llanto.

—No es nada...

—Mi mamá tiene una pomada para estas cosas. Mañana te la traeré, ¿de acuerdo? Vas a ver cómo te curas rápido.

—¿Qué pasa, Pedro? A trabajar. —Era la voz de Ernesto, parecía molesto.

—Sí, acá... ya íbamos a regresar.

—Pues moviéndose... andando... —los apremió al tiempo que estudiaba a Andrea, serio. Ambos asintieron. Pedro le ayudó a poner los re-

cipientes de nuevo en su lugar y la tomó de su antebrazo para ponerla en pie. Cinco minutos después ya continuaban trabajando. Ninguno de los dos habló durante un buen rato. Ella porque el dolor ya era casi imposible de soportar, debía concentrarse demasiado para contener el llanto que amenazaba con salir de puro reflejo. Y el otro porque estaba pensando en la mejor forma de sacar los libros de sus hermanas, cuando no se dieran cuenta, e ideando cómo le podrían hacer para que Andrea le enseñara sin que nadie lo notara y ocasionara algún problema para ella o para él.

Ya oscurecía de nuevo y todos se habían ido, quedaban solo unos cuantos conversando sobre la jornada a lo lejos. Andrea había llenado cuatro canastos. No tenía ni idea de cómo podría terminar el último si ya estaba al límite. Pedro se acercó a ella después de estar ya a varios metros de distancia y de haber llenado más de una docena.

—Andrea, deja te ayudo... No te podrás ir hasta que cumplas la cuota —murmuró. Ella giró su cansado rostro hacia el chico.

—Lo siento... Sé que tú también te tienes que quedar hasta que termine —se disculpó, culpable. El muchacho le guiñó un ojo intentando que no se sintiera mal por eso.

—No te apures, no tengo nada más qué hacer. —La joven intentó sonreír, pero ya no pudo, sentía que sus manos y brazos se caerían a pedazos en cualquier momento y, además, por si fuera poco, moría de hambre gracias a lo poco que había podido ingerir a lo largo del día.

—¿Cómo que todavía no hace las cinco? —Matías estaba junto con Ernesto en la empacadora.

—No, patrón... Pedro ahí está con ella, pero han de estar terminando el cuarto. —Ambos caminaron hacia afuera.

—Pues no se irá hasta que acabe y no quiero que tu hijo la ayude, él cumplió con su parte, no tiene por qué hacer más. Dile a Lorenzo que no se aleje de donde ella está, no se irá hasta que termine sola, ¿de acuerdo? —determinó, tomó las riendas de su caballo y montó sin dificultad sobre él. Ernesto se quedó atónito y rascándose la cabeza, dudoso— ¿Qué pasa? ¿Por qué no te mueves? —quiso saber Matías, molesto e impaciente. Todavía le faltaban algunas cosas que hacer y el día prácticamente se había ido.

—No... pos nada... solo que... ¿No crees que es mucho? La muchacha sí ha trabajado... —intentó hacerle ver. Matías rodó los ojos. No comprendía el porqué de tantas consideraciones para ella, aun así, no cedería.

—No seas blandengue... obedece y punto. Aprenderá que la vida es dura. —Un segundo después desapareció a todo galope dejando a su capataz desconcertado y sintiendo lástima por aquella chica que estaba en los cafetales.

Andrea llegó a la casa después de las nueve. Su cabello se adhería a su rostro, las manos las tenía llenas de pequeñas heridas sangrientas e hinchadas. Sus brazos colgaban sin vida a los lados.

Aún no podía creer que Matías hubiera dado aquella orden. No había hecho más simplemente porque no tenía ni la práctica ni la experiencia de los demás trabajadores, que ya tenían las manos curtidas, al igual que la piel. Lorenzo intentó ayudarla a bajar, él se había quedado en todo momento a su lado cumpliendo órdenes. Cuando tomó su brazo, sintió que se lo partía en dos por lo que lo apartó de inmediato.

—Lo siento... Pero yo puedo sola. Gracias, Lorenzo. —Quiso sonreírle ocultando las manos tras sus caderas. El hombre asintió apenado creyendo que había hecho algo malo a esa linda señorita y se fue.

Inhaló varias veces y anduvo lentamente hasta la casa. Fue directo a la cocina, sabía que por mucha hambre que tuviera esa noche no lograría comer, pero no podía simplemente subir y encerrarse en su recámara. Llegó ahí sintiendo que los ojos se le cerraban. En cuanto María la vio dejó de moverse.

—Son más de las nueve —no lo decía reclamando, sino asombrada, observando un tanto consternada el rostro de la joven.

—Sí... lo sé... siento llegar tan tarde, pero... hasta ahora terminé mi cuota —se excusó. La mujer mayor sacudió la cabeza en señal de desaprobarción, aunque era claro de que no hacia ella.

—Siéntate, te serviré de cenar. —Andrea moría por hacerlo, pero rehusó educadamente.

—No te preocupes, María, creo que lo mejor será que me vaya a dormir, estoy exhausta...

La mujer la evaluó intrigada.

—Como te dije cuando llegaste, esto no es un restaurante. María ya hizo la cena, así que la comerás. —Andrea giró en redondo al escucharlo justo tras ella. Era Matías y estaba recién salido de la ducha, despedía un olor a limpio y a hierbas que inundó de pronto todos sus sentidos. Con seriedad, la miraba, a menos de un metro—. ¿Me escuchaste? —preguntó duramente.

—Sí... sí... lo siento... —admitió, desconcertada por lo que su cercanía le estaba provocando.

—María, sírvele. —Andrea volteó de nuevo hacia la mujer, sintiendo cómo la atravesaba el dolor en sus extremidades con tan solo ese movimiento.

—No... de verdad. Sé que no es un restaurante y te lo agradezco mucho... pero... quisiera dormir... Por favor —lo último lo dijo susurrando con súplica. Matías hubiera jurado que la voz se le quebraba.

—Matías, le mandé suficiente para que comiera... Déjala.

Andrea recordó que tenía en una de sus manos la lonchera con los recipientes casi llenos. Maldición. La acercó más a ella dándose cuenta de que el gesto llamó la atención de él. De pronto Matías se los arrebató sin darle tiempo de reaccionar y los sopesó. La miró sonriendo triunfalmente.

—Creo que aquí hay alguien a quien no le gusta tu comida, María —señaló con tono burlón. Enseguida le tendió la bolsa a la mujer. Andrea sintió rabia, ¿qué diablos le ocurría?

—¡Eso no es cierto! —Giró hacia la mujer negándolo—. Te prometo que no, cocinas delicioso, es solo que...

—¿Qué? —Su sarcasmo era palpable—. ¿Estás a dieta?, o entre tus muchas cualidades es que también tienes desórdenes alimenticios, por...

—¡Basta! —le gritó haciéndolo callar de inmediato, ubicándose a unos centímetros de su rostro—. No tengo ni quiero explicarte nada, no me interesa lo que piensas ni tú ni nadie... Trabajé lo que me pediste, me quedé hasta terminar como ordenaste, ¿qué más quieres? —Matías se quedó estupefacto. Nunca nadie le había hablado así y no iba a permitir que ella lo hiciera. La sujetó por el brazo con la intención de

arrastrarla hasta la mesa y hacerle ver quién mandaba ahí. Pero no contó con el desgarrador grito que soltó cuando lo hizo y que logró que la soltara de inmediato. Una lágrima se asomó por el orgulloso rostro de Andrea, que, a pesar de parecer verdaderamente cansado, no dejaba de ser demasiado... perfecto.

—¿Qué te sucede?! —preguntó molesto. María se acercó hasta ella y delicadamente tomó una de sus manos. Andrea quiso quitársela, pero la aferró lo suficiente como para que no lo hiciera.

—Tus manos... —susurró mirándola enseguida a los ojos. Andrea se las quitó lentamente, negando, ansiosa.

—Estaré bien, yo... Con permiso. —Un segundo después caminaba rumbo a las escaleras sin querer voltear a ver a las dos personas que se habían quedado observándola sin haber dicho una sola palabra.

Cuando llegó a su recámara, se deshizo de los zapatos con sus pies. Intentó lavarse las manos, pero al ver lo que ardía desistió, regresó a la habitación y se acostó sintiendo cómo el dolor, al contrario de disminuir, aumentaba gracias a que los músculos iban enfriándose cada minuto. Apretó los dientes aguantándolo.

No lloraría, no se quejaría, se le iba a pasar. Se lo repitió una y otra vez.

No supo cuánto tiempo había transcurrido cuando escuchó que alguien tocaba a su puerta.

—Adelante —contestó adormilada al fin.

—Muchacha... ni siquiera te cambiaste. —Era María, su voz se escuchaba preocupada.

—Mañana lo haré, no te preocupes —eso fue lo único que atinó a decir mientras el sueño de nuevo la envolvía. De pronto sintió que le tomaba una de sus manos, el dolor la hizo despertar de golpe.

—Shh... Lo siento, niña, voy a curarte, no puedes quedarte así.

—No... por favor, no es necesario...

María agarró una pequeña palangana con agua y sumergió un trapo dentro de ella.

—Sí que lo es... Esto se puede infectar, además las traes muy hinchadas. Verás que con lo que te voy a poner mañana amanecerás mejor,

¿los brazos también te duelen? —preguntó. Andrea asintió con lágrimas en los ojos que amenazaban con salir. Nunca nadie se había tomado tantas molestias con ella. Aprendió con el tiempo a solucionar sola lo que le sucedía y a no contar más que con ella misma. El tacto de la mujer era delicado e intentaba no lastimarla más, le iba limpiando herida por herida. Ardía, así que mantenía los ojos cerrados y apretando los dientes sin quejarse.

—¿Es por eso por lo que no comiste?

—Sí... —Abrió los ojos para explicarle. Lo primero que vio fue a Matías recargado en el marco de la puerta. ¿Cuánto tiempo llevaría ahí? La miraba serio, pero no molesto, parecía pensativo y muy lejos de aquel lugar.

—Lo supuse, me hubieras dicho. —Dejó de observarlo y dedicó su atención a la mujer que le tendía su ayuda desinteresada.

—Lo siento... Pensé que era normal, después de todo no estoy muy acostumbrada —murmuró. María asintió serena y continuó atenta a su labor. Andrea dedicó una última mirada a Matías que parecía haber regresado mientras observaba cómo la curaban. Unos segundos después volvió a cerrar los ojos, si no lo hacía lloraría del dolor.

En cuanto terminó le untó algo en la mano y luego se la envolvió en varias telas. Después hizo lo mismo con la otra. Le dio un pequeño masaje en ambos brazos. Andrea quería gritarle que parara, que le dolía mucho, pero no se atrevió. Apretó los labios e intentó pensar en otra cosa.

—Listo. Ahora tómate estas pastillas y verás que mañana te sentirás mucho mejor. —Así lo hizo con su ayuda dándose cuenta de que Matías ya no estaba ahí.

—María... muchas gracias. —La mujer sonrió en respuesta.

—Descansa... mañana será otro día —susurró y le puso una frazada encima para que no se moviera y salió de la recámara apagando la luz.

—¿Qué haces ahí? —preguntó María, sabía bien que Matías estaba mirando por una de las enormes ventanas que daban al exterior.

—Pensando... —admitió sin verla. La mujer avanzó hacia las escaleras. Cuando él se ponía así no se le podía sacar ni una sola palabra—. ¿En serio tenía las manos tan heridas? —Al escucharlo se detuvo, desconcertada.

—Bien sabes que no soy una escandalosa, Matías... Pero te dije que exagerabas. No lleva ni dos días y le exiges como a los recolectores más viejos.

—Pero... ¿por qué no se quejó entonces?...

—Probablemente porque es tan orgullosa como tú o porque a diferencia de otras personas, a ella no le gusta demostrar debilidad. —Matías giró hacia ella enseguida.

—¿A qué te refieres?

—Tú sabes a qué me refero... No tengo por qué aclararte nada. Esa muchacha no se ha quejado cuando tú esperabas que no parara de hacerlo. No ha dado un problema en estos dos días y lo que dijiste hoy acerca de la comida fue muy grosero. Solo basta verla para saber que ella está muy bien de salud... La provocas, esperas que reaccione como...

—¿Cómo quién?... dilo —la desafió. Matías sabía muy bien a quién se refería. La sangre comenzaba a hervirle de solo recordarlo.

—Tu esposa. —En cuanto escuchó esas palabras avanzó hacia su recámara, furioso—. Odias que hable de eso, pero date cuenta en lo que te has convertido. Esa muchacha hizo algo mal o muchas cosas, pero tiene derecho a ser perdonada... Igual que Tania, tu mujer... no sabía que te lastimaría así...

—¡Ni una palabra más! —ordenó y dejó de caminar—. No es lo mismo... No entiendo por qué la sacas a colación.

—Porque desde que pasó lo que pasó, te has vuelto un ser muy duro y no le das la más mínima oportunidad a nadie.

—Andrea está aquí porque usaron sus influencias, si no estaría enfrentando un juicio penal. Es una muchacha malcriada y mimada que está acostumbrada a salirse con la suya. Dime, ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Dímelo tú... Parece que estás intentado provocar que saque precisamente esa parte de su carácter que aseguras... La quieres llevar al

límite. Es humana, Matías, y está haciendo lo que se le pidió... ¿qué más quieres?

—Que comprenda que la vida no es fácil, pero con tus mimos no creo que lo logre... —Ya se veía más tranquilo, sin embargo, María lo conocía muy bien, seguía molesto y ahora también frustrado.

—No la estoy consintiendo, esa muchacha estaba muy herida. Si la dejamos así mañana no podrá ir a la cosecha, aunque tú quieras —le hizo ver. Matías sabía que tenía razón, había alcanzado a ver las heridas. Le parecía increíble que Andrea no se hubiera puesto a llorar y que hubiera aguantado toda la curación sin decir nada, a pesar de que se veía que le dolía mucho. Estaba demostrando en el poco tiempo que llevaba ahí que era fuerte o que por lo menos eso intentaba.

—Está bien, María, de nuevo tú ganas. No me ensañaré con ella, pero trabajará jornada completa y lo que alcance, mientras me reporten que colabora. No se saltará comidas y la mantendrás bien vigilada. No quiero que resulte ser todo esto un embuste, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Él enseguida entró en su habitación buscando intimidad y soledad. Odiaba recordar lo ocurrido con Tania y en los últimos dos días había salido ya a colación dos veces.

Le guardaba resentimiento, odiaba la forma en que había enfrentado la vida y mucho más aún la manera en que terminó con ella. Su amor no fue suficiente, su paciencia, su devoción. Ella... no lo tomó en cuenta, no había pensado en él. Su debilidad y fragilidad la llevaron a tomar aquella decisión que cambió por completo su manera de ver todo. Cada vez que iba al doctor era un llanto desbordante, cada mañana había que serenarla. No existía forma de hacerla salir de la recámara. Él cedió un año de su vida viviendo en la ciudad, descuidándolo todo para que ella se sintiera feliz, tranquila, pero nada había sido suficiente... y ahora no lograba encontrar la paz a pesar de haber sucedido hacía cuatro años y darse cuenta de que ya no la amaba. Había dejado de hacerlo desde el momento en que lo abandonó sin más. Se percató desde el principio que estaba creada para no soportar ninguna situación difícil que se le pudiera presentar.

Tomó un largo baño sintiéndose de pronto muy cansado; recordarla siempre lo dejaba así. Intentó leer algo sobre ganado, pero nada lo graba quitar de su cabeza el hermoso rostro de Andrea aguantando el dolor sin decir una sola palabra. Por un instante creyó que se acercaría y le diría que no se preocupara, que no le exigiría más. Había algo en ella que lo desconcertaba. Lo mejor era evitarla y mantenerse al margen.

Por la mañana Andrea despertó a la hora de siempre gracias a la alarma. Los brazos aún le dolían, pero para su sorpresa mucho menos que el día anterior. Observó sus manos envueltas en aquel trapo, lo hizo a un lado delicadamente y notó que estaban mucho menos hinchadas y las heridas no se veían tan grandes. Con más ánimos se levantó, dobló la cobija con la que María la había cubierto, se deshizo con esfuerzo de la ropa con la que durmió y trabajó. Arrugó la nariz, olía a sucio y se veía peor gracias a la tierra y a la intensa jornada.

Se duchó de prisa, no quería llegar tarde al comedor. Estaba claro que a Matías no le agradaba y no quería volver a ser víctima de un ataque, por no hacer las cosas tan exactas como él decía.

Volvió a sujetarse el cabello en una coleta y se vistió como los últimos dos días. Se miró al espejo y por primera vez en meses o... años, no sabía, se miró en serio. Ya no era una niña, en algún momento se había convertido en una mujer, sus rasgos eran ya más delicados y estaban en armonía con su rostro. Su cabello se veía brillante ahora que lo tenía libre de aceites y productos que lograban hacerlo ver sucio u oscuro. Era alta y su figura, aunque siempre fue delgada, ahora tenía curvas en los lugares adecuados. Se parecía mucho a su madre, comprendió de pronto con tristeza. Torció la boca pensando en cómo se le había ido la vida sin siquiera darse cuenta. Siempre existiendo otras prioridades, siempre teniendo que defenderse, cuidándose, protegiéndose y si se presentaba la oportunidad, atacando.

La soledad se volvió su compañera más fiel, en la única que confiaba y creía. No contaba prácticamente con amigos gracias a los cambios de escuela constantes a los que la había sometido Mayra con cualquier pretexto. Bastaba que comenzara a tener una mínima relación con al-

guien para que, a los días, la moviera de colegio o internado. Salir había sido imposible por años. Esa víbora argumentaba que su conducta era lamentable y rebelde, por lo que nunca tenía permiso. Ya mayor, se escapaba, pero siempre lograba encontrarla. Esa mujer era una maldición, su maldición, y Cristóbal a lo largo de esos diez años no lo había querido ver. Se dejó envolver por ella desde el día en que sus padres murieron y Mayra pasó, de ser una niñera cariñosa, a ser la que movía los hilos de la casa y decidía cosas pasando por alto al ama de llaves de toda la vida. De alguna manera logró deshacerse de todas las personas que Andrea consideraba que la querían y, para culminar, enamoró a Cristóbal e hizo que se casara con ella tres años después. Su vida, ya de por sí difícil gracias a su presencia, se volvió insoportable, un calvario constante. Su hermano le dejó todo el poder para hacerse cargo de su educación, aunque en realidad ya llevaba haciéndolo desde el día en que sus padres faltaron.

Un ruido del exterior la hizo volver en sí. Miró el reloj y salió lo más rápido que pudo al darse cuenta de que era justo la hora en la que debía estar abajo. Aún era consciente de cada uno de sus músculos. Descender por las escaleras fue doloroso. Llegó agitada. María la vio enseguida y le dedicó una media sonrisa.

—Buenos días, muchacha.

—Buenos días, María —contestó desde la puerta. Matías no se encontraba ahí lo que le produjo un gran alivio.

—Veo que estás mejor. —La mujer examinaba sus manos desde donde se hallaba.

—Sí... muchas gracias por... todo —le agradeció ruborizada. Ese gesto extrañó a la mujer y se volvió de nuevo a sus labores.

—Siéntate, debes comer. —Andrea asintió obedeciendo enseguida. María era seria y parecía que aún no confiaba en ella del todo. Sin embargo, la trataba mejor que todo el servicio de su antigua casa. Comió con dificultad. Cada bocado era un pequeño triunfo que le provocó una pequeña capa de sudor debido al esfuerzo requerido, pero el hambre era en ese momento mayor que su dolor, así que intentó darse prisa y terminar con todo. En cuanto acabó, María le tendió su lonchera del día.

—Cuídate, muchacha. —Andrea le sonrió agradecida.

—Dime Andrea. Yo te digo María, ¿no es así? —La mujer la observó desconcertada.

—Sí, pero...

—Por favor... —le rogó con la mirada.

—Está bien... Andrea. —Esa chica era muy extraña, nada encajaba. Le gustó que ella se lo pidiera.

—Gracias, María, nos vemos más tarde. —Y salió haciendo un notable esfuerzo.

Diez minutos después Matías entró por la puerta trasera de la cocina, dejó su tejana en un pequeño perchero que estaba al lado y saludó a María con un beso en la frente.

—¿Despertó Andrea? —Lo preguntaba asumiendo que ya sabía la respuesta. Tomó un periódico desde su asiento.

—Sí, ya se fue. —Matías elevó los ojos, extrañado—. Sí, hijo, comió y se fue.

—Entonces lo de ayer no era tan grave. —Esa era la única explicación. Desde que despertó juró que se quedaría haciendo ovillos con el pretexto del dolor y el cansancio.

—Grave no era y lo sabes... —lo regañó con su mirada severa—. Pero sí estaba herida y en el límite de sus fuerzas, ¿por qué te empeñas en ser tú su verdugo?

—María, no exageres... después de todo sabes que si no cumple con sus obligaciones su otra opción es la cárcel. No creo que tenga mucha alternativa. —Volvió a poner su atención en el diario que traía entre las manos después de darle un gran trago a su café.

—Está bien, no diré más. A ver qué sucede con el tiempo... Solo recuerda lo que me prometiste ayer. —Matías supo enseguida a qué se refería.

—Sí, ya di órdenes para que solo fuera la jornada, siempre y cuando trabaje —lo decía sin mirarla.

—Espero que así sea.

—Hoy trae mejor cara, señorita. —Lorenzo era muy reservado, sin embargo, el día anterior parecía que desfallecería en cualquier momen-

to y no pudo evitar el comentario. Andrea le dedicó una linda sonrisa. No estaba acostumbrada a que las personas la notaran.

—Sí, creo que me siento mejor. Ha sido muy cansado, supongo que me acostumbraré. —El hombre conducía tranquilamente rumbo a su destino.

—Sí, no se preocupe, además hoy se quedará el mismo tiempo que el resto. —Giró extrañada hacia él.

—No comprendo.

—Sí, el patrón dio órdenes de que solo trabajara la jornada. —El trabajador no dio más información y ella ya no quiso preguntar. No entendía lo que sucedía. Probablemente la discusión del día anterior lo hizo comprender que iba a trabajar y a hacer lo que se le pidiera, o también era posible que un ángel hubiera descendido del cielo y le ablandara ese corazón de roca que tenía. *Lo segundo es más creíble*, admitió torciendo la boca en lo que quiso ser una sonrisa.

Al llegar a la plantación descendió lentamente. Ciertamente se sentía mejor pero no del todo. Se despidió de Lorenzo mientras él le dedicaba una mueca amigable. Pedro apareció enseguida.

—Hola, Andrea, creí que hoy no vendrías. —Caminaron juntos hacia el lugar donde cosecharían.

—No creo que me lo hubieran permitido —confesó pensando que era cierto. Pedro se encogió de hombros, reflexionando en lo que ella acababa de decir.

—Sí... el patrón es muy estricto, pero en fin... ¿Qué crees? Conseguí los libros y un cuaderno. —Al escucharlo tan animado se le olvidó enseguida el dolor y la conversación sobre Matías.

—¿En serio?, eso es genial. Ahora debemos de buscar la forma de vernos sin que se den cuenta.

—Ya pensé en eso también. —Andrea rio, alegre. Se sentía una chiquilla a su lado y eso la llenaba de vitalidad, de una paz desconocida, que viajaba por cada fibra de su cuerpo permeándolo todo.

—Eres veloz, Pedro, no pensé que te urgiera tanto. —El muchacho se ruborizó metiendo las manos en sus bolsillos.

—Si no puedes... yo entiendo... —La joven le dio un pequeño empujón con el hombro.

—Claro que puedo, dime, ¿qué se te ocurrió? —Escuchó todo su plan con suma atención. Era un tanto descabellado, sin embargo, no tenían muchas opciones. Ella llegaría a cenar temprano ahora que ya solamente trabajaría la jornada, al terminar fingiría irse a dormir, y cuando dieran las ocho treinta, por la parte trasera de la casa, saldría escabulléndose hasta llegar a los establos, donde a esa hora no había gente. De ahí se podía ver una especie de granero, caminaría sigilosamente hasta el lugar y Pedro ya la estaría esperando. Al final de toda la explicación asintió rogando porque funcionara. No necesitaba más problemas con Matías. Pero por otro lado quería ayudar a ese muchacho, después de todo no estaba haciendo nada malo. Decidió arriesgarse, si los descubrían solo habría que decir la verdad.

—¿Cómo ha trabajado? —Matías estaba en las plantaciones, con Ernesto a un lado, mirando en dirección de Andrea. Lucía exhausta, aun así, no se detenía. Recordaba su rostro el día anterior cuando María la había curado. Tenía una mirada limpia, mucho más limpia que la de la mayoría de la gente que conocía. No comprendía, esa joven comenzaba a ser un gran acertijo para él, las cosas no cuadraban. Por otro lado, tenía una cara realmente hermosa y una belleza natural de la que ella parecía no ser consciente, además sonreía a cualquiera que le hiciera un mínimo gesto amable.

No llevaba ni tres días ahí y ya parecía haber iniciado una amistad con el cabezota de Pedro, situación que le parecía más extraña aún, porque si bien no era malo ese mocosito, sí era muy rebelde, arisco, grosero y desconfiado. Continuamente había que estarlo separando de peleas con otros muchachos y reprendiéndolo por sus maneras de dirigirse hacia los demás. Incluso el hijo mayor de Ernesto trabajaba ahí con él para poder tenerlo vigilado, después de que descubrieran que no iba a la escuela sino a hacer cualquier cantidad de destrozos con otros vagos de los alrededores. Pero con ella parecía ser diferente y no sabía si preocuparse por esa amistad o alegrarse.

—Sí, Matías, ha trabajado como el resto —contestó Ernesto, entendiéndolo de inmediato a quién se refería.

—Bien, entonces que Lorenzo la lleve cuando termine la colecta.
—El capataz asintió serio. Él también había notado la amistad entre ella y su hijo y no comprendía cómo era que Pedro la trataba con tanto respeto en el poco tiempo que tenía de conocerla, no solía ser así. Ambos muchachos trabajaban sin parar, y sin ser conscientes de que los estaban viendo continuaron cuchicheando con complicidad.

∞ 4 ∞

Andrea llegó poco antes de las siete, caminó rendida hacia la cocina. Moría de hambre y sueño, sin embargo, había quedado con Pedro de verlo más tarde, así que no podía descansar todavía.

—Llegas temprano mu... perdón, Andrea. —La mujer estaba dándole vueltas con un enorme cucharón a una olla de las mismas proporciones.

—Sí... Matías permitió que me fuera igual que el resto... —Su voz denotaba lo extraño que le parecía.

—Pues eso es bueno, ¿no? —preguntó. María se giró hacia ella limpiándose las manos con el delantal.

—Sí... supongo. —Reflexionó aún de pie frente a la larga mesa de madera. La mujer se acercó y tomó sus manos sin pedirle permiso.

—Están un poco mejor —afirmó torciendo el gesto. De inmediato fue a uno de los cajones de la despensa y sacó un pequeño frasco color ámbar—. Toma, báñate y pónelo cuando estés limpia. Verás que poco a poco vas mejorando.

Andrea pestañeó varias veces sin poder entender por qué esa mujer se preocupaba sin conocerla, y más por lo que ella creía que eran sus antecedentes.

—Anda... —la apremió al ver su reacción—, no tardó en servir la cena. —Le guiñó un ojo y comenzó a darle órdenes a la muchacha que lavaba los trastos.

Se duchó sintiendo cómo cada uno de sus músculos se lo agradecía profundamente. Eligió una falda de colores bastante sencilla que

le llegaba a las rodillas junto con una blusa blanca y unas sandalias. Comenzaba agosto, así que el calor ahí era húmedo y pegajoso, por lo que deseaba con fervor ponerse algo fresco. Se untó tranquilamente el ungüento que María le acababa de entregar. Olía a menta y otras hierbas que no pudo identificar, pero que le daban, a sus manos y brazos, una sensación de descanso que le urgía sentir.

Se recostó un poco en la cama disfrutando del momento. De pronto recordó que la cena se servía a las siete y treinta. Salió de prisa. Ya en las escaleras se dio cuenta de que el cabello no se lo había sujetado. ¡Diablos! Pasó saliva sopesando si se regresaba por algún broche o llegaba a tiempo. De pronto el camino a su recámara se le antojó eterno, después de todo estaba limpio, libre de aceites y fijadores.

A unos pasos de la cocina escuchó su voz, eso la detuvo en seco, respiró hondo y entró.

—Buenas noches.

Matías giró para responderle, indiferente como solía, pero lo que vio lo dejó sin aliento. Andrea lucía... irreal. Vestía de una forma tan sencilla, y tan diabólicamente hermosa, que lo hizo pensar por un segundo que ya estaba alucinando. Sin aliento la escrutó. Lo que robó por completo su atención dejándolo noqueado fue su cabello; caía hasta la cintura aún un poco húmedo y poseía delicados reflejos que, con la poca luz, lo hacían parecer que brillaba, el resto era de un color caoba rojizo que provocaba no poder dejar de admirarlo. Pestañeó perplejo ante tan deslumbrante imagen.

—Lo... lo siento —logró decir aturdida al notar que él la escudriñaba desconcertado—. Olvidé sujetarlo.

Matías rápidamente se percató de su reacción y desvió la mirada fingiendo indiferencia.

—Mientras lo laves y sujetes para el trabajo, está bien. María, ¿nos sirves? —Dicho esto se sentó donde solía hacer. Andrea hizo lo mismo sin atreverse a levantar los ojos de la mesa. Juró que la iba a hacer regresar para recogerlo, por la forma en que la había observado.

Cenaron en silencio, como ya era costumbre. María y él de vez en cuando intercambiaban palabras pero nada más. Ninguno de los dos

parecía notar que estuviera ahí. Comió lento pues aún sentía las heridas y el dolor muscular. El hecho no pasó inadvertido para él, que con disimulo la evaluaba sin poder evitarlo cada cierto tiempo. Necesitaba salir de ahí, tenerla sentada en la misma mesa, y no contemplarla como un idiota, estaba siendo una labor verdaderamente titánica. No entendía qué le sucedía, pero cada vez que la tenía a una corta distancia, o tan solo la veía, el deseo lo atravesaba, y unas ganas enormes de saber lo que escondía se apoderaban de él. En cuanto terminó se levantó dándole las gracias a María. Subió hasta su recámara, prendió la ducha sin usar el agua caliente y se sumergió en ella. Recargó ambas manos en la pared y esperó a que el agua surtiera el efecto deseado. Intentó poner su mente en blanco para no pensar, para no recordarla. Lo que estaba sucediendo no le gustaba en lo absoluto. Media hora después logró enfriarse. Se vistió de prisa y se encerró en el estudio para conseguir permanecer distraído.

Andrea lo escuchó salir de su habitación, esperó unos minutos más. Estaba nerviosa. Respiró profundo y, poco antes de la hora que había quedado con Pedro, bajó sigilosamente. Salió por una pequeña puerta que el muchacho le había descrito por detrás de la casa. Frenaba cuando escuchaba algún ruido. El corazón se saldría por la garganta, sin embargo, la noche estaba en su apogeo y eso la ayudaba. En efecto, no encontró a nadie durante el trayecto, como el chico le dijo. Oía voces a lo lejos, pero nada más. Llegó al granero mirando hacia todos lados esperando que alguien la viera y todo se viniera abajo.

—Ps, ps... por aquí —escuchó.

No lograba ver con claridad, pero enseguida reconoció la voz de Pedro. Caminó tropezándose. Él ya la esperaba. La sujetó del antebrazo, cruzaron una puerta, varios metros de paja y por fin llegaron. Ya había adecuado un pequeño espacio con un par de bancos improvisados, una pequeña tabla que fungía de mesa y un par de quinqués que iluminaban lo suficiente. De verdad sería muy difícil que alguien ahí los encontrara, eso la tranquilizó.

No sabía por dónde comenzarían, así que se cercioró de los conocimientos que tenía. Sabía escribir, leer de forma muy irregular, sumar y

restar. Las multiplicaciones ya eran otro tema, su ortografía era fatal y su letra poco legible.

—¿En serio te quedaste en sexto de primaria? —quiso saber al ver lo escaso de su instrucción. Pedro se ruborizó, incluso con aquella mediana luz Andrea lo pudo notar.

—Sí, pero... la verdad es que no ponía mucha atención y pos casi no iba, además ya fue hace mucho —esto último lo dijo a manera de excusa. Andrea sonrió asintiendo al mismo tiempo que evaluaba lo que acababa de escribir y de resolver. Suspiró, cerrando los ojos volviendo a asentir.

—Muy bien, Pedro, tenemos mucho trabajo. Conste que no soy maestra pero voy a hacer lo mejor que pueda, ¿de acuerdo? Empezaremos por lo básico. Esa letra está fatal, te apuesto a que ni siquiera tú la puedes leer. —Pedro frunció el ceño, indignado.

—Claro que sí. —Le quitó el cuaderno de las manos y se dispuso a intentar demostrarle que sí se entendía. Andrea lo observó tranquila, evitando sonreír.

—La... ppp... er... sss... o... la persona, sí eso, la persona qqqq... uu... ee... —Se rascó la cabeza poniendo toda la concentración para entenderse. Andrea le bajó la libreta delicadamente e hizo que la mirara.

—Pedro, no pasa nada, por eso quieres mi ayuda, ¿no es cierto? No te preocupes, escribirás y leerás muy bien, ya lo verás. Solo necesito que seas sincero y no te ofendas cuando te diga algo que no te guste, si no, no podremos avanzar. —El muchacho asintió completamente embelesado al verla tan de cerca.

—Lo prometo, Andrea, perdón. —Volvió a sonreír. Él lograba ese efecto. En los últimos días lo había hecho más que en varios años. Por alguna extraña razón ahí se sentía libre, con un mundo ante ella lleno de posibilidades.

Una hora y media después de que hubiera llegado ahí, el chico la escoltó hasta la entrada de la casa, evadiendo, con impresionante maestría, la vigilancia de dos hombres que resguardaban el lugar por cualquier cosa. Al llegar a su recámara cerró la puerta con cuidado y soltó la respiración. El corazón se quiso detener más de una vez. Sin embargo,

ya estaba ahí, sana y salva, y sobre todo sin ser descubierta. El reloj de la mesilla de noche marcaba las diez y cuarto, resopló meditando un momento en cómo le ayudaría a Pedro. Debía conseguir por lo menos unas hojas y un lápiz. No le podían negar eso, decidió, así que al día siguiente le diría a Matías y también le pediría un libro. Se acercaba el fin de semana y entonces sí sospechaba que habría momentos de mucha soledad y aburrimiento. Una vez tomada esa decisión se puso la ropa de dormir, se recostó felizmente en la cama y durmió prácticamente al tocar el colchón.

Otro día más. El despertador sonó y sintió que apenas posó la cabeza sobre la almohada. Aún adormilada se duchó y vistió sin darse cuenta. Ya era viernes y no tenía idea de lo que el fin de semana le deparaba, o, mejor dicho, de lo que decidiera Matías esos días. Los brazos le dolían, pero menos que el día anterior, y los pies, pese a que los tenía un poco hinchados, los sentía levemente más descansados. Se vistió como ya era su costumbre y bajó a la hora indicada. Cuando entró en la cocina María le sonrío.

—Buenos días —saludó extrañamente animada.

—Buenos días, Andrea, veo que te sientes mejor.

Asintió, agradeciéndole con la mirada sus atenciones. Matías aún no estaba ahí, así que se sentía menos estresada y alerta.

Estaba por terminar de engullir los huevos revueltos que le sirvieron cuando lo escuchó. No saludó, tomó el diario que estaba a un lado de ella y se sentó sin decir más. Andrea no lo comprendía. Era un ser realmente extraño. Su esposa había muerto, pero ya hacía algunos años y nada lo podría cambiar. Sabía muy bien que la vida no era color rosa y que siempre llevaba consigo sorpresas no gratas. A pesar de lo que tuvo que pasar los últimos doce años se sentía optimista. La vida le estaba dando una nueva oportunidad de comenzar, lejos de todo, y la aprovecharía, costara lo que costara. ¿Por qué él no buscaba la manera de volver a ser feliz? Era obvio que su presencia le molestaba y estaba decidido a que aprendiera de sus errores, pero había algo más, algo triste y doliente en su mirada. Pasó su último bocado y levantó la vista lentamente, tomando aire para agarrar valor.

—Matías... —lo llamó. Por un momento pensó que no le haría caso, sin embargo, un segundo después, posó sus ojos en ella. La chica con la que compartía la mesa lo desconcertaba, era como si... disfrutara estar ahí, como si fuera feliz a pesar de sus actos. Cristóbal le había contado muchas historias sobre Andrea y ninguna cuadraba con lo que ahora tenía enfrente. No quiso pensar más, la escrutó serio. Estaba nerviosa, aun así, no le ayudó en lo absoluto. Le sostuvo la mirada esperando—. Sé... que no tengo derecho a pedir nada... —comenzó. Él dejó el diario a un lado. ¡Ahí estaba el asunto!—. Pero... ¿sería posible que... me prestaras hojas y algo con qué escribir en ellas? —pidió. El hombre frunció el ceño sin comprender. Juró que pediría la computadora, el teléfono, una salida, lo que fuese menos... «hojas»—. Y... un libro, si es que tienes... de lo que sea, de verdad me da igual. —Agitaba las manos mientras hablaba.

—¿Hojas y un libro? —repitió. Ella asintió al escucharlo hablar por primera vez.

—Y... bolígrafo o lápiz —completó más tranquila.

—¿Te gusta leer? —preguntó extrañado. Andrea comprendió que, además de creer que era un desastre, también creía que era una ignorante. No discutiría, después de todo él podía pensar lo que se le viniera en gana. Asintió paciente en lo que se limpiaba el sudor de las palmas en su pantalón debajo de la mesa—. Y las hojas... ¿para qué? —quiso saber.

—Para... escribir... supongo, me gusta anotar sobre lo que leo —le explicó seria. Y en parte era cierto, quería ver si contaba con algún libro sobre floricultura o algo por el estilo. Matías continuó estudiándola sin comprender del todo, al final asintió.

—Muy bien, te las daré por la noche y el libro lo puedes escoger cuando quieras. En el estudio hay muchos, aunque dudo que encuentres algo de tu interés... —Ella sonrió complacida.

—Muchas gracias, seguro encontraré algo en lo que pueda entretenerme...

—Si tú lo dices... —murmuró escéptico. Retomó el diario, ignorándola nuevamente, mientras ella salía corriendo para alcanzar a Lorenzo. En cuanto desapareció de la cocina, María y él se miraron.

—¿Qué se traerá entre manos? —preguntó desconcertado. La mujer se limpió las manos en el delantal encogiéndose de hombros, no tenía la menor idea.

—Mañana es sábado, Matías. ¿Qué haremos con ella estos dos días? —No lo había pensado, caviló mientras se frotaba la quijada.

—Que vaya a la plantación por la mañana y por la tarde que haga los quehaceres. Imagino que debe lavar ropa, limpiar su recámara y el domingo, ya verá... algo se me ocurrirá.

—Si de verdad toma ese libro probablemente sea bueno que descanse como cualquier jornalero, ¿no? —Matías puso los ojos en blanco.

—¿Qué te ha dado esa niña que le tienes tantas consideraciones, María? Tú sueles ser dura, tanto que yo debo intervenir algunas veces.

—No lo sé, Matías, hay algo extraño en ella, no veo maldad en sus ojos, a mí también me parece raro, sin embargo, me inspira confianza y... ternura. —Lo decía con la mirada perdida, reflexionando, pues no comprendía.

—Espero, por ti, que tengas razón, por mi parte me iré con cuidado, creo que puede ser cautivadora y así consigue lo que desea.

—Eso es lo que tú crees porque te tiene con la boca abierta y porque no es lo que tú quieres que sea. —Matías se levantó de inmediato talarándola con la mirada.

—No sé a qué te referes, pero no me gusta nada lo que insinúas. Tú y yo siempre hemos tenido una buena relación, no busques que eso cambie, ¿de acuerdo? —La mujer se acercó molesta. No le tenía miedo. Lo conocía desde crío y sabía muy bien qué hacer ante sus desplantes.

—Si no te gusta escuchar la verdad entonces sal de mi cocina. Sabes bien que lo que digo es cierto, Andrea no es «cautivadora» —esto último lo dijo imitándolo—. Si así fuera, no estaría aquí y su hermano te hablaría maravillas de ella. En cuanto a ti, basta ver cómo la miras, ¡por Dios!, te escondes en esa fachada grosera y ruda para evitarla, crees que no te vi ayer...

—Cállate —ordenó ya acercándose a la salida de la cocina.

—Ya te dije, si no quieres escuchar vete de aquí. Esa muchacha esconde cosas, algo raro sucede, lo sabes y es por eso por lo que te tiene

así, hay algo que no encaja. —La observó un minuto sopesando sus palabras. Tomó su sombrero tejano, ya más tranquilo; en efecto, Andrea no parecía ser lo que decían.

—Habrá que esperar, todavía es muy pronto para afirmar nada... Ya veremos quién tiene la razón.

—Ya veremos... solo recuerda que sabe más el diablo...

—De verdad no sé por qué te aguanto —gruñó fastidiado saliendo de inmediato, sin esperar la respuesta de la mujer. A veces se lo preguntaba. Era grosera y dura con las personas, difícilmente mostraba clemencia, el trato a los demás a veces era un tanto tirano y cruel. Sin embargo, la conocía de toda su vida, siempre que iba al rancho con su padre ella se hacía cargo de él y le mostraba la vida allí. Al pasar de los años notó que la respetaba más que a su propia madre, a la cual no le gustaba salir de la ciudad y se la pasaba inmersa en sus eventos, compromisos y organizaciones. No la podía culpar, hacía lo que debía, ser la esposa de alguien como su padre era un papel complicado, difícil y ajetreado. Además, cuando estaba junto a él, era cariñosa y condescendiente, al igual que su padre que le inculcó el amor por esas tierras toda su vida. La mitad de su existencia la había pasado ahí, excepto el periodo en el que estuvo casado con Tania. Ella era de ciudad y alegaba que haber estado confinada en el rancho esos meses había hecho que enfermara de esa forma. Iba cabalgando sin rumbo recordando aquel episodio de su vida que tan desesperadamente deseaba olvidar y que se empeñaba en volver, de una u otra forma, a su mente.

—Matías... —le llamó Ernesto a lo lejos—. Patrón. —Escuchó más cerca, enseguida giró, dándose cuenta de que se dejó ir por los recuerdos.

—Dime, Ernesto. —El hombre sonrió, comprendiendo que de nuevo se había fugado en sus pensamientos.

—En la empacadora te buscan —le informó. Ambos cabalaron mientras discutían sobre la plantación.

El día transcurrió no muy diferente que el anterior. Los jornaleros no le hablaban mucho y la veían extraño, pero Pedro no la dejaba sola ni un solo momento, cosa que agradecía. Hacía mucho calor, el cuerpo

pedía de nuevo a gritos descansar, sin embargo, gracias a los chistes y anécdotas de su nuevo amigo las horas pasaban más rápido. Llevaba ya cuatro días ahí. Los restaba mentalmente en su cabeza, trescientos sesenta y uno faltaban para poder desaparecer. Debía planearlo muy bien, tenía que fabricarse una nueva vida y nunca más mirar atrás; ya que sentía que si no lo hacía acabarían poniéndole una camisa de fuerza, o algo peor. Sacudió la cabeza intentando volver al presente. Pedro le acababa de decir algo a lo que ella no supo ni qué contestar. Él sonrió al notar su falta de atención.

—Perdón, no te escuché.

—No te preocupes, solo estaba preguntándote si en la noche nos vemos a la misma hora.

—Claro, creo que ya conseguí algunas hojas y un lápiz para poder planear mejor lo que creo que debes saber. Pero necesito que hoy me prestes los libros de tu hermana... —Él asintió, ya los tenía entre sus cosas, listos para dárselos, solo rezaba por que no preguntaran por ellos.

Matías estuvo varias veces tentado a ir a la cosecha para verla, sin embargo, logró autopersuadirse, no debía perder el piso. Andrea había estado involucrada en un asalto y un muchacho salió gravemente herido por sus amigos. Eso y muchas otras cosas formaban parte de una lista inmensa de problemas que había provocado: drogas, fiestas, hombres, eran algunas de las que sabía, y que Cristóbal le comentó hacía unas semanas. No se podía dejar embaucar por ese rostro, por esa mirada. No, debía ser fuerte, probablemente llevaba demasiado tiempo sin una mujer. Desde Tania prácticamente las había evitado, pues todas las que conocía se acercaban a él con lástima o fingiendo buscar su protección y ambas cosas lo encolerizaban y bajaban su libido a cero. Probablemente ya era hora de poner punto final a esa abstinencia.

Por la noche Andrea bajó ya aseada a cenar. Matías no estaba y, como siempre, sintió alivio. Por otro lado, su ausencia le era muy evidente, y esa noche, además, necesitaba lo que le había pedido por la mañana. Él se detuvo en la puerta de la cocina observándola sin que nadie lo notara. No la había visto desde el desayuno, ahora sí llevaba

el cabello recogido, cosa que, sin poder evitarlo, lo frustró. La visión de ese cabello acariciando su cintura lo hacía perder toda perspectiva, además se había puesto un vestido de algodón verde con tirantes que sabía que combinaba a la perfección con el color de sus ojos. Por un momento dudó en entrar, sin embargo, respiró hondo regañándose a sí mismo y exigiéndose control. Era un hombre de treinta y dos años, no un quinceañero.

—Buenas noches —saludó. La joven elevó la vista y, como supuso, sus ojos se veían más verdes aún con ese atuendo. Desvió de inmediato la mirada hacia María.

—Buenas noches —respondió incómoda al comprender que su mera presencia lo irritaba.

—Hola, hijo, anda, ahora te sirvo —dijo María. El recién llegado asintió mientras se sentaba y comenzó a hablar con la mujer, de nuevo ignorándola.

Cuando Andrea terminó, empezó a juntar el coraje para preguntarle sobre lo que le había pedido. Alzó la vista de su plato y, al hacerlo, se dio cuenta de que la observaba de una forma que la dejó perpleja. De pronto el tiempo dejó de tener sentido y se perdió en sus ojos color miel que la atraparon como si fueran garras suaves pero firmes. Un montón de mariposas aletearon frenéticas dentro de su estómago y un calor que jamás había experimentado empezó a correr por todo su cuerpo, calentando lo que siempre había estado frío. Tragó saliva con dificultad, sin entender lo nuevo de esa sensación tan mágica e irreal.

—¿No quieres más, Andrea? —María supo que algo sucedía al dejar de escuchar a Matías y, cuando giró, lo único que vio fue a ese par de muchachos mirándose de aquella forma tan intensa. Decidió darles un segundo, pero al notar que ninguno de los dos parecía darse cuenta de nada, salvo de sus ojos conectados, se permitió interrumpirlos. Lo que estaba surgiendo no podía ser bueno a pesar de lo que intuía sobre aquella chica.

Matías fue el primero en reaccionar al escuchar a la mujer. Desvió su atención, desconcertado. No estaba preparado para lo fuerte de aquel gesto. Ella... traspasó su alma... Había ingresado sin dificultad a un lu-

gar dentro de él, que ni siquiera él mismo sabía que existía. Se puso de pie inmediatamente con la intención de abandonar cuanto antes ese lugar para poder pensar más claro. Al girar hacia la puerta, notó que Andrea se hundía en la silla completamente ruborizada y confundida. La desolación que vio en su rostro lo atravesó como una marea de zozobra. No comprendía nada de lo que estaba ocurriendo, el ambiente era denso y muy extraño.

—María te dará lo que necesitas —logró decir, escuchándose mucho más duro de lo que en realidad pretendía. Y salió prácticamente volando de la cocina, un par de minutos después se escuchó el rugir del motor de una de las muchas camionetas que había en el lugar, la cual se alejaba rápidamente. Andrea no entendía nada, no obstante, fuese lo que fuese, era evidente que a él lo había enfurecido. Pasó saliva con dificultad levantándose lentamente. De pronto fue consciente de que no estaba sola en aquel lugar. María colocó una mano sobre su antebrazo logrando así que la volteara a ver.

—Vamos, en el estudio está lo que necesitas. —Los labios de la muchacha temblaban. Pestañeó varias veces y, luego de unos segundos, ya tenía la misma expresión de siempre.

—Gracias, María.

Ya eran casi las ocho treinta y Matías no regresaba, le daba miedo salir y toparse con él, era evidente que estaba molesto con ella. La mirada que intercambiaron seguramente dejó en evidencia la incipiente atracción que sentía hacia él, cosa que seguramente lo insultó tanto, que tuvo que salir corriendo de su propia casa como alma que llevaba el diablo. Se regañó a sí misma por no controlarse. Lo cierto era que por unos minutos hubiera jurado que también él la miraba así.

Nunca había experimentado algo similar a lo de ese momento. Claro que besó varios labios a lo largo de su vida, incluso pasó un poco más que eso con unos pocos, pero con ninguno sentía nada... tan era así, que no lograba ir más allá con nadie, por lo menos no conscientemente. Y eso no se debía a que creyera que la primera vez debía ser con alguien especial o charadas de ese estilo, simplemente era que ningún chico le parecía... deseable y así era muy difícil pensar en compartir

su cuerpo. Sin embargo, con Matías aparecieron precisamente esas ganas que no había sentido jamás. Esperaba sentada a los pies de la cama observando cómo las manecillas del reloj avanzaban. Moría de sueño, debía salir ya e ir a ayudar a Pedro. Cinco minutos antes de la hora se encomendó a todos los seres religiosos que pudieran ayudarle y salió de la recámara lo más cautelosa posible.

Llegó puntual a su cita, una vez ahí, decidió que el primer paso era que leyera bien; su lógica le decía que después le sería más sencillo recordar escribir y de ahí podían irse hacia los números. Bromearon, rieron, trabajaron y al final él la escoltó hasta la misma puerta que el día anterior. Matías no había llegado gracias a todas sus plegarias. Entró en su habitación sigilosamente, se mudó de ropa y cinco minutos después estaba profunda sobre aquella mullida superficie.

Matías no sabía cuántas horas llevaba ahí, su primera reacción al salir de esa casa fue ir en busca de una mujer para que ese deseo y hambre bajaran de una jodida vez y pudiera pensar coherentemente. Así fue cómo se encontró en la puerta de Camila, esa mujer se había mostrado dispuesta a retozar con él las pocas veces que la había buscado. Hacía mucho que no iba y esperaba que no le cuestionara sobre el tema, no tenía humor para hablar con nadie.

La muchacha abrió, al verlo sonrió y lo haló de la camisa introduciéndolo sin miramientos a su casa. Lo besó sin hablar, lo medio desvistió, un segundo después ella dejó a un lado su sostén, sus bragas y se entregó a él, tan apasionada como siempre. Diez minutos más tarde la joven fue en busca de un cigarrillo y lo prendió, estudiándolo. Ese hombre era colosal, sin embargo, no daba nunca ni un ápice de más. Poco sabía sobre su vida y sinceramente no le interesaba, lo único que buscaba en él era esa pasión siempre tan arrebatada. Ahora fue diferente, parecía haber sido prácticamente violado. Por un momento incluso llegó a pensar que no podría responder o que saldría corriendo de ahí.

Matías sentía náuseas, no podía permanecer en ese lugar ni un minuto más. Se abrochó los pantalones de prisa y, sin decir nada, salió de ahí igual que de su casa. Encontró la cantina a unas cuadras, entró, pidió

tequila y comenzó a beber. Su cabeza era un torbellino. Tania no paraba de reaparecer en su memoria mientras que las hermosas facciones de Andrea y aquel cabello, se metían sin permiso entre sus recuerdos. No comprendía lo que le estaba sucediendo. Jamás había sentido algo similar. Andrea lo jalaba como un magneto. Desde su aparición ese día por la mañana en la cocina con su cara lavada y vestida de esa forma tan sencilla, no pudo dejar de pensar en eso y odiaba que fuera así.

Esa chica era muy problemática, estaba ahí bajo su tutela, debía hacerla entender que la vida era para los que luchaban, no para las personas débiles que se escudaban en sus desgracias para hacer cualquier tipo de bajeza. Sin embargo, por alguna extraña razón no le provocaba todo eso, no veía ni un poco de maldad en sus ojos, al contrario, rebozaban inocencia, ingenuidad y una dolorosa desconfianza. Era increíble ver cómo respondía ante el mínimo gesto de amabilidad, parecía que no estuviera acostumbrada a ello. Eso lo desconcertaba pues sabía muy bien que el dinero le sobraba y que estaba acostumbrada a que la gente hiciera lo que quisiera y le resolvieran todo. No obstante, pese a eso, ante la más pequeña atención regalaba una cálida sonrisa y una mirada de agradecimiento infinita.

Se sirvió otro caballito y lo bebió de un solo trago. El líquido le quemó la garganta. Aspiró fuerte y continuó cavilando. Algo debía hacer, no podía confundirse, Andrea tenía apenas veintidós y él le llevaba diez años, era la hija de los mejores amigos de sus padres, la hermana de su mejor amigo y estaba ahí por haberse involucrado en aquel asalto. Después de dejar aflorar todo ese torrente de ideas que en su cabeza pujaban ansiosas por salir, comenzó a pensar con mayor lógica. Dejó a un lado la botella, prácticamente llena, y decidió que la ayudaría a cambiar, que intentaría verla como a una hermana menor, buscaría que rectificara su camino y a lo mejor, con el tiempo, lograría de verdad hacer de ella una persona de provecho. Ya no la provocaría más e intentaría fluir con ella. Eso sí, sin soltar las riendas y siendo muy estricto cuando debiera serlo. María tenía razón, si se humanizaba un poco más probablemente pudiera ver las cosas en perspectiva y esa imagen que se estaba formando de ella se desvanecería sin darse cuenta.

El sábado, María le comentó a Andrea que trabajaría media jornada como el resto y por la tarde se pondría a hacer los quehaceres de su recámara. Y así lo hizo. Ese día no veía a Pedro, él le había informado que los fines de semana serían más arriesgados pues los horarios eran muy irregulares. Lavó su ropa, las sábanas y toallas. Acomodó y limpió todas sus cosas con tranquilidad ya que no había tenido oportunidad de hacerlo en toda la semana.

Su cuerpo aún estaba adolorido pero ya nada en comparación con los dolores de hacía dos días; el ungüento y pastillas que María le había proporcionado lograron que se sintiera mucho mejor. Sus manos seguían con pequeñas heridas, por lo que antes de dormir las untaba con aquel remedio, envolviéndolas, como aquella noche aprendió, y con eso amanecían como nuevas. Cuando terminó le avisó al ama de llaves y esta subió a inspeccionar.

—Veo que sabes hacer los quehaceres. —Se hallaba sorprendida.

—Sí —aceptó Andrea, ruborizada. Al ver que la chica no diría nada más, se dio media vuelta para salir de la recámara—. María. —La mujer giró enseguida.

—¿Dime?

—¿Crees que... pueda agarrar ahora sí el libro que no pude elegir ayer? —La mujer sonrió secamente, no era muy afectuosa a las muestras de cariño, sin embargo, tenía que aceptar que esa chica se la estaba ganando y en un tiempo récord.

—No veo ningún problema. —Volvió a voltear con la intención de irse, pero la mano de Andrea sobre su hombro la detuvo.

—¿Podrías... acompañarme? Sé que a Matías no le soy grata y no quiero que piense mal porque yo haya estado ahí; no quiero que crea que husmeo en sus cosas o infrinjo alguna de sus reglas. Sé que con mi presencia aquí ya tiene demasiado.

María pestañeó sin saber qué decir. No había el menor reclamo o dolor en su voz, de hecho, parecía acostumbrada a no ser tratada dignamente ni a que le tuviesen confianza.

—Claro que sí, vamos.

Varios minutos después aún seguían en el estudio frente a las filas interminables de libros.

—No pensé que fueran tantos... —admitió culpable. Sabía que María podía comenzar a impacientarse.

—Dime qué buscas y veremos si te puedo ayudar, ¿de acuerdo?

—¡Gracias! —Y posó una mano, cariñosa, en su antebrazo. Después volvió a ubicar su mirada al frente—. Floricultura.

—¿Floricultura? ¿Y eso para qué? —Hubiera jurado que le pediría cualquier otra cosa.

—Bueno... es que... las flores me gustan mucho. —María de nuevo se daba cuenta de que había más, pero parecía que no tenía la menor intención de decirlo. Los pocos días que llevaba conociéndola se había percatado de que era una chica muy agradecida pero también muy desconfiada y reservada. Varios minutos después continuaban sin encontrar nada. Andrea comprendió que no podía seguir reteniendo ahí a María.

—¿Qué buscan tan perseverantemente? —Ambas voltearon de inmediato. Andrea pasó saliva bajando la vista, cautelosa. No creyó que las sorprendería ahí, en el acto las palmas le sudaron y su corazón pareció moverse levemente de su sitio.

—No te sentí entrar, hijo. Andrea busca algo de floricultura. —Matías frunció el ceño sin comprender por qué buscaría un libro sobre el cultivo de las flores. Por otro lado, notar su reacción le provocó un pinchazo en el pecho. Tenía la mirada en el piso y se había metido las manos a las bolsas del pantalón. Decidió no hacer ningún comentario, tomó una pequeña escalera que ahí residía, revisó varios títulos y luego tomó uno y se lo tendió, tranquilo. Ella lo agarró dibujando una sonrisa casi imperceptible.

—Gracias —musitó con miedo a que ante esa muestra de agradecimiento él saliera de nuevo furioso.

—De nada, en ese estante hay varios más... Toma los que quieras. Ojalá y los entiendas. —Andrea asintió nerviosa, observando lo que él le señalaba. De pronto el hombre giró y tomó un pequeño libro de uno de los estantes de más abajo—. Ten, es un diccionario. Lo necesitarás. —dictaminó. La joven lo sujetó sin dudar, sabía que era cierto.

—Gracias, de nuevo.

—No hay de qué... —aceptó Matías tan ecuánime que no pudo evitar verlo a la cara, confusa. Ya no parecía molesto, ahora era hasta amable. Sus cambios de ánimo la confundían.

Al sentir sobre él esa mirada tan intensa y cargada de preguntas, giró hacia María que presenciaba todo cada vez más desconcertada y preocupada. Una atracción muy grande estaba surgiendo entre los dos. Andrea no llevaba ni una semana ahí y Matías ya había pasado por todos los estados de ánimo imaginables, ¿qué sería en un mes? Rogaba para que ambos supieran detener lo que parecía ya imposible de parar.

—María, necesito que hagamos cuentas, ¿tienes un momento? —Ella asintió de inmediato. Un segundo después, Andrea desapareció sin el mayor aspaviento. Ambos la observaron evaporarse.

—¿Qué es todo esto, Matías? —preguntó la mujer, que ya se estaba acomodando en una de las sillas que estaba frente al gran escritorio. Se sentó en la suya y la miró, frunciendo el ceño.

—No te comprendo. Vamos a hacer las cuentas como cada sábado, ¿qué tiene de raro? —Lo observó con ironía, era evidente que no quería hablar del tema. Asintió, clavando la mirada en él, no le diría nada más a menos que las cosas se salieran de proporción. Después de todo era un adulto y sabía muy bien lo que hacía.

Andrea se sentó en un columpio con forma de banca para dos que había en el jardín. Comenzaba a anochecer, pero las luces ya estaban prendidas y eran tan fuertes que no tenía ningún problema para leer. Cada cinco minutos dejaba el libro a un lado y buscaba significados en el diccionario que Matías le había proporcionado. Hacía apuntes en el cuadernillo que María le dio el día anterior y luego retomaba de nuevo la lectura. Era mucho más difícil de lo que creía, pero tenía la idea de que su nueva vida no iba a ser más fácil que lo que en ese momento leía, así que debía ser tenaz y paciente; después de todo era su oportunidad de un camino diferente, así que haría todo para lograrlo y nada la detendría, no esta vez.

—La cena ya está lista... —Esa voz la sacó de su concentración de inmediato. Un tanto asustada giró, asintiendo.

—Lo siento, no me di cuenta de la hora. No volverá a ocurrir —aseguró y cerró los libros rápidamente, bajó enseguida del columpio y en menos de un minuto ya caminaba rumbo a la cocina.

La miró alejarse, confuso. La había estado observando desde hacía varios minutos. Cuando fue a la cocina se dio cuenta de que no había llegado, se sintió irritado y se reprendió por no haberla puesto a hacer algo de provecho en el día. María le dijo que iría a buscarla, pero la detuvo y decidió que lo haría personalmente, tenía que recordarle las reglas de esa casa. No tardó en dar con ella, seguía en el mismo lugar desde el atardecer. Leía atenta y cada cierto tiempo abría el diccionario, luego tomaba su pluma y anotaba quién sabe qué cosas en su cuaderno. Estaba sumamente concentrada, como si de verdad le interesara ese libro, que estaba seguro de que no iba a comprender.

Ella no era consciente de su presencia, por lo que la pudo contemplar sin temor ni restricción. Andrea era un acertijo. O era una excelente actriz o en serio algo estaba muy mal en cuanto a la imagen que tenía Cristóbal de esa joven. Ahí, sentada, tan tranquila, parecía tan vulnerable, tan tierna, que no podía imaginarla haciendo todo lo que él le había dicho. Algo no encajaba... de eso estaba seguro, pero ¿qué? Esperaba que con el tiempo lo supiera porque no quería cometer errores en cuanto a ella.

∞ 5 ∞

Al entrar en la cocina encontró a Andrea de pie al lado de María, agredándole algo al guisado. Parecían entretenidas. La mujer le daba instrucciones y la muchacha las obedecía alegre.

Resopló ya completamente perdido.

Enseguida ambas se dieron cuenta de su presencia. Andrea se tornó seria y se sentó de inmediato sin decir nada, era como si quisiera ser invisible para él. Recordó sin problema lo sucedido la noche anterior; se sentía culpable, por eso le había hablado de aquella forma y por lo mismo desapareció de ahí, pero era evidente que ella se pensaba responsable de alguna forma y se comportaba de la manera más discreta posible como para que no la notara. Nada estaba yendo por donde había planeado

Comieron en silencio cada uno perdido en sus pensamientos. Él terminó antes que ella. De vez en cuando la estudiaba. Aún tenía sus manos heridas, pero parecía no molestarle mucho. Unas pequeñas ojeras enmarcaban sus ojos, lucía cansada, sin embargo, no se había quejado ni una sola vez tras haber llegado a la hacienda. En cuanto la joven hubo terminado, se levantó de la silla agradeciendo a María al tiempo que la mujer retiraba los platos de su mano.

—Buenas noches —se despidió alejándose. No deseaba importarlo más con su presencia, no podía correr el riesgo de que no la tolerara y le pidiera que se fuera. Si eso sucedía, estaría en problemas y la posibilidad de rehacer su vida se esfumaría de inmediato.

—Espera... —Se detuvo sin voltear, con esas palpitaciones incómodas—. Sabes montar, ¿no es cierto? —Andrea lo miró aturdida,

confusa. Él hubiera jurado que un poco de miedo cruzó por sus ojos verdes.

—Pues... no muy bien —expresó, sintiendo que el temor crecía en su interior creando un nudo justo en medio de su estómago. Evocar la última vez que montó un caballo todavía le provocaba náuseas.

—Te ayudaré a recordarlo, sé que antes lo hacías, así que lo volverás a hacer sin problema, es cuestión de que te vuelvas a habituar —dijo. Ella pestañeó, respirando agitadamente. ¡No, no quería hacerlo, no podría!

—Matías, te lo agradezco... pero no es necesario. —Él le dedicó una sonrisa torcida dándose cuenta de que no quería incomodarlo y por un segundo se sintió más culpable.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Además, esos son los planes que tengo para ti mañana. No creas que estarás por ahí sin hacer nada.

La chica sintió que las piernas le temblaban como gelatina en plena sacudida. No sabía cómo saldría de esa.

—Mañana a las ocho en las caballerizas. Sé puntual, ya lo sabes.

Asintió rápidamente para de inmediato desaparecer sin decir más. María y él se miraron desconcertados.

—No pareció gustarle tu idea.

—Sí, lo sé, probablemente tuviera otros planes...

—No lo creo, parecía asustada. —Meditó un momento tomando de su café.

—¿Sabes? Ahora sí comienzo a pensar que algo no cuadra. —Al escucharlo hablar de eso, se acomodó de inmediato frente a él—. Sus conductas no tienen nada que ver con lo que su hermano me contó. Hace lo que se le pide, es atenta, se mueve como si quisiera que no la notaran, ante la más insignificante atención sonríe como si le hubieran bajado el sol. No comprendo, María, sé que no lleva mucho tiempo aquí, apenas unos días y no quiero equivocarme, pero esa sensación de que algo no está bien ya no me deja en paz.

—Me pasa lo mismo. Tú sabes cómo soy y esa muchacha me gana. Presiento que ha sufrido mucho y que intenta desesperadamente olvidarlo. —El hombre asintió evaluándola, serio.

—Le daremos tiempo, solo así sabremos qué es real y qué no.

—Estoy de acuerdo, no podemos confiarnos... de hecho ella está consciente de que no le tenemos confianza, además cree que estás molesto por su presencia aquí. —Al escuchar eso apareció un nudo en la garganta que le provocó tener que pasar saliva.

—No es eso, si no, no hubiera aceptado ayudar a Cristóbal...

—Matías... ¿Qué fue lo que ocurrió ayer aquí en esta mesa? —Permaneció serio e inexpressivo.

—Nada, absolutamente nada.

—Está bien, miéntete, pero debes saber que tu reacción la dejó atollada y muy insegura, juraría que al borde del llanto. Unos segundos después cambió por completo su expresión como si estuviera acostumbrada a no mostrar nada y volvió a ser de nuevo ella. —La escuchó perdido en su bebida.

—María, no fue nada y lo que crees que viste no volverá a ocurrir, es por eso que quiero que vea que tengo disposición a ayudarla y espero que aprenda a valorar lo que tiene. —Asintió frustrada, sabía muy bien que no le diría más. Sin embargo, no necesitaba que hablara, se daba cuenta de que las cosas se estaban removiendo dentro de su alma. Algo iba cambiando en la atmósfera de esa casa, que había permanecido en las penumbras durante tanto tiempo.

Andrea tuvo pesadillas toda la noche. Las imágenes que llegaban a su cabeza eran como un video en cámara lenta. Montando, amaba el aire en su rostro y sentir al decidido animal correr bajo sus órdenes. De pronto todo cambiaba. Atrapada, este completamente cabreado y corriendo sin parar, por más que intentaba detenerlo no la obedecía. Sus botas estaban enganchadas en la silla. El animal se levantaba en dos patas, desesperado. Ella gritaba rogando por ayuda. Nadie aparecía, sabía que iba a morir ahí, lo sentía en cada poro, en el pánico recorriendo cada arteria, en el cuerpo tenso y enloquecido del caballo.

Se despertó sudando, no quería montar, no podía. Era otra de las cosas que Mayra le había arruinado; ahora estar sobre un caballo era

impensable... respiró nerviosa estrujando las sábanas entre sus dedos, sintiendo cómo se quedaba sin circulación de tanto apretarlas.

A las siete y media, Andrea estaba de pie junto a su ventana, tenía que hablar con Matías, pero ¿y si no le creía?, ¿y si pensaba que lo hacía porque no quería hacer nada o porque quería llevarle la contra? Como según su hermano decía que era su especialidad. ¡Maldición! Bajó despacio, dispuesta a negociar con él, sin importarle lo que pensara. En el comedor no había nadie, vio que el desayuno estaba hecho, pero le era impensable ingerir algo con el estómago revuelto. Salió por la puerta trasera y caminó despacio. Casi no había movimiento. Llegó hasta los establos sin dificultad y buscó con la mirada a Matías, pero nada. No se atrevía a acercarse a los caballos, los oía relinchar, moverse en sus lugares y tan solo eso ya la ponía algo alterada. Sus palmas sudaban y de inmediato su respiración se disparaba. Sin pensarlo mucho salió corriendo de ahí.

—Eres puntual. —Giró en redondo, él ya se acercaba sin esperar respuesta—. Ven. —No se movió ni un centímetro por lo que Matías sujetó su mano y la jaló delicadamente.

¿Qué pasaba con esa chica? Parecía no tener intenciones de seguirlo. Su contacto le produjo un extraño cosquilleo en la palma de la mano. Intentó ignorar la sensación. Sería su hermano mayor, se recordó, intentando ignorar esa ansiedad por tocarla de otra manera. Debía demostrarle que si hacía las cosas bien podía ser considerado y amigable. Caminó con ella unos cuantos pasos, dos caballos ya estaban ensillados y el mozo de la cuadra los sujetaba, alegre.

—Vamos... te ayudo —propuso. Andrea abrió los ojos como platos al ver tan de cerca al animal. Su primer impulso fue correr, sin embargo, sus piernas no le respondían, estaban adheridas al piso y por mucho que les exigía mentalmente que la obedecieran, la ignoraban. Desde aquel día no había vuelto a acercarse a uno y el miedo la dejó noqueada.

Matías no se percató de su reacción, la sujetó por la cintura, sintiéndola tensa bajo su tacto, para ayudarla a subir ya que no se movía. Supuso que se debía a que no recordaba cómo hacerlo. El grito que

prosiguió a eso y el rostro de la joven fue lo siguiente que vio. Andrea estaba sobre el lomo del animal completamente lívida, los labios transparentes e intentaba bajar desesperadamente. El caballo, al sentir la nerviosa, empezó a inquietarse y sacudirse. Ella rodeó su cuello con fuerza y pánico desmedido reflejado en su rostro. Matías la observó atónito por unos segundos. Sabía que había estudiado equitación de niña y recordaba haberla visto hacerlo con la felicidad reflejada en su rostro. ¡¿Qué estaba ocurriendo?!

El caballo empezó a encabritarse a pesar de lo dócil que era. Andrea volvió a gritar desgarradoramente, tanto que el mozo intentó sujetar las cuerdas, ansioso. Matías reaccionó un segundo después.

—¡Sujétalo! —exigió con firmeza. ¿Qué mierdas era todo eso? El muchacho siguió sus órdenes, fue necesario que Matías también lo ayudara. La joven parecía que iba a desmayarse en cualquier instante, se aferraba al animal con fuerza, apretando los dientes. Ya para esas alturas, era evidente que se encontraba completamente fuera de sí.

Otro hombre llegó a la escena e intentó ayudar a bajar a la muchacha, pero ella parecía no escuchar, no reaccionar y tenía la mirada nublada de pavor. Lastimaba al caballo con su reacción, por lo que este se sacudía violentamente empeorándolo todo. Matías, ya rebasado, le pasó las riendas al recién llegado y en segundos se subió al animal. Buscó soltar lo más delicadamente que pudo a Andrea, pero ponía resistencia.

—Andrea... por favor, escúchame... suéltalo, ya te voy a bajar, no va a pasar nada, suéltalo. —No mostró haberlo siquiera oído. Con firmeza logró quitarle una mano despegando dedo por dedo y luego la otra, para de inmediato pegarlas a su pecho y evitar que hiciera de nuevo lo mismo. La joven sudaba a borbotones, temblaba sin control y respiraba muy agitada, como una locomotora a toda máquina. Matías jamás había visto algo así. La sujetó con fuerza de la cintura, se agachó y cruzó una de sus piernas por encima de la silla pues ella no parecía ya estar en este mundo—. Héctor, agárrala —ordenó con fuerza. Bajó casi al mismo tiempo que ella—. ¡Llévenselos! —gritó dándose cuenta de que seguía en estado de *shock*. No sabía qué hacer. Tomó su rostro

entre sus manos ahora sí muy preocupado, su mirada estaba desorbitada, no estaba consciente.

—Andrea... Andrea... ya se fue... mírame... Andrea... ya estás abajo... —De pronto sus enormes ojos verdes comenzaron a cobrar vida y se le empezaron a formar dos pozos dentro de ellos. Suspiró aliviado al ver que reaccionaba—. Todo está bien... mírame... todo está bien. —Ella por fin regresó de aquel sitio donde se había perdido y lo enfocó. Las lágrimas salieron sin poder frenarlas—. Dios... ¿Qué fue todo esto? —preguntó al tiempo que por instinto la abrazaba.

Andrea lloró asustada y nerviosa. La arrastró, sin que se diera cuenta, a un montón de pilas de paja. La sentó a su lado y continuó sin dejarla ir. Él también estaba espantado, el miedo que vio en su mirada fue aterrador. Cuando la sintió más tranquila comenzó a separarla de sí. Tenerla tan cerca estaba provocando un deseo desesperado y, para ser sincero, desconocido. Oler su delicado aroma, tocar su piel cálida, sentirla vulnerable bajo su tacto. Esa chica parecía embonar perfectamente en sus brazos. Sacudió la cabeza haciendo a un lado esos pensamientos que no cabían en ese momento.

—Andrea... ¿estás mejor?, ¿qué fue todo eso? —Lo miró, culpable, y todavía llorosa.

—Lo siento... De verdad lo siento... Yo no quería —susurró nerviosa. Matías no estaba preparado para la ternura que le provocaba escucharla hablar de esa forma. Acarició su mejilla delicadamente.

—No te preocupes... debiste decirme. —Ella se levantó de inmediato, sin darle tiempo de nada.

—¿Puedo ir a mi habitación? —La observó desconcertado y sintiendo su mano extrañamente vacía. Se levantó, quedando a unos centímetros de su pálido rostro. Andrea bajó la vista, estaba ansiosa y a punto de desfallecer.

—Andrea... —susurró cerca de su rostro.

—Por favor, Matías... —Su tono de voz era de súplica, mas no lo veía directamente. Se alejó un paso, perplejo por todo lo que estaba ocurriendo.

—Sí, luego hablamos —concedió. Ella giró y corrió prácticamente hasta perderse en el interior de la casa.

De nuevo se sentó sobre los sacos de paja frotándose el rostro, completamente perturbado. ¿Qué había sido todo eso?, ¿por qué al tenerla cerca se destaparon todos sus sentidos de una forma tan intensa y desconocida? El miedo en su mirada era irracional. Dios... ¿Qué le estaba ocurriendo? No comprendía nada.

—¿Y la señorita, patrón? —Héctor lo sacó de sus pensamientos.

—Se fue a descansar —informó al ponerse de pie.

—¿Vio su cara?, parece que les tiene mucho miedo, ¿por qué no le dijo?

Matías paró en seco al escucharlo. ¡Carajo! Recordó que el día anterior ella le había dicho que no quería ir, pero no le hizo caso. Luego, cuando la encontró cerca de las caballerizas, prácticamente la arrastró dando por hecho que le tenía miedo a él, no al caballo.

—Héctor, mientras ella esté cerca y en lo que vence su miedo, por favor mantén los caballos lejos de su presencia, ¿de acuerdo?

—Claro, patrón, no tiene que pedirlo... estaba bien asustada.

—Matías le dio una palmada en el hombro y regresó a la casa aún desconcertado. Subió las escaleras, caminó hasta su recámara y, antes de tocar, se detuvo para ver si escuchaba algún ruido. Llamó con dos golpes a la puerta.

—Pasen. —Abrió creyendo que la encontraría tendida llorando en la cama. Error. Estaba en una de las sillas junto a la ventana, nuevamente leyendo, con su libreta abierta. Al verlo entrar desvió la mirada, nerviosa.

—¿Podemos hablar? —pidió y luego cerró tras él esperando su respuesta. La chica asintió apenas perceptiblemente. Se sentó en la cama observando el immaculado orden de la habitación—. No sé qué fue lo que ocurrió allá afuera... pero te ofrezco una disculpa. —La joven posó sus ojos, sin poder ocultar su incredulidad, sobre su enorme figura—. Sí, no debí forzarte... Lo único que me justifica es que no sabía lo que ellos te provocaban. No volverá a suceder —aseguró. Andrea volvió a asentir sin decir más. Acariciaba el lomo del libro una y otra vez con la

mirada puesta sobre la mesa. El hombre se dio cuenta de que no le diría nada al respecto, no quería presionarla, seguramente no le era grato recordar la raíz de su miedo—. ¿Cómo vas con tu lectura? —indagó. El cambio de tema la relajó y lo pudo encarar serena.

—Pues... hay cosas que no entiendo... Pero el diccionario ha sido de mucha utilidad.

Se acercó hasta la mesita y se sentó frente a ella. Se sentía muy culpable, esa chica estaba ahí por lo que había hecho, eso no justificaba hacerla pasar por una situación como la de hacía unos minutos.

—¿Por qué entonces lo quieres leer? —La joven dudó unos segundos y lo notó, de verdad parecía no confiar. La duda y el recelo que se leían en sus facciones le provocaron un extraño cosquilleo. ¿Por qué miraba de esa forma?

—Yo... es que... me gustan las flores y... —Andrea se sentía ansiosa con su presencia, percibía que si no le decía la verdad pensaría que le ocultaba algo y entonces volvería a portarse como hacía unos días. Era evidente que quería llevar la fiesta en paz, aunque no se lo había facilitado con lo ocurrido hacía unos minutos.

—¿Y?

—Y... me gustaría tener una florería. —Listo, por fin se lo había dicho a alguien. Esperaba no haberse equivocado confiándole eso a él.

—¿Una florería? Eso suena bien. —Al ver que no había crítica ni ironía en su respuesta sonrió tranquila—. ¿Y qué no entiendes? Probablemente pueda ayudarte, digo, no estudié eso, pero tengo nociones de cultivo en general.

—No quiero cultivar, pero... quiero saber los procesos, si no, no sabré cómo tratar a las flores o cuáles son mejores, o cuáles son de qué clima —explicó. Este asintió comprendiendo muy bien lo que le intentaba explicar.

—Tienes razón, si quieres hacer algo, hay que saber de ello. —Andrea asintió nuevamente avergonzada, estaba compartiendo con Matías más que con cualquiera en muchos años—. Ahora dime, ¿qué no comprendes? Si puedo, te ayudaré. —Dudó un segundo durante los cuales decidió presionarla y esperó paciente a que bajara sus defensas.

De pronto le acercó sus notas arrastrándolas por la mesa lentamente. Matías observó admirando el orden con el que trabajaba y los puntos que ahí tenía anotados. Notó que había varios enunciados entre signos de interrogación y decidió comenzar con eso.

Para su sorpresa no era completamente ignorante del tema y sus dudas eran muy específicas, lo escuchaba con atención y anotaba todo meticulosamente, interviniendo cuando era oportuno o ante algo que no comprendía. Sin darse cuenta estuvieron ahí más de tres horas. Parecía muy natural encontrarse así, conversando sobre el cultivo de las flores, sobre las diferentes variedades, cuáles eran las diferentes formas de cuidarlas, etc. Andrea era culta y muy inteligente, hacía comentarios asertivos y parecía genuinamente apasionarse por el tema. Verla así fue un aliciente para él. Sonreía y hablaba ya sin dudas ni desconfianza. Esa nueva faceta era... refrescante, hermosa si era honesto.

De pronto su celular sonó. Ernesto. Lo necesitaba en los rastros, un animal parecía haber enfermado. Se disculpó pidiéndole que comiera sola ya que no sabía a qué hora regresaría. Asintió sin mostrar ninguna emoción.

En cuanto se fue dejó sus libros en la mesilla y observó por la ventana los enormes jardines del lugar. De pronto, sin entender por qué, se sintió extrañamente sola. La presencia de ese hombre hosco y duro había llenado de alguna manera la habitación. Lo cierto era que las últimas tres horas cambiaron por completo la imagen que tenía de él; en ningún momento se portó inaccesible, al contrario, fue amable, condescendiente y simpático. Sintió de nuevo esas mariposas dentro de su estómago revolotear suavemente dejando una estela agradable, pero que la alertaba. Matías estaba despertando en su interior cosas que no se debía permitir, que no debían surgir.

Recordó el incidente de la mañana y se avergonzó enseguida, tenía que contarle por lo menos una parte de la historia para que pudiera comprender por qué temía tanto a esos animales. Evocó sin dificultad y sí con algo de rubor sus manos sobre su cuerpo, su preocupación, aquella caricia sobre su mejilla que la hizo casi llorar nuevamente y es que desde hacía tantos años nadie la había mirado así, nadie la había

acariciado con interés sincero, con ternura, a nadie le había importado después de que sus padres dejaron de existir. Sacudió su cabeza, reñándose por sus pensamientos. Estaba ahí de paso, él era el mejor amigo de su hermano y si algo sucedía entre ellos, solamente provocaría más desastres. Por otro lado, sabía perfectamente que Mayra no se quedaría de brazos cruzados si lo llegara a siquiera intuir, la odiaba demasiado como para dejarla ser feliz, aun si eso no la afectaba.

De repente recordó que debía planear qué le enseñaría a Pedro al día siguiente, así que las próximas dos horas se dedicó a escribir y pensar qué harían los cinco días que se avecinaban. Cuando la tripa le pidió ser atendida, bajó y una chica que no conocía, estaba limpiando frijoles en la cocina, en cuanto la vio le ofreció sopa. Andrea comió en silencio puesto que la muchacha no parecía tener la menor intención de dirigirle la palabra, pese a que le sonreía de vez en cuando. Cuando terminó lavó sus platos a pesar de las negativas de la joven y, sin decir más, comenzó a ayudarle en su tarea. Ambas trabajaron en silencio, no quería regresar a su recámara, ya había estado ahí demasiado tiempo.

—Creo que ya terminamos —dijo Andrea, sonriente.

—Me llamo Indira, señorita.

—Yo Andrea.

—Lo sé, todos aquí lo saben.

—Oh.

—Aquí las noticias vuelan —la chica lo decía como si fuera de lo más normal.

—Ya veo. —Solo esperaba que no la causa de su estadía ahí, porque sería muy vergonzoso que supieran el motivo por el cual permanecía ahí recluida.

Unos minutos después de esa conversación, decidió vagar un poco en los jardines. Contempló cada flor recordando, soñadora, la conversación mantenida con Matías por la mañana. ¿Qué le sucedía con él?, ¿por qué su pulso se detenía o desbocaba cuando aparecía?, ¿por qué su presencia la alertaba?, ¿por qué no dejaba de pensar en su mirada? Resopló con frustración, las respuestas a esas preguntas no servían de nada, ella haría lo que debía y nada la detendría.

Más tarde se sentó en el columpio y comenzó a perderse en sus pensamientos. No estaba acostumbrada a tanta tranquilidad. Hasta hacía un par de semanas su vida era una total y absoluta pesadilla. Recordaba cada detalle, cada situación con claridad absoluta. Desde el momento de la muerte de sus padres, hasta unos días atrás, su existencia se había convertido en una lucha constante de supervivencia. El odio y la ambición de Mayra no tenían límites. A muy temprana edad tuvo que aprender lo que era la maldad, y encontrar la forma de enfrentarse a ella y, con todo eso, logró, sin saber cómo, tener ilusiones y esperanzas.

Por supuesto que se arrepentía de acompañar a esos chicos que apenas conocía a aquella tienda, sin embargo, de verdad desconocía sus intenciones. La habían invitado para molestar un poco a la gente esnob con su presencia. Eso le daba lo mismo, lo interesante radicó en haber escuchado una conversación de Mayra, la mujer pasaría por esa tienda a media tarde, por lo que se le antojó buena idea ir y ridiculizarla un rato para variar, ya que las cosas solían ser al revés. Demasiado rápido lo que era parte de una pequeña diversión se salió de control. Los chicos con los que iba planeaban robar. Sacaron un arma y todo fue confusión, gritos y caos. Hirieron a un vendedor de la tienda, prácticamente cayó sobre sus piernas al recibir el impacto. Gritó con las manos temblando, tocando su hombro lleno de sangre, notando su dolor en cada facción. Aún podía sentir el miedo al verlo comprender que tenía una bala incrustada en el cuerpo. Se frotó la frente, al evocar las mismas sensaciones retornaban.

Dios, claro que se arrepentía, no habría tenido que ser tan inconsciente, no debió de haber ido con esos chicos de los que apenas si sabía sus nombres, no debió buscar molestar a Mayra porque al final la única que resultó perjudicada, como solía ocurrir en su vida, fue ella. Sin embargo, en ese momento comprendía que si no hubiera estado ahí aún continuaría en esa casa, ideando la manera de salir de una maldita vez. Sí, esa se convirtió, sin proponérselo, en la solución para todos. Se hallaba lejos de la maldad de Mayra y si hacía lo que le pedía al terminar el año, probablemente no volvería saber de nadie nunca más. Dejó salir un suspiro de agobio. Miles de veces le rogó esa solución, pero

hasta hacía unas semanas la aceptó; no le interesaba ya el porqué, solo la tranquilidad de saber que jamás la volvería a ver. Cederle toda su fortuna y desaparecer para siempre era poco para librarse de ese insecto ponzoñoso y asqueroso que vivía para hacerla infeliz.

Matías se desocupó ya entrada la tarde. Por suerte la enfermedad del animal no era viral por lo que el resto no corría peligro. Todo el día se había sentido ansioso por regresar a la casa, quería verla de nuevo, su sonrisa surtía un efecto tan tranquilizador que quería volver a experimentarlo. Intentaría ser su amigo, tal vez así pudiera comprender por qué había actuado así a lo largo de su vida o si existía algo más se lo podría preguntar, pero era evidente que tendría primero que hacerla confiar ya que en ese aspecto tenía severos problemas. Se duchó, se cambió de ropa y media hora después ya estaba abajo de nuevo. Fue a la cocina en busca de algo de comida, estaba famélico.

—Indira, ¿ya comió la señorita? —La pequeña muchacha asintió seria mientras le servía—. ¿Y dónde está?

—En el jardín, patrón, parecía aburrida. —Matías frunció el ceño al escucharla.

—¿Aburrida?

—Sí, me estuvo ayudando aquí a limpiar los frijoles y luego salió a dar un paseo. —Indira no era de muchas palabras, de hecho, estaba seguro de no haber cruzado más de dos cada vez que la veía, sin embargo, notó cierta simpatía de su parte hacia Andrea—. ¿Quiere que la busque? —preguntó.

Alzó las cejas desconcertado. Así que ya se había echado a la bolsa a alguien más. Increíble.

—No, no es necesario, gracias. —En cuanto terminó salió al jardín. Estaba sentada de nuevo en aquel columpio con las piernas arriba y sus brazos enrollados en ellas. Su mirada parecía estar completamente perdida, muy lejos de ahí. Recordaba algo que no le provocaba alegría. Su expresión tensa lo demostraba. Dudó un segundo en interrumpirla, estaba muy ausente, a miles de kilómetros. De repente, la joven cambió de posición y giró en su dirección—. No quería interrumpirte —ad-

mitió avergonzado al verse descubierto. Ella bajó sus piernas de inmediato, negando.

—No, está bien. ¿Pudiste solucionar el problema? —Matías se encontró acercándose atraído por un hilo invisible y se sentó a su lado. Sin ningún aliciente comenzó a relatarle todo lo ocurrido en los ras-tros. Andrea lo escuchó atenta, emitiendo comentarios de vez en cuando—. Matías... creo que... te debo una explicación por lo ocurrido hoy en la mañana, no quiero que pienses... —Él no le permitió terminar.

—No debes decirme nada, no te preocupes. —La chica desvió la mirada y continuó sin hacerle caso.

—No quiero que pienses que no agradezco tu intención.

—No lo pensé —admitió, estudiándola. Era tan hermosa como intrigante, situaciones que lo hacían sentir como un crío en pleno despertar de las hormonas. Algo en su interior cobró vida de repente, fue como si una puerta que mantuvo cerrada y la que no conocía, se abriera sin previo aviso. Sin más, anheló saber qué se sentiría tener ese cuerpo asombroso debajo del suyo gimiendo y exclamando su nombre. Moría por averiguar el sabor de sus labios, era una necesidad investigar qué sensación brindaría tener su piel rozando la suya, mejor aún, era impetioso comprender qué escondía, conocerla en su totalidad.

—Hace muchos años tuve un... accidente con un caballo... con mi caballo en realidad. —Giró su rostro, mirándolo con tristeza. Matías logró hacer a un lado todos aquellos pensamientos para concentrarse en lo que esos labios carnosos decían, le estaba revelando algo importante y quería saber qué era—. Ella... bueno, estaba enferma y no me di cuenta. La cabalgué y... —se le quebró la voz. No supo si detenerla o dejarla, algo en su pecho lo hizo sentir incómodo ante su notoria tristeza, no le gustó verla así—. Todo ocurrió muy rápido, enloquecí, yo no pude bajarme, estaba atorada y no me hacía caso. —Se detuvo un momento y desvió de nuevo la vista—. Mucho tiempo pasó hasta que pudieron tranquilizarla. No podían disparar e inyectarla ni hacerle nada en realidad, nos encontrábamos a unos metros de un pequeño acantilado, si caía, caíamos juntas y era probable que ninguna saliera viva. Fue aterrador, no se dejaba dominar, no atendía ninguna orden

y permanecía en dos patas casi en su totalidad, relinchando, enloquecida. —Sacudió la cabeza como queriendo deshacerse del recuerdo y de la sensación—. Al final lo lograron cuando ambas estábamos ya agotadas... La tuvieron que dormir pues al examinarla se dieron cuenta de que había ingerido una planta venenosa que no tenía cura. Ese caballo... fue el último regalo que me hicieron mis padres —terminó por fin. Matías observó el hermoso jardín pensando que esa sí que era una razón suficiente para temerles. La anécdota era tormentosa si era sincero—. Fue muy doloroso. Yo... la quería mucho. Desde ese día no he podido acercarme a otro caballo sin tener miedo o culpa.

—¿Culpa? —preguntó extrañado. Andrea pensó un momento antes de terminar, le había contado casi toda la historia, pero hacía falta algo que tenía prohibido repetir.

—Bueno... sí... debí darme cuenta de que no se encontraba bien, la conocía perfectamente. —Él posó una mano sobre la suya, buscando consolarla. La joven, al sentir su tacto cálido y suave, giró, aturdida.

—Eso le puede ocurrir a cualquiera, Andrea, lo que sí es extraño es que el mozo no lo supiera y te hubiera permitido montarla. —Sonrió, irónica, recordando cómo Cristóbal había enfurecido culpándola de la muerte del animal por su imprudencia. Él ni siquiera se había detenido a pensar con la lógica de Matías, simplemente la había mirado con reprobación recriminándole ser una persona egoísta e irresponsable—. ¿Qué?

—Nada, es solo que... no había pensado en eso. —El hombre supo enseguida que se reservaba algo. Decidió dejarlo así, después de todo le tuvo la confianza para decírselo. De repente Andrea se levantó quitando su mano de ese lugar agradable pero prohibido—. Creo que es mejor que vaya a dormir, mañana hay que trabajar y estoy un poco cansada, ¿está bien?

Otra mentira, en realidad lo que quería con desespero era poner distancia entre ellos. Lo que ese asombroso hombre le despertaba al tenerlo cerca era más de lo que se podía permitir. Debía pensar con claridad y no complicar también su situación ahí.

Él la observó un segundo, pensativo, deseando saber lo que por su cabeza pasaba. Vencido asintió.

—Buenas noches. Descansa. —Andrea le regaló una pequeña sonrisa y desapareció sin voltear ni una vez.

Matías permaneció con los ojos clavados en el espacio vacío de la banca. Estar ahí con ella, conversando, parecía tan normal como si siempre hubiese ocurrido. Su ausencia era tan dolorosamente evidente que sin comprender por qué, le provocó desolación y nostalgia. Pensó un momento en lo que le acababa de decir, la entendía. La experiencia debió ser aterradora, y pese a que la sintió honesta, nuevamente percibía que algo faltaba. Esa situación ya comenzaba a irritarlo. ¿Qué debía hacer?, ¿debía esperar?, ¿debía hablarle a su amigo y preguntarle? Esa solución enseguida la desechó. Cristóbal ya le había dejado muy claro lo que pensaba al relatarle muchos de los diferentes problemas y situaciones, por demás molestas, con Andrea.

Suspiró, perdiéndose en la espesura del cielo, en las estrellas que acababan de aparecer luminosas y brillantes, en la dueña de la noche que, en ese momento, se encontraba en cuarto menguante. Debía esperar, no tenía mucha opción y, por otro lado, no podía perder de vista la razón por la que estaba ahí por muy hermosa y vulnerable que le pareciera.

Las semanas siguientes fueron relativamente más fáciles que la primera. Aún se cansaba bastante y no lograba terminar más de cuatro cestas en su jornada. Llegaba por la tarde a la casa, se duchaba, se cambiaba y bajaba a cenar. Todo sin un error, llegaba a tiempo y hacía todo lo que María le pedía.

Con Matías las cosas también parecían ir mejor. En el desayuno poco hablaban, ya no la ignoraba como antes. Pero a la hora de la cena sí compartían un poco más, aunque en cuanto terminaban, él desaparecía encerrándose en su estudio, en su recámara o saliendo de nuevo. Los fines de semana los pasaba la mayor parte del tiempo sola. Matías siempre se aparecía a la hora de la comida los domingos y conversaban sobre sus dudas acerca del libro. Esos espacios eran los que ella esperaba con mayor ilusión, aun sabiendo que no estaba bien, que no debían ser. Pero es que sentirlo tan cerca generaba en su ser una mezcla de seguridad y excitación. Era endemoniadamente atractivo, su aroma masculino alertaba todos sus sentidos como si de un interruptor se tra-

tara. Le hablaba de forma respetuosa, la escuchaba paciente y terminaba sin dudas al concluir esas horas a su lado, lo malo era que en cuanto el tema se agotaba inventaba algún pretexto y desaparecía dejándola nuevamente con esa sensación llena de vacío, de ansiedad.

Por otro lado, cada día le era más fácil escabullirse para ir con Pedro, ya estaban sincronizados y al parecer nadie sospechaba. Cuando regresaba sentía que un tractor le había pasado encima, por lo que caía profunda en segundos.

Para Matías las cosas eran muy diferentes. La atracción que sentía amenazaba con quemarlo en todo momento. Cada vez que entraba a esa maldita cocina la encontraba permeada con su delicado aroma. Para esas alturas ya estaba seguro de que había sido pésima idea haberle quitado el maquillaje espantoso que traía puesto cuando llegó a la hacienda, ordenarle mantener su cabello limpio y exigirle a Cristóbal un guardarropa «normal». Su belleza natural lo perturbaba profundamente, el querer saber más de ella lo inquietaba todo el tiempo, verla tan obediente y adaptada, lo desconcertaba tanto que se encontraba a veces conjeturando miles de cosas sin sentido.

María, Lorenzo, Indira, Pedro y hasta el mismo Ernesto, parecían estar encantados con su presencia y lo cierto era que Andrea parecía tener mucha humildad, siempre estaba dispuesta y hacía todo de buen modo, era amable, incluso servicial con los demás y regalaba sonrisas a diestra y siniestra, nunca mostraba superioridad o prepotencia. ¡Carajo! Era demasiado consciente de que necesitaba con urgencia encontrarle alguna falla, algún defecto, algo que le diera pie para bajarla de ese pedestal en el que, se daba cuenta, comenzaba a ponerla.

Intentaba permanecer alejado en la medida de lo posible, sin embargo, los domingos esperaba con desesperación el momento de verla y hablar de lo leído en la semana. Pero en cuanto el tema quedaba resuelto sabía que lo mejor era poner de nuevo distancia, pese a que esto lo quemara por dentro y lo dejara listo para recibir un largo baño de agua fría. Esa mujer se estaba adentrando en su torrente y por mucho que buscaba la forma de que no fuera así, no lograba ya sacarla de su mente en todo momento y eso... eso solo podía acarrear problemas, lo sabía.

∞ 6 ∞

Ya llevaba casi tres meses ahí. Las lluvias torrenciales acompañadas por el calor de agosto y septiembre estaban terminando, dándole poco a poco entrada a noches más frescas, incluso, a veces demasiado. El frío lentamente iba adueñándose de todo, octubre estaba en su apogeo.

Andrea salió como siempre sigilosamente, ahora más abrigada que antes, por detrás de la casa sin sospechar que María terminaba de inspeccionar el trabajo de una de las chicas en una de las vitrinas donde se encontraban diferentes antigüedades. La mujer, quisquillosa desde que lo recordaba, solía hacerlo con la luz apagada ya que la iluminación del exterior delataba los detalles mal hechos.

Un objeto aún sucio apareció frente a ella cuando de pronto un movimiento casi imperceptible llamó su atención. Se quedó quieta en su lugar. Entornó los ojos, suspicaz. No solía terminar tarde sus deberes, sin embargo, tendrían pronto visitas de una comercializadora muy importante y debía verificar que todo estuviera impecable, mejor aún, perfecto si era posible. No logró divisar quién era, pero por la silueta y el tipo de movimientos, parecía ser una mujer. Temeraria desde pequeña, la siguió con cuidado, en silencio. Ese cabello era inconfundible al igual que la altura, descubrimiento que la dejó aturdida. Pestañeó varias veces, consternada, rogaba con todas sus ganas que Andrea no estuviera haciendo alguna tontería y que ella no hubiera sido tan ilusa e ingenua como para no darse cuenta.

La joven volteaba de vez en cuando para verificar que nadie la siguiera. María sentía que el martilleo de su corazón la delataría, frustra-

ción e indignación comenzaban a apoderarse de sus emociones como si de un tsunami se tratara. La siguió hasta que se detuvo en seco al ver a Pedro que se le unía en el camino.

—Par de chiquillos —juró por lo bajo. Ahora sí no tenía duda, ese muchacho era terrible y sabía de sobra que se habían hecho amigos allá en el campo.

Volvió a maldecir sin detener su cuidadoso espionaje. Los dos chicos desaparecieron en el viejo granero. La mujer tomó aire y entró sin hacer ruido. A lo lejos se escuchaban sus voces. La siguió sin problema y se escondió detrás de unas pilas de paja que se hallaban muy cerca de ellos. Quería agarrarlos infraganti. Se sentía tan herida en su confianza y orgullo por esa niña que rechinó los dientes, furiosa. En cuanto a Pedro, mocoso de pacotilla, ahora sí se encargaría de que aprendiera la lección, nunca se había equivocado tanto. Esperó unos segundos y aguzó el oído.

—A ver, enséñame. —Era la voz de Andrea, no parecía tener miedo ni remordimiento. ¡Demonio de muchacha! Tenía las manos en un puño llena de coraje—. Pedro, esto no es lo que te pedí. —Parecía un poco molesta, sin embargo, lo decía cariñosa.

—Lo sé, Andrea, pero es lo que pude. —El chico sonaba culpable. María estaba a punto de entrar en escena cuando escuchó nuevamente a la joven.

—Pedro, yo arriesgo mucho cada noche escabulléndome hasta aquí para enseñarte como puedo lo que necesitas para regresar a la secundaria, y tú me dices simplemente que «es lo que pude».

Al oír eso la mujer abrió los ojos de par en par, tapándose la boca por miedo a que se le saliera algún ruido debido al asombro. Andrea le estaba enseñando a Pedro. ¡Oh, Dios!

—Lo sé, pero no tuve mucho tiempo, lo siento.

—No, Pedro, si no pones de tu parte yo no puedo seguir y, es más, si tú no cumples le diré todo a Matías y a Ernesto. No importa que a mí también me regañen. Bien merecido lo tendré por intentar ayudar a alguien que no quiere que lo ayuden. —Andrea parecía muy enojada. En el tiempo que llevaba de conocerla nunca la había escuchado así,

pero a una parte de ella le daba gusto que alguien estuviera poniendo en su lugar a ese chiquillo rebelde.

—No, no por favor, quiero que sea una sorpresa y si les dices y aún no sé nada, mi apá y el patrón ya no me dejarán estudiar, ellos me lo dijeron.

María ya comprendía el porqué del secreto, su corazón se compri-
mió al entender lo que esa chica estaba haciendo. En ese instante cre-
cieron unas ganas terribles de protegerla. Ahora no tenía ni la menor
duda: Andrea no era quien decían que era y la defendería del mismo
Matías si era necesario.

—Entonces prométeme que harás los ejercicios que te dé y dejarás
de quejarte por todo y de inventar excusas. —Ya la había convencido
ese muchacho de porras.

—Sí, lo prometo. No volverás a enojarte, lo juro.

La joven ya no dijo nada más. Con mucho cuidado salió de ahí, no
iba a descubrirlos; lo que hacían no tenía nada de malo y cuando se
llegara a saber ella intervendría por los chicos. Caminó serena hasta
la casa para terminar sus quehaceres, sintiéndose de nuevo orgullosa
de su sexto sentido y regañándose por dudar seriamente de él, jamás le
había fallado.

Andrea regresó a eso de las diez treinta a la casa. María esperaba es-
condida en la oscuridad; casi dos horas había estado con Pedro. Varias
preguntas se agolparon en su cabeza: ¿Lo harán diario?, ¿siempre du-
raban lo mismo?, ¿nadie de verdad lo sabía? Decidió que los próximos
días estaría más al pendiente para saber si así era. Sentía mucha ternura
por ella. Trabajaba todo el día y, aun así, ayudaba a Pedro cuando po-
dría ya estar profundamente dormida como habían creído todos hasta
ese día.

Después de fijarse los próximos cuatro días, se dio cuenta de que así
era. Ella se escabullía alrededor de las ocho treinta y Pedro la acompa-
ñaba de regreso a la misma hora que el día que los había descubierto. El
que no cruzara sola el casco de la hacienda y aquellos lugares desolados
a esas horas, la dejó más tranquila, sabía bien que el lugar era seguro,
pero nunca era bueno confiarse. Por otro lado, no debía descuidar ese

tema por si Ernesto, Matías o cualquier otro se daban cuenta. Ambos muchachos tenían pésima reputación y ese par de hombres no dudarían en hacer el mismo juicio que ella había hecho, con la diferencia de que ninguno tendría la paciencia para escuchar lo que en realidad pasaba.

Los días transcurrieron. Todo permanecía en perfecta calma. La cosecha estaba por terminar y Andrea se sentía más feliz ahí que en los últimos doce años. Matías hablaba con Cristóbal cada cierto tiempo, pero ella no tenía el menor deseo de hacerlo y cuando este le preguntaba si quería intercambiar algunas palabras con su hermano, daba un tajante «no» por respuesta. Habían pasado ya demasiadas cosas entre ellos que no tenían solución y que probablemente nunca la tuviera. Sabía bien que él siempre estaría dispuesto a creer lo peor, por otro lado, ella jamás le podría perdonar haber metido a esa mujer a sus vidas y que por su decisión hubiese vivido ese infierno. Todo eso, con el paso de los años, dejó heridas que jamás podría cerrar pues sabía que si algún día lo hacía, tendría que ser con ayuda de un profesional ya que su niñez y adolescencia no fueron como debieron ser, y eso la había marcado de muchas formas.

Lo cierto era que, sin percatarse, Andrea se hallaba relajada y alegre. La seguridad que le brindaba aquel lugar y su dueño era algo que hacía mucho no experimentaba, no obstante, la atracción que crecía por él la hacía sentir insegura y demasiado vulnerable. No quería que se diera cuenta por ningún motivo. Probablemente ardería de coraje y la echaría de ahí. Por otro lado, era el mejor amigo de su hermano, aunque en los últimos años su contacto hubiera sido escaso. Y como si todo eso fuera poco, tenía diez años más que ella, por lo que creía que probablemente la veía más como a una chiquilla boba, revoltosa, inmadura, consentida y bastante desubicada, que como a una mujer que estaba desesperada por vivir, olvidar, soñar y sentir.

Matías estaba enloqueciendo. Cuando parecía avanzar en la relación con ella algo cambiaba en su mirada y tenía que retroceder. Era desconcertante, intrigante y lo cierto era que por lo mismo permanecía en vilo. Esa mujercita estaba instalándose en su mente sin más, domi-

nando y colonizando todo el espacio lleno, antes, de otro tipo de pensamientos.

Por lo que a Pedro respectaba, a excepción del regaño de hacía unos días, parecía tomarse muy en serio las clases. Él era un chico que la llenaba de vida, sus comentarios la hacían reír hasta que el abdomen le dolía, también con sus burradas lograba hacerla enfurecer, sin embargo, disfrutaba cada noche de su compañía, al igual que su ayuda en el día. Lo mejor de todo eso era que a pesar de no tener experiencia como maestra, él iba avanzando. Debía reconocer que de verdad el muchacho tenía muchas ganas de aprender y enmendar su error, así que lo seguiría ayudando. Solo esperaba que las cosas salieran como las estaban planeando.

Llevaba varios días completamente sumergido en su trabajo. La hacienda no le daba respiro, además, en una semana esperaba visitas de dos comercializadoras extranjeras que iban a agregar sus productos y querían conocer los procesos. Por lo tanto, apenas tenía tiempo libre.

Pese a ello, sus momentos con Andrea los domingos por la tarde eran sagrados; comía con ella sin importar nada, ni siquiera si el mundo colisionaba y permanecía a su lado hablando de flores y de la hacienda por varias horas. Cuando estaba con esa joven el tiempo dejaba de cobrar sentido y era consciente de su cuerpo, a tal extremo, que después de ese lapso debía inventar alguna excusa y desaparecer ya que estaba seguro de que, si no lo hacía, la besaría y se perdería en su cuerpo sin miramientos, ahí, sobre la mesa de ese lugar.

Esa mujer lo tenía ya enfermo, desquiciado en realidad. No le molestaba sentirse así, al contrario, tenía que aceptar que era refrescante y completamente nuevo. Incluso comenzaba a percatarse de que el recuerdo de Tania cada día era más débil y estaba totalmente ensombrecido por las sonrisas genuinas de Andrea o por sus ojos anhelantes al querer saber más.

—Hijo, ¿no tienes hambre?, mira que últimamente casi ni te apareces por aquí. —al escuchar a María, salió de sus reflexiones. Asintió aún atolondrado por el curso que llevaban sus pensamientos y comenzó a comer—. Matías, ahora que la cosecha termine, ¿qué haremos con

Andrea? Al principio pensé en los caballos —él negó enseguida recordando su reacción—. Sí, lo sé, Héctor quedó tan impresionado con su rostro que aun después de tanto tiempo lo sigue comentando.

—Y créeme, no exagera, María. Debo confesarte que verla así a mí incluso me asustó, pensé que había perdido la razón.

—Bueno... es que con lo que te contó no es para menos. Esos traumas tardan mucho en quitarse, tú deberías ayudarla. —Frunció el ceño sin comprender cómo. La mujer estaba sentada frente a él con un vaso lleno de agua fresca entre las manos.

—¿Ayudarla? María, creo que la tendría que llevar al hospital si la acerco a un caballo nuevamente. —Y eso era algo a lo que no pensaba exponerla, no después de ese día.

—Hijo, a muchos chicos aquí les pasan cosas parecidas. No digo que la obligues a montar de nuevo, pero si poco a poco la vas acercando de nuevo a ellos y haces que les vaya perdiendo el miedo, a lo mejor con el tiempo vuelve a montar... —Matías no había pensado en eso. Después de lo ocurrido simplemente se había prometido no volver a causarle una impresión como aquella, sin embargo, lo que María decía no sonaba tan descabellado, podía intentarlo.

—Puede ser... Tengo que pensarlo muy bien, no quiero volver a ver esa expresión en su rostro, en serio no te imaginas cómo se puso. —La mujer lo miró comprensiva. Se daba cuenta de los sentimientos que él tenía hacia ella y de la manera que intentaba torpemente disimularlos o ignorarlos. Lo cierto era que ambos se gustaban y mucho, pero ninguno daba su brazo a torcer ya que debía aceptar que motivos no les faltaban, aunque ya para esas alturas sabía que era cuestión de tiempo. A Andrea no la conocía tanto, pero era una chica inocente y buena, ahora ya lo sabía y nadie la sacaría de esa idea. En cuanto a él, ni a su propia esposa había mirado de esa forma; esa joven lo tenía completamente embelesado y eso que aún no sabía lo que hacía por Pedro todas las noches.

—¿María? ¿Me escuchaste? —asintió enseguida mientras la evaluaba intrigado por su actitud ausente. Algo escondía—. ¿Pasa algo?

—No, hijo, ¿por qué la pregunta?

—Por tu sonrisa... algo ocultas. —La mujer se puso de pie enseguida, negando.

—Son tus ideas, pero bueno... Entonces, ¿qué haremos con ella? —quiso saber. Matías se dio cuenta de cómo lo evadía, sin embargo, logró captar de nuevo su atención con aquella pregunta—. En la empacadora las muchachas se la comerán viva y los chicos ni te cuento... —Él lo sabía muy bien y esa no era opción.

—Lo sé, para allá no la puedo llevar... Voy a pensarlo, aquí siempre hay mucho qué hacer, algo se nos debe ocurrir... Veo que es muy organizada y ordenada... Probablemente nos pueda ayudar en los graneros, oficinas de la hacienda, bodegas...

—¿Sola? No creo. No puede cargar y mover tantas cosas —sonó preocupada—. Prometiste que serías menos exigente. —Él sonrió al escucharla hablar así. De verdad Andrea la tenía comiendo de su mano.

—Por supuesto que sola no, le pondré ayuda. A lo mejor Pedro y alguien más para que hagan las cosas pesadas. ¿Qué pasa contigo, María? La defiendes como si fuera un ángel y yo el diablo —se quejó. La mujer sonrió ante sus palabras.

—No es eso, hijo, es solo que estos meses no nos ha dado ninguna queja... y tú prometiste...

—Sí, lo sé, no te preocupes. Ya te he dicho que estoy de acuerdo contigo en que hay algo que no cuadra, pero por mucho que intento que hable, no lo logro... En fin... lo cierto es que aquí no ha dado ningún problema y mientras así siga se le tratará con consideraciones y sin exageraciones, después de todo a lo mejor ya escarmentó y quiere cambiar. —Ambos se miraron sin decir más, pero seguros de que eso no era.

Andrea estaba exhausta, el trabajo en el campo era agotador. No podía quejarse, el tiempo se le pasaba de prisa y aunque no era muy rápida, se daba cuenta de que hacía mejor la recolecta al paso de las semanas.

—Gracias, Lorenzo, nos vemos mañana.

—De nada, señorita... Descanse, hoy se ve más agotada. —Ella le sonrió amablemente.

—Lo estoy, pero ya se acabó el día así que...

Bajó de la camioneta y cerró la puerta tras ella. Alzó su mano para despedirse mientras él hacía lo mismo. Ese hombre le caía muy bien, siempre se mostraba atento y amable. En realidad todos en ese sitio eran gente que valía la pena, pensó al entrar prácticamente arrastrando los pies.

Se duchó sin perder el tiempo, se puso ropa limpia y a la hora de la cena ya estaba lista como siempre. Bajó tranquilamente. Al llegar a la cocina vio que Matías ya estaba ahí. Últimamente casi no lo veía, cosa que sin poder evitar la decepcionaba, pero que fingía que le daba igual. Enseguida la sangre se agolpó en su cabeza, parecía cansado; sin embargo, estaba recién bañado y vestía un *jean* deslavado, una playera blanca y una sudadera gris que lo hacía parecer más joven. Pasó saliva con dificultad, sonriéndole amablemente.

—Buenas noches.

Aún no se acostumbraba a verla aparecer así. Su aroma llenaba la cocina y su cabello suelto, como lo traía en ese momento, le despertaba un deseo abrasador. De verdad la tentación era demasiada.

—Buenas noches, Andrea. —Ella se acercó como solía hacer hasta la enorme cazuela y olió alegre lo que había en su interior.

—Te va a encantar. Es cocido de res, ahora que está el clima un poco frío te va a caer de maravilla. —La joven sonrió al escuchar a María.

—Me imagino... Huele, como siempre, delicioso.

Matías las observó en silencio. Eso ya era parte del ritual de todas las noches. Ambas hacían siempre lo mismo y la sensación le encantaba, lo hacía sentir... en un hogar. Se perturbó al notar el rumbo de sus pensamientos.

—Siéntate, hija, ahora les sirven.

Obedeció y se acomodó donde solía. Él estuvo especialmente callado. Andrea lo miraba de vez en cuando desconcertada por su actitud. Ya no solía ser así, si bien no era todo sonrisas, sí conversaban entre los tres de cualquier tontería logrando que el ambiente durante la cena siempre fuera ameno y agradable.

María también había notado su cambio de ánimo, intentó integrarlo un par de veces, pero al ver que no la seguía, se dedicó a distraer a

Andrea, que parecía preocupada por el cambio de Matías. En cuanto el hombre terminó la cena, desapareció dando un escueto «buenas noches». Ambas observaron el lugar por donde acababa de desaparecer.

—Está muy presionado, van a llegar las personas que te he comentado y ya de por sí el trabajo en esta época es agotador —lo excusó. Andrea asintió un poco más tranquila al escucharla. Debía ser eso, no existía otra razón. Aun así, sintió un pequeño nudo en la garganta; siempre esperaba las cenas como una de las partes del día que más le gustaban y esa no fue como solía. En cuanto acabó de engullir el delicioso caldo, le dio un beso en la mejilla a María, esa mujer se estaba convirtiendo en un ángel en su vida.

—Gracias... por todo. —Su mirada estaba llena de agradecimiento, era obvio que no era solo por la cena. Un segundo después desapareció.

María se paralizó ante la muestra de cariño. Se daba cuenta de cómo esos cambios de humor de Matías la hacían sentir insegura y temerosa, seguramente creía que su estancia en la hacienda peligraba.

Matías, después de unos minutos de caminar en el jardín intentando ordenar su cabeza, decidió salir a cabalgar. Necesitaba sentir el aire en su rostro, oler el campo, sobre todo, distraerse un poco. Andrea se iría en unos meses y él tendría que estar preparado para eso. Ella solo estaba de paso y no tenía el mínimo interés de convertir el lugar donde residía, desde hacía muchos años, en un «hogar». ¿O sí? Eso ya lo había intentado y el resultado había sido un desastre, sin embargo, la comparación era absurda, ambas eran agua y aceite. Una era vitalidad, sonrisas, inteligencia, misterio y poseía belleza natural abrasadora. La otra fue delicadeza, sensibilidad, ternura y femineidad. Tania era hermosa indudablemente, pero de una manera estereotipada. Jamás sin maquillaje, raro fue el día que la vio sin él, sus atuendos elegantes y fuera de lugar en aquel sitio. Fue como si siempre estuviera lista para ir a algún evento y hacer gala de su impecable estilo. Eso en algún momento le gustó si era franco, le hacía sentir orgulloso de la mujer que tenía por esposa. Pero gracias a los meses que pasaron en la hacienda comenzó a molestarle pues era la prueba de que no estaba cómoda en

ese lugar; esperaba con ansia el regreso a la ciudad y lo había logrado. Después enfermó y todo fue chantaje, manipulación, frustración y dolor, mucho dolor. De solo recordarlo regresaba el malestar de aquellos días, la soledad e impotencia al ver que su vida se venía abajo sin entender el porqué.

Se bajó del caballo, le quitó la montura, le dio agua y lo cepilló unos minutos. El animal lucía cansado después de hacerlo correr como hacía mucho que no sucedía. Caminó tranquilo rumbo a la casa. De pronto unas siluetas en la oscuridad llamaron su atención. Se escondió tras el muro más cercano que encontró y esperó. Los siguió a lo lejos dispuesto a saber quiénes eran.

Un sudor helado recorrió su columna al identificarlos. Eran Andrea y Pedro. Maldición. Se movían sigilosamente, venían... llegando. Una furia casi ensordecidora se apoderó de él haciéndolo temblar por dentro. Cerró sus puños apretando los dientes, ambos le habían estado viendo la cara, a él y a todos.

Se acercó rabioso a la parte trasera de la casa. ¡En ese momento se terminaría su jueguito!

—Mañana te veo, no olvides traer lo que te pedí —Andrea susurraba. No obstante, logró escucharla perfectamente. No permitió que Pedro alcanzara a contestar cuando de repente el muchacho sintió cómo una mano fuerte lo tomaba del hombro y lo hacía a un lado de un empujón.

—¡Eres increíble! —exclamó. La joven no alcanzó a reaccionar, todo estaba ocurriendo demasiado rápido y sin sospecharlo. Se quedó ahí, paralizada, observando con temor y asombro la rabia avasalladora de Matías. Tragó saliva y buscó con la mirada a Pedro. Lo siguiente que pudo darse cuenta era de que él la aferraba con rudeza del brazo y la acercaba a unos centímetros de su rostro—. En serio eres una actriz consagrada... ¡Pero no más! ¿Entendiste?, ¡no más!

—Patrón, no, espere. —Matías giró hacia el chico, iracundo.

—¡Largo de aquí! Contigo hablaré después. —Pedro negó con ansiedad tratando de zafar a Andrea de su agarre, sin embargo, ella pa-

recía inmune a todo. Los observaba, ya para ese momento, sin reflejar ninguna emoción. Eso enfureció más a Matías, hizo a un lado a Pedro, sintiéndose fuera de sus cabales—. ¡Que te largues, dije! Y te advierto que esta fue la última que hiciste, no debí confiar en ninguno de los dos, ¡vete de una maldita vez! —Pedro iba a luchar de nuevo cuando Matías, más ágil que él, entró en la casa y cerró azotando la puerta.

Sin soltarla, la obligó a caminar a su paso hasta llegar a la puerta de su habitación.

—¡Mañana hablaré con tu hermano, y te irás de aquí! —Andrea sintió que aquel agujero en su corazón que comenzaba a sanar volvía a abrirse dejando expuestas todas esas viejas heridas con las que había convivido desde su infancia. Ni siquiera le preguntaba, daba por hecho que ambos estaban haciendo algo malo, como siempre todos la creían capaz de lo peor—. ¡Dime algo! —Le exigió zangoloteándola midiendo su fuerza.

—Tú ya lo dijiste todo —murmuró con la mirada clavada en sus ojos. No veía ni un poco de remordimiento, de miedo, vaya, no veía nada que le demostrara que comprendía lo que acababa de hacer. ¡Carajo!

—Eres soberbia. Debí hacer caso de lo que tu hermano me dijo. Tú solo sabes morder la mano que te da de comer, herir a quienes confían en ti. —La soltó mientras la escudriñaba despectivamente. Andrea continuaba impávida resguardándose donde sabía que debía hacerlo para no salir más lastimada—. Mañana no tendrás tregua en el trabajo, los días que te queden aquí seré implacable. ¿Comprendiste?, se acabaron las consideraciones, no te las mereces. ¿Cuánto tiempo llevan escapándose?, ¿qué hacían? —Ella continuaba distante, fría. Eso lo estaba poniendo aún más furioso, pero al mismo tiempo lo desconcertaba, era como si se aislara y estuviera en un lugar muy lejano donde absolutamente nada ingresaba ni salía—. Entra en tu recámara de una maldita vez —masculló sin saber qué más decir. La joven giró en redondo e hizo lo que le pidió sin chistar.

Ya en el interior, esperó a que sus pasos se alejaran. Se encerró en el baño y sintió de nuevo ese frío en el cuerpo que tanto tiempo la había

acompañado. No se había defendido, ¿por qué? Se miró en el espejo sin verse. *Muy sencillo*, se contestó a sí misma agotada, estaba harta de que todos siempre parecían estar listos para creer lo peor de ella y aunque sabía que eso podría suceder, se imaginó que él la escucharía y la dejaría hablar, creería en ella. Se había equivocado y ya no le importaba, ni él ni nadie. La escarcha de la helada interior iba colonizándolo todo, avanzando silenciosa y firmemente, esa era la única manera de salvar su orgullo, su ser.

Se recostó con la mirada perdida, dejándose llevar por los recuerdos de aquellos tiempos, cuando sus padres vivían y era feliz, esos momentos en donde su vida era paz y seguridad. No soltó ni una sola lágrima, esas no servían de nada, sin embargo, permaneció con los ojos abiertos completamente ajena a todo, mientras cada pétalo abierto de su interior volvía a replegarse y a cerrarse para conservar todo como si fuese un capullo blindado.

Matías sentía náuseas de la rabia, se encerró en su estudio, asombrado de lo que acababa de ocurrir. No podía ir en esas condiciones con Ernesto, estaba fuera de sí, la rabia aún viajaba por su torrente como si una marea de ira lo hubiese revolcado. Encontrarla entrando en la casa a hurtadillas, notar el asombro primero y luego su glacial mirada, lo habían dejado colérico, parecía indiferente a su enojo, a todo.

Pero las cosas no se quedarían así, esa muchacha aprendería, aunque fuera por las malas, a comportarse, no podía pasarse la vida decepcionando a las personas. Bufó dando un manotazo a uno de los estantes. María se llevaría una gran sorpresa cuando supiera todo eso y sus trabajadores una inigualable llamada de atención. ¿Cómo carajos era posible que ese par hubieran podido escabullirse sin que nadie los viera? ¿Cómo?!

Se sentó en uno de los sillones de su estudio, hundiendo la cabeza en sus manos. Solo hacía unos minutos pensaba que Andrea era casi un ángel a pesar de todo lo que sabía. ¿Por qué había sido tan ingenuo?, ¿cómo era que se había dejado engañar tan vilmente? Tenía que pensar qué haría. No sabía si debía decirle a Cristóbal o ¿debía enfrentar su error y rectificar? Se sentía aturdido, rebasado y muy decepcionado.

Unos minutos después decidió lo segundo, fue demasiado condescendiente con ella y se dejó influenciar por María. Eso iba a terminar. Esa chica de sonrisa ingenua y mirada desconfiada aprendería a dejar de jugar con las personas. En cuanto a Pedro, al día siguiente hablaría con Ernesto, sus oportunidades habían terminado en el mismo instante de descubrirlos.

Cuando la alarma sonó, se levantó dándose cuenta de que no había dormido en lo absoluto. La actitud de Matías le había afectado más de la cuenta. Necesitaba hablar con Pedro y pedirle que dijera la verdad. No intentar sacarlo de su error fue una tontería, pero estaba tan acostumbrada a enfrentar así las cosas que la reacción apareció en automático. Lo cierto era que él, al igual que todos, estaba listo para pensar lo peor de ella sin otorgarle oportunidad de defenderse, de explicar. Eso dolía, dolía bastante, pese a que buscara no sentir.

Se duchó, se vistió y cuando juntó todas sus fuerzas, bajó. En el comedor no estaban ni María ni él. No supo si alegrarse o gritar. Como siempre, no hizo ninguna de las dos. Se sentó en silencio y esperó a que le sirvieran ajena a todo. Era muy difícil intentar enfrentar las cosas de una manera diferente a la que solía, la costumbre la tenía presa. Indira le sonrió, pero como solía no habló nada. Apenas pudo comer. Era urgente hablar con Pedro.

Cuando llegó al campo buscó al chico con la mirada ansiosa frotándose los brazos con un poco de desespero.

—Que tenga buen día, aquí estaré esperándola hasta que termine.

De inmediato comprendió que Matías ya había dado la orden de que se quedaría ahí hasta sabía Dios qué hora. Lorenzo le regaló una sonrisa compasiva y desapareció. Respiró profundo caminando sola hasta donde solía trabajar, una vez ahí, empezó su labor.

La hora de la comida llegó y ni una señal de Pedro. ¿Dónde estará? Las manos le sudaban de tan solo pensar que lo hubiesen castigado, regañado... Dios, ¿por qué no sabía nada de él? Picó un poco de lo que le mandaron, para unos minutos después regresar a trabajar.

Ernesto había llegado poco antes de mediodía y cada vez que podía, la observaba sin esconder su molestia, su recriminación. Andrea evitó sus ojos cuando cruzaba por donde se encontraba recolectando sin cesar. Si Pedro no aparecía esa noche, no tendría otra alternativa salvo intentar hablar con Matías. No podía permitirse regresar a la capital, su vida quedaría arruinada ahora sí para siempre. Sudaba, incluso temblaba, la quijada tensa, la prisa por terminar y aclarar de una vez todo lo que había ocurrido.

Ya estaba sola en los cafetales. Llevaba casi siete canastos. Los jornaleros se habían ido en cuanto comenzó a oscurecer y lo peor era que aún no sabía cuántos tenía que hacer para que la dejaran marchar. El frío en aquel lugar era mucho más intenso por lo que de vez en cuando le castañeteaban los dientes, por si fuera poco, su estómago comenzaba a exigirle comida. Los brazos dolían como siempre. Dios, deseaba desesperadamente sentarse, descansar un minuto por lo menos. Pero si se detenía uno de los capataces le pedía amablemente que continuara.

Ya iba a terminar la octava cesta cuando sintió que algo le picaba en la pantorrilla, no supo qué, pero enseguida sintió un pequeño ardor en la zona. Se frotó con las manos encima del pantalón sintiendo un poco de alivio al hacerlo. Acabó la cesta casi a las nueve. Ya no podía más, estaba sudada, sucia, las manos y brazos le pesaban, moría de hambre, de sed, pero sobre todo por poner su rostro en la almohada.

—Hasta ahí deje, mañana continuaré, señorita.

Andrea asintió sintiéndose extrañamente mareada y con un intenso dolor de cabeza y con la respiración alterada, debía ser el hambre, la falta de descanso, todo. Caminó dándose cuenta de que un sudor espeso le recorría el cuerpo desde los pies hasta la cabeza, haciendo que su cabello se adhiriera a su nuca y rostro como si se hubiera mojado. Llegó hasta la camioneta de Lorenzo, sin saber cómo había podido lograrlo.

—Necesita descansar con urgencia —notó el hombre y la ayudó a subir al verla tan pálida.

Aún no entendía por qué el patrón le hacía eso a esa muchacha tan dulce, sin embargo, cuando lo cuestionó la respuesta fue tan dura que no dejó lugar a ningún otro comentario.

Al llegar a la casa Andrea tenía la vista nublada por mucho que pestañeaba para que desapareciera la molesta sensación; además, pequeños temblores le recorrían todo el cuerpo, haciéndola sentir muy extraña, pero sobre todo respirar se estaba convirtiendo en un problema.

Bajó despacio intentando no preocupar a Lorenzo. Se despidió buscando sonreír. Caminó con mucho esfuerzo hasta el interior y se detuvo un minuto para recobrar el aliento. Al darse cuenta de las escaleras que tenía frente a ella sintió que no podría llegar hasta su habitación. Resopló débilmente, necesitaba descansar, seguro después todo ese malestar desaparecería.

Se agarró del barandal con todas las fuerzas que le quedaban y subió como pudo. El cuerpo le dolía demasiado, cada músculo, cada hueso, la ropa se pegaba a su cuerpo por el sudor y que el aire entrara, ardía.

Abrió la puerta sintiendo que había corrido todo un maratón. Sin saber cómo, se dejó caer sobre el colchón cerrando los ojos, el oxígeno ya no entraba con facilidad. Casi de inmediato le costó mucho más trabajo respirar, no sentía las piernas, su corazón martillaba a un ritmo frenético, además unas náuseas descomunales emergieron sin más.

En ese instante comprendió que necesitaba pedir ayuda. Se palpó la pierna sintiendo que esa zona se estaba quemando, ardía tanto que no podía siquiera aguantarlo, además lo sentía por debajo de la gruesa tela hinchado. No tenía idea de qué animal le había picado, pero se daba cuenta de que probablemente era ponzoñoso y el veneno ya estaba actuando en su torrente sin que nada lo detuviera.

Intentó hablar e incorporarse, necesitaba avisarle a alguien, pero no pudo. Tenía la garganta completamente cerrada y una extraña somnolencia la envolvía sin poder luchar contra ella. Un espasmo le avisó de que su estómago estaba a punto de devolver lo poco que había ingerido en el día, no obstante, su cuerpo no le respondía. Tenía que salir de ahí, debía pedir ayuda, sus pulmones no respondían.

Matías no podía creer lo que Pedro le acababa decir. Andrea le enseñaba todas las noches desde hacía casi tres meses. Era el tiempo que llevaba en la hacienda. Dar con él le llevó buena parte del día. Ernesto

estaba furioso y le dijo que hiciera con el chico lo que creyera prudente, confesándole con tristeza que ya no sabía qué hacer con su hijo.

Al amanecer, tuvo que salir al rastro para vigilar un embarque importante, claro, no sin antes dar instrucciones sobre Andrea y hablar con el padre de Pedro. Cuando regresó para almorzar, no pudo ver a María pues había ido a hacer las compras para las visitas que esperaban el siguiente fin de semana.

Sabía que la mujer se pondría furiosa cuando supiera todo lo ocurrido.

¡Maldición!, la culpa lo tenía hecho su presa. ¿Por qué no les dio la oportunidad de explicarse?

Pedro apareció a media tarde con la maestra de la escuela del pueblo. No quiso hablar con él escondiéndose tras ella. La mujer le informó que era imperioso tener una conversación con el padre del muchacho. Matías no comprendió nada, por lo que lo mandó llamar enseguida. ¿A qué se debía tanto misterio? Se preguntó en aquel momento sin poder ocultar su enojo. Cuando la docente les relató todo lo que sabía y les hizo ver que ella misma le aplicó un pequeño examen en la mañana para poder probar lo que decía, los dos se quedaron estupefactos.

—¿Estás diciendo que Andrea y tú se escabullían para estudiar todas las noches? —Matías se sentía más desconcertado que nunca. Eso no podía ser verdad.

—Sí, patrón, intenté decirle ayer pero no me hizo caso y pensé que solo me creería si se le demostraba que era verdad. —Se acercó más confiado al ver que Matías bajaba la guardia, sacó todos sus cuadernos de la mochila que llevaba en la espalda y se los tendió con seguridad.

Enseguida reconoció la letra de Andrea. Era cierto. El tiempo se les fue mientras la maestra hablaba con ambos haciéndoles ver que Pedro tenía que continuar con sus estudios, aún no estaba listo, pero si seguía así probablemente podría entrar a la secundaria.

Ambos estaban atónitos. Matías sentía un agujero en el estómago y un remordimiento del tamaño del Everest. Nuevamente había sido muy duro con ella. Recordaba su rostro la noche pasada, eso lo hizo sentir mucho peor. En cuanto aquella charla concluyó, decidió ir a

buscarla, pero le hablaron de los cafetales; un grano estaba al parecer contaminado, sudó frío, si era así, las pérdidas podían ser millonarias. Olvidó todo y salió corriendo hacia allá mientras Ernesto se quedaba ahí, resolviendo el problema con su hijo.

Ya eran casi las nueve y media cuando entró en la casa. María acababa de llegar pues varios mozos estaban afuera descargando las compras. Caminó a la cocina, Andrea debía estar comiendo, acababa de hablar con Lorenzo y este le informó que hacía no menos de quince minutos la había dejado. Con la falsa alarma de la tarde no recordó decir que la regresaran a la hora de siempre a la casa.

Ahora sí había cometido una grave injusticia. Esa chica lo estaba volviendo loco, era impredecible, extraña y demasiado hermosa y él... estaba definitivamente perdido por ella, ¿para qué continuar evadiéndolo? Ya no podía ni quería luchar contra eso. Tomó aire antes de abrir la cocina e ingresó. María lo miró sonriente, estaba notoriamente atareada.

—Hola, hijo.

—¿Y Andrea? —preguntó. La mujer lo observó, extrañada. Matías parecía confuso, ansioso.

—No sé, acabo de regresar, apenas estamos bajándolo todo. —Sin decir nada salió de ahí. Debía estar arriba tan agotada que ni siquiera había comido. ¡Mierda! En serio se sentía pésimo.

7

Tocó su puerta despacio. Nada. Volvió a hacerlo pegando ahora el oído para intentar escuchar en el interior de la habitación. No se escuchaba ni un solo ruido. Abrió lentamente asomándose un tanto curioso. Seguramente estaba rendida bajo las cobijas.

El lugar estaba en penumbras. Solo entraba el reflejo de las luces del jardín a través de las ventanas: notó que estaban abiertas. La vio recostada sobre la cama hecha ovillo completamente vestida. No supo qué hacer, debía estar demasiado exhausta como para haberse quedado así. Torció la boca profundamente arrepentido.

Ya iba a cerrar cuando escuchó un pequeño gemido. Se detuvo poniendo mayor atención, era como una queja apenas audible. Abrió de par en par la puerta y entró con sigilo. Se acercó despacio hasta donde estaba. Volvió a escucharlo, era ella. Frunció el ceño. La observó de cerca, intrigado, ella temblaba como una hoja. Prendió la luz de la mesilla de noche ya seguro de que algo no andaba bien. En cuanto la miró se quedó petrificado. Andrea estaba temblando, sus labios estaban transparentes y su cara completamente pálida, unas pequeñas ojeras enmarcaban sus ojos y gemía quejándose. Tocó su frente: ardía. Sin pensarlo la hizo girar.

—¿Andrea? —la llamó ansioso. Le daba pequeñas palmadas en las ardientes mejillas—. ¿Andrea? —Se hallaba completamente inconsciente. Respiraba con dificultad, de hecho, no lo lograba del todo y no parecía pretender volver en sí—. ¡María! —gritó ya impaciente—. ¡María! —Continuó moviéndola con desespero—. Andrea... por fa-

vor reacciona, Andrea, veme, maldición. —Pero ella ni siquiera parecía escucharlo, su cuerpo colgaba inerte entre sus brazos, parecía una muñeca de trapo laxa, sin vida.

—Hijo, ¿qué pa...? —no terminó de decir la frase cuando los vio. Se acercó de inmediato—. ¿Qué tiene?, ¡¿qué pasó?!

—No lo sé, llegué hace un momento y así la encontré. Ayúdame a desvestirla, está ardiendo en fiebre. —La mujer se acercó, comenzó a quitarle la polera mientras él la detenía, para después despojarla de su calzado y poco a poco de los *jeans*. Algo llamó su atención inmediatamente aun con la poca luz en la habitación.

—Hijo, llama al doctor. —Matías sacó su celular y marcó, tembloroso. No soportaba verla así, sentirse tan basura.

—Lorenzo, perdón por la hora, es urgente que traigas a Ramiro ahora mismo. Andrea está muy mal. —Y de verdad parecía medio muerta, no podía dejar de observarla, ahí, inerte, ajena a todo.

—Matías, prende la luz, mira. —Él hizo lo que le pidió y volvió a acercarse sintiendo más angustia que en toda su vida. Una de sus torneadas pantorrillas estaba hinchada y tenía las huellas de un... piquete. Ambos se miraron por un segundo sin saber qué decir.

—María... trae de inmediato el botiquín, corre, no sabemos hace cuánto tiempo le picó, Dios.

La mujer salió rápidamente mientras él mantenía a Andrea con el dorso en alto, debía de mantenerla así para que el veneno no llegara al corazón, si seguía con vida. Rogó sudoroso para que no fuera demasiado tarde. Podía jurar que esa era una picadura de alacrán y si ya habían pasado varias horas, Andrea no sobreviviría, no si había sido uno de los que por ahí aniquilaban. La acercó a él sintiendo cómo la culpa, la angustia y el dolor atenazaban su pecho. No la dejaría morir, a ella no. Besó su cabeza sudorosa una y otra vez meciéndola levemente.

—Pasará, Belleza. Pasaré, lo prometo. —Pero ella respiraba ya muy lentamente, además hervía. Tomó su rostro, desesperado. La observó negando, con el pulso desbocado.

—Vivirás, lo juro. —Y pegó sus labios lentamente a aquellos blancuecinos, secos. No permitiría que le ocurriera nada, no a ella. Su fren-

te perlada de sudor le hizo recordar que debía bajar esa fiebre lo antes posible.

Comenzó a desabrochar la camisa que cubría una blusa guinda, decidido. Con cuidado se la pasó por lo hombros, cuando terminó rozó fugazmente su frente y la recostó sobre varias almohadas. Rasgó violentamente los *jeans* y de inmediato hizo un torniquete justo arriba de la zona afectada, sabía que ya no tenía mucho sentido, pero podría ser de alguna utilidad para el veneno restante; si es que existía aún, no continuaría viajando por su cuerpo. Un minuto después entró María apurada junto con Indira.

—Abre la regadera, con agua fría —le ordenó Matías a la muchacha. Él tomó la caja que María le estaba tendiendo y sacó una solución que introdujo de inmediato en una jeringa. La golpeó un par de veces para sacarle el aire. Sujetó el delgado brazo de Andrea, buscó con pericia una vena dispuesta e introdujo en un segundo el medicamento a su torrente sanguíneo. Agradeció en silencio saber hacer eso gracias a los cuidados que Tania había necesitado en diferentes ocasiones.

—María, quítale la blusa y los calcetines.

La mujer obedeció mientras él se despojaba de su camisa quedando solamente en vaqueros. Al posar sus ojos sobre ella, los abrió sin poder evitar el asombro. Andrea ya solo contaba con su ropa interior, bragas y sostén, por demás inocentes, no obstante, se quedó boquiabierto al ver que era completa y absolutamente perfecta, no le sobraba ni le faltaba nada.

María la volvió a sentar como una muñeca sin mucho esfuerzo. De repente ambos observaron en su espalda dos cicatrices largas y delgadas de unos quince centímetros que le atravesaban por la parte baja. Se miraron en silencio, desconcertados, soltando respectivamente un suspiro de confusión. Matías recordó que no tenían tiempo que perder. La tomó en brazos y entró al baño con ella. Indira estaba ahí esperando más órdenes. Si en diez minutos el medicamento no surtía efecto tendría que suministrarle más.

Ingresó a la ducha sintiendo el agua helada. La puso de pie sujetando él todo su cuerpo y pegándola a su pecho con fuerza. Andrea

reaccionó por un segundo al sentir el líquido humedecer su afibrado cuerpo, para enseguida volver a desvanecerse. El hombre la mantuvo bajo el chorro varios minutos. La joven permanecía con la cabeza recargada en su tórax y los brazos colgando sin vida a los lados mientras él sentía que moriría si algo le ocurriese, si no lograba reaccionar.

—Hijo... Lorenzo encontró a Ramiro en una ranchería de por aquí, ya está llegando. —Matías asintió, serio. De repente Andrea se comenzó a retorcer en sus brazos. La sujetó más fuerte. Mierda, era una convulsión. Ella se movía violentamente, la pegó aún más a su pecho sintiendo cómo poco a poco el episodio pasaba. Le dio un beso en la cabeza sintiendo un nudo en la garganta, no le gustaba sentirla tan vulnerable, tan frágil—. Vas a estar bien... te lo prometo —le susurró junto a su sien—. María, una toalla. Indira, cierra la ducha. —Al salir envolvió delicadamente el cuerpo tembloroso de Andrea y la llevó en sus brazos hasta su cama. Ahí la recostó con una delicadeza que, hasta ese momento, María no había visto en él.

Matías observó fijamente a la enferma quitándole el cabello que se le había adherido al rostro. Seguía muy pálida y movía la boca diciendo palabras inaudibles.

—¿Matías?... ¿qué pasó? —Al escuchar la voz de Ramiro sintió que el alma le regresaba al cuerpo. Le narró todo, incluyendo el antihistamínico que le había suministrado—. Perfecto. Ahora déjame examinarla, ¿de acuerdo? —Él asintió sin desear alejarse mucho de ella. Unos segundos después observaron cómo tomaba su pulso, escuchaba su corazón, su respiración, de repente otra convulsión. Matías se acercó sin poder evitarlo para sujetarla, tierna y firmemente. En cuanto concluyó el episodio continuó el examen—. ¿Tienen una idea de hace cuánto le picó? —preguntó Ramiro, abriendo sus párpados para ver las pupilas.

—No, yo entré y ya estaba así.

—Eso no es bueno, no sabemos hasta dónde ha llegado el veneno, aunque es evidente que al corazón no, gracias a lo que le inyectase y el torniquete, pero respira con mucha dificultad. —Volvió a poner el estetoscopio sobre su pecho y escuchó atento. Revisó con atención la

picadura en su pantorrilla—. Esto fue un alacrán, ya llegó a los pulmones. ¿Hace cuánto se lo suministraste?

—Diez minutos... —El médico sacó de su botiquín una jeringa, la preparó y se la introdujo en su delgado brazo después de tomar las medidas de higiene necesarias.

—Tiene que reaccionar y respirar...

—¿Qué debemos hacer?, ¿la trasladamos a Córdoba? —Matías la llevaría al fin del mundo si eso le daba esperanzas.

—Aguarda... el camino, aunque fuese en helicóptero, la desgastaría más y nos quitaría un tiempo valiosísimo. Necesito varias cosas, ¿alguien puede ir a por ellas al dispensario?

—Por supuesto... tú di qué hacer.

—Aquí tienes una unidad de primeros auxilios, necesito ver lo que es de utilidad en lo que le hablo a Chayo para que abra el dispensario y le dé, a quien mandes, lo que voy a pedir.

Ambos salieron de ahí de inmediato mientras María e Indira se quedaban con Andrea poniéndole paños de agua fría sobre la frente. A los veinte minutos regresaron. El doctor le colocó un respirador artificial al que tenían que estar bombeando manualmente, así que Matías se acomodó a su lado y comenzó a hacerlo.

—Tiene el pulso muy débil. María, trae, por favor, una solución con azúcar y una pizca de sal, corre. —En cuanto lo dijo miró a Matías.

—Está un poco deshidratada. En cuanto llegue el suero se lo pondremos con otra dosis, estoy seguro de que ese animal fue el que le picó y estos minutos son importantes. —Se sentó a los pies de la enferma y empezó a untarle algunos ungüentos en el piquete, para un segundo después pincharla justo a un lado donde el animal había derramado su ponzoña. Andrea seguía inconsciente—. Estoy poniéndole desinflamatorios, el dolor es espantoso. Pero, Matías, si no cede la fiebre en unas horas el pronóstico no es muy alentador, debemos bajársela a como dé lugar y debe respirar sola. Espero que con lo que me traigan lo logremos y que estemos a tiempo. —El responsable de aquella chica que yacía a su lado inconsciente asintió sin dejar de observar su rostro cenizo, esa belleza era su responsabilidad, no permitiría que nada le ocurriera.

Cuarenta minutos después, llegó todo lo que se había pedido. Rápidamente le administraron medicamentos por medio del suero y se le colocó un inhalador conectado a un pequeño tanque de oxígeno.

—Ahora solo queda esperar... —María continuaba poniéndole paños de agua sobre la frente, mientras Matías lo observaba todo.

—¿Le hablarás a Cristóbal?

—No lo sé... si no mejora creo que no tengo alternativa.

El silencio se apoderó del lugar por algunas horas, en las que los tres se limitaron a verla ahí, postrada, aguardando y rezando para que los medicamentos y remedios surtieran el efecto deseado.

Ya pasaban de las doce, la temperatura parecía no ceder. Matías seguía con el pantalón húmedo y se había puesto la camisa solo por encima. Ramiro le tomaba la presión en plazos regulares; al igual que los latidos y su respiración, nada cambiaba.

De pronto Andrea comenzó a hablar. Todos se pusieron en guardia de inmediato. Movía su cabeza agitada de un lado a otro.

—Mayra, basta... no... —sollozaba, afligida. María giró hacia Matías, desconcertada y con el ceño fruncido. Costaba entender sus palabras, aún más con la máscara que suministraba oxígeno, pero ambos estaban seguros de lo escuchado. Matías se acercó hasta quedar a un lado de la mujer y así poder ver mejor el demacrado rostro de Andrea sufrir, por sus delirios—. No, él no... Te odio, para esto. —Y de pronto un llanto convulso se apoderó de su débil cuerpo.

—¿Qué sucede? —Le preguntó Matías a Ramiro, preocupado.

—Está delirando, seguramente es algo que la perturba... No lo sé, debemos esperar, si en unas horas no empieza a ceder me parece que debemos trasladarla, el animal era bastante ponzoñoso o intervenimos tarde.

—María, ve a descansar, yo me quedaré aquí. No vale la pena que los dos estemos agotados.

—Hijo... —Este colocó una mano sobre su hombro con afecto. De verdad esa mujer de acero se había encariñado con Andrea, jamás hacía cosas así por nadie.

—Por favor... si no quieres irte a tu casa, descansa en uno de los cuartos. Yo te avisaré ante cualquier cambio. —Asintió resignada. Sabía que con Matías no podría discutir a pesar de que él lucía también bastante mal.

—Pero primero cámbiate de ropa, tú enfermo no nos servirás de mucho. —En ese momento recordó que aún llevaba puesto el pantalón húmedo y la camisa abierta. En cuanto regresó, ya seco, María desapareció.

Él continuó con la labor de la mujer. Le cambiaba los paños cada vez que se calentaban mientras le acariciaba el rostro, estudiando cada hermosa facción. Necesitaba verla sonreír, quería ver con urgencia esos ojos verdes que lo intrigaban tanto. Había sido injusto con ella, debía decírselo. Tomó uno de sus mechones y se lo acomodó tras la oreja sin dejar de contemplarla.

Volvió a inquietarse, continuaba diciendo cosas sin sentido, sin embargo, no pasó desapercibido el nombre de aquella mujer. ¿Qué escondía?, ¿por qué le pedía que se detuviera? Limpiaba sus lágrimas delicadamente para luego continuar refrescándola. Eran un poco más de las tres de la mañana cuando comenzó a sudar tanto que las sábanas parecían estar entrando a un río. Matías y el médico estaban exhaustos.

—Ramiro, está empapada. —Este se levantó de inmediato del sillón donde se encontraba dormitando. Le tomó la temperatura volviendo a revisarla.

—La fiebre comenzó a bajar, gracias a Dios. Está respirando mejor al fin. —Matías sintió un asombroso alivio al escucharlo. Eso quería decir que lo que seguía era recuperarse, que volvería a verla andar por doquier con esa sonrisa pegada al rostro.

—¿Y ahora qué?

—Debe empezar a mejorar.

—De acuerdo.

—Las indicaciones las daré mañana, ahora hay que esperar a que siga bajando la temperatura y luego cambiarle las sábanas para que no le dé gripe, en sus condiciones no es lo ideal.

—Bien, yo me haré cargo. Al lado hay una habitación, descansa y cualquier cosa te despierto, ¿sí?

—¿Seguro?

—Claro, no sabes cómo te agradezco todo lo que has hecho hoy.

—Me parece que tú has hecho más, Matías, de todas formas no me des la gracias, es mi trabajo y te tomaré la palabra. Si no hay más novedades, por la mañana vendré, ¿de acuerdo? —El dueño de aquel imprecioso lugar, asintió sin soltar la mano de Andrea, que mantenía sujeta desde hacía varias horas.

En cuanto dejó de transpirar de esa manera, la destapó poniéndole enseguida otra frazada seca que se encontraba a los pies de su cama y con la cual Ramiro se había estado cubriendo. La envolvió con cuidado, movió el pequeño tanque con el que respiraba y la colocó con cuidado al otro extremo de la cama. Observó el desastre que era la habitación; lo primero que debía hacer era vestirla.

Buscó entre su ropa algún pijama que fuera fácil de poner. Encontrarla fue sencillo, todo estaba immaculado ahí. Pestañeó observando todas sus cosas cuidadosamente dobladas o colgadas. Ella era así: organizada, comprendió al sentir otro pinchazo en su corazón.

Sacudió la cabeza, dándose cuenta de que por ahora eso no importaba. Se acercó hasta ella y la descubrió con cuidado. Con suma delicadeza la fue vistiendo mientras la joven se quejaba quedamente. Al bajarle la blusa, nuevamente aquellas cicatrices en su espalda robaron su atención, las siguió con la yema de sus dedos cuidadosamente. Podía asegurar que parecían hechas con una especie de látigo o fuste. Juró por lo bajo preguntándose, irritado, cómo se las habría hecho. De pronto su abdomen plano llamó su atención. Andrea era preciosa, demasiado para ser verdad. Concentrarse estaba resultando extenuante. Tenía una figura bellísima y digna de poder pasar una eternidad contemplando.

En ese momento se sintió despreciable por verla con esos ojos. Se hallaba delicada y él debía cuidarla, nada más. Una vez que la vistió, quitó ese lado de las sábanas, puso el grueso edredón por encima: acomodó las almohadas, la volvió a colocar ahí con dulzura y devolvió el tanque de oxígeno y suero nuevamente adonde debían ir. Buscó otra frazada que encontró en su armario y la arropó dejándola completamente seca y abrigada.

El trabajo lo dejó agotado. Por un segundo se arrepintió de no pedir ayuda, pero lo cierto era que una extraña posesividad lo había embargado al saberla medio desnuda bajo las sábanas, así que aunque la tarea resultara extenuante, no le importaba.

Andrea se merecía ese tipo de atenciones y sospechaba que muchas más. Unos minutos después, se acomodó en el sillón que varias horas atrás acercó a un costado de la cama y decidió dormir un poco.

Al escuchar que llamaban a la puerta, despertó. Antes de abrir decidió inspeccionar. Continuaba dormida, ya no estaba tan pálida.

—Soy yo. —Enseguida entró Ramiro, que parecía aún cansado—. ¿Cómo sigue? —Matías se frotó los ojos despabilándose un poco.

—Mejor... supongo.

El doctor sacó sus instrumentos y volvió a examinarla.

—Hijo... —Era María, asomada por la puerta

—Pasa. Ramiro la está revisando —le dijo. Eran ya poco más de las siete. La mujer obedeció y se puso a su lado.

—Todavía se ve mal —susurró angustiada.

—Lo sé, pero la fiebre ya cedió hace tiempo y la veo respirar con normalidad.

—Así es, ella va a estar mejor. Ya respira por sí misma. Le voy a quitar el oxígeno, espero que despierte en unas horas para poder quitarle el suero.

—Dios... qué buena noticia. —Matías por fin se pudo relajar un poco al escuchar el pronóstico.

—Por ahora no hay mucho qué hacer, debe descansar y recuperar fuerza. —Ramiro comenzó a quitarle el inhalador mientras María y Matías lo observaban—. Listo.

—Vamos a que desayunen algo. —Matías dudó, no quería dejarla sola.

—No despertará hasta dentro de un par de horas, aún no pasa el efecto del medicamento que le administré.

—De acuerdo, pero que suba una de las muchachas y se quede aquí en lo que regresamos, no quiero que esté sola —ordenó. María sonrió, asintiendo.

Una vez atendido el estómago, Ramiro subió a ver cómo seguía Andrea para después irse. En la cocina solo quedaron ellos dos y una chica que lavaba los platos, así que María le inventó un quehacer en otra parte de la casa para que los dejaran solos.

—¿Qué pasa, Matías? —Este la miró un segundo, pero enseguida regresó su atención a la taza de café.

—¿Sabes lo que hacían Pedro y Andrea durante las noches los últimos meses? —Asintió, seria. Él abrió los ojos, atónito—. ¿Tú lo sabías?, ¿y por qué diablos no me los dijiste?

—Porque supe que Pedro quería que fuera una sorpresa. Hace unas semanas me di cuenta y la seguí, escuché su conversación y al saber de qué se trataba decidí no hablar, no tenía nada de malo.

—Lo sé... Si yo hubiera esperado o por lo menos escuchado habría comprendido lo que ocurría en realidad.

—Si no fue así, ¿cómo es que lo sabes? —Matías le narró todo lo sucedido. María lo reprendió con la mirada toda la conversación, pero no lo interrumpió, era evidente que se sentía arrepentido, responsable—. Hijo, no es tu culpa que ese animal le haya picado si es por eso por lo que te sientes tan mal. —Lo notaba bastante desconcertado y ansioso, la preocupación por Andrea era evidente y su remordimiento más.

—No puedo evitarlo, no está acostumbrada a estos lugares y no sabía qué debía hacer ante una situación como esa; por no pedir ayuda pudo morir. —De solo pensarlo sentía que la sangre dejaba de fluir por su cuerpo.

—Sí, en eso tienes razón, no pertenece a este lugar. Sin embargo, me atrevería a decir que con el tiempo la he visto cada vez más alegre. —Él asintió entendiendo a lo que se refería—. ¿De qué crees que serán esas cicatrices en su espalda? —Matías estaba pensando justamente lo mismo.

—No lo sé, pero parecen hechas por un fuste, látigo o algo por el estilo, no podría asegurarlo. De todas formas, ¿cómo se los hizo? No es una zona a la que ella tenga acceso.

—Matías, algo no está bien, no me gusta todo esto. Andrea oculta cosas, pero por mucho que pienso, no sé qué puede ser.

—Ahora que mejore intentaré hablar con ella, pero no es fácil, María, esquivas mis preguntas todo el tiempo.

—Tú también escuchaste el nombre de la esposa de Cristóbal, ¿por qué habrá dicho que la odiaba?, ¿qué pasará? —negó igual de desconcertado. Las cosas eran turbias y extrañas, no obstante, averiguaría qué diablos estaba sucediendo. Necesitaba saberlo. Esa mujer lo tenía completamente hipnotizado y sentía que no debía lastimarla más, al contrario, si podía hacer algo por ella lo haría, su corazón le pedía a gritos ayudarla, pese a no saber muy bien por qué o para qué.

Ambos permanecieron pensativos cuando escucharon voces a lo lejos. Matías no dudó, ni siquiera esperó a identificarlas, salió disparado de la cocina y llegó de inmediato hasta la recámara de Andrea, con el corazón latiéndole muy fuerte.

Estaba despierta, completamente pálida, con la frazada bien aferrada y cubriéndose hasta el cuello. Veía a Ramiro desconfiada, con temor, mientras este intentaba explicarle quién era, pero la joven parecía no importarle, le exigía que se alejara.

—Ramiro... espera. —Al escuchar la voz de Matías, Andrea se relajó un poco. El dueño de aquella hacienda, se acercó tranquilamente hasta quedar a su lado, se hincó en el piso para estar a su altura y la miró con toda la ternura de la que era capaz. Se hallaba asustada, eso era más que evidente.

—Andrea, él es Ramiro, es médico. Ayer te picó un alacrán y estuvieste muy mal. Deja que te examine... Por favor. —Sus ojos agotados y hundidos pestañearon varias veces, de verdad estaba muy demacrada.

—¿Un alacrán? —No se acordaba de nada. Despertó sintiéndose demasiado cansada y adolorida. Lo siguiente que vio fue que ese hombre le bajaba la frazada para intentar descubrir su pecho. Los recuerdos de sentirse tan expuesta en diferentes ocasiones y no saber qué había ocurrido la golpearon sin piedad.

—Sí, te picó en el campo... —La ayudó lentamente a recostarse de nuevo, no dejaba de verlo.

—Pero... no comprendo —logró decir Andrea, con voz áspera y ronca— ¿Quién... me cambió? —Matías la estudió, arrugando la fren-

te, desconcertado. Le parecía increíble que de todas las preguntas que pudiera formular hubiera hecho esa.

—Yo, Andrea —intervino María con una sonrisa torcida—. Ahora deja que Ramiro te revise, ¿de acuerdo? —Ella asintió, más tranquila. Los párpados los sentía como dos losas sobre sus ojos, su cuerpo acababa de hacer un gran esfuerzo al creer que debía defenderse y la pantorrilla dolía horriblemente.

Matías le agradeció a María con la mirada. Ambos comprendieron que algo más le había ocurrido en su pasado, su reacción fue de terror y desconfianza, a pesar de su debilidad se intentó defender, cuestión que los alertó de inmediato.

—¿Cómo te sientes? —Le preguntó el médico mientras guardaba todo quitándole delicadamente el suero, que hasta ese momento no se había dado cuenta de que traía.

—Me... duele todo, sobre todo... la pierna y tengo... sueño —lo decía cabeceando. Los presentes sonrieron al escucharla.

—Es normal, Andrea, en unos días te sentirás como nueva. La zona donde fue el piquete dolerá, tomarás medicamentos para ello. Por ahora debes descansar y comer muy bien.

—No tengo... hambre —articuló débilmente.

—Lo sé, pero debes hacerlo, si no te volveré a poner ese suero y no podrás ni siquiera levantarte de la cama. —La joven respiró profundo—. ¿Lo harás?

—Sí... —No tenía más opciones, no quería permanecer ahí más de lo que debía.

—Enseguida te traerán algo de comer, ¿bien? —Asintió ya más dormida que despierta. María mandó a la muchacha que la había estado cuidando por sus alimentos y luego los tres salieron de la recámara—. Va a estar perfectamente, si tuvo la fuerza para alejarse de mí quiere decir que solo es cuestión de días. De todas formas estaré viniendo y ustedes no la dejen excederse, la pierna dolerá y debe cuidarse.

María acompañó al médico. Matías regresó a la habitación. ¿Qué le había ocurrido como para reaccionar así ante Ramiro? Se acercó de nuevo hasta ella y se sentó a su lado.

—¿Ya... se... fue? —Pensaba que estaba dormida, no abría los ojos. Sujetó su mano con ternura evocando sus labios sobre los suyos la noche anterior, no debió hacerlo, pero no pudo evitarlo, los sentimientos por ella aparecieron con total claridad al saber lo que hacía por Pedro y luego, cuando la vio así, sintió que esa vitalidad que tenía no debía extinguirse jamás, que necesitaba verla sonreír como solía, por siempre.

—Sí.

—Lo... siento. —Él frunció el ceño sin comprender a qué se refería—. Me... asusté... cuando lo... vi.

—No hables, Andrea, no pasa nada. Ahora debes cuidarte, ¿sí? Ya conversaremos cuando estés mejor.

Escucharla le provocaba una necesidad tremenda de abrazarla y de jurarle que todo iría bien, que nada le ocurriría.

—Matías... —Abría los ojos para de inmediato cerrarlos debido a la somnolencia—. No... es... lo que tú... piensas. —Quiso silenciarla, pero no se atrevió—. Pedro... —Tomó aire para seguir, le estaba resultando ya complicado tener fuerza para hacerlo. El hombre al ver por dónde iba, colocó un dedo cariñoso sobre sus labios, acercándose más a ella para quedar a unos centímetros de su aún enfermo rostro.

—Lo sé todo. No tienes nada que explicarme, debí escucharte... Yo soy el que lo siente, Andrea. —Se perdió en su mirada sintiendo cómo aquellas mariposas retornaban y la medio ahogaban por la intensidad de sus movimientos.

El ruido que hizo la chica al entrar logró que se separaran de inmediato.

—Aquí está la comida, patrón, ¿quiere que se la dé?

—No, Inés, déjala ahí, yo me encargo. —La muchacha desapareció enseguida. Andrea ya había cerrado de nuevo los ojos. Sonrió. Despacio pasó un brazo por debajo de sus hombros irguiéndola un poco. Acomodó unas almohadas en su espalda y la ayudó a recostarse nuevamente en ellas. Tomó la mesilla con la que trajeron su comida y se la puso sobre las piernas—. Andrea... prometiste que comerías. —Ella abrió lentamente los ojos, se sentía exhausta—. Anda, por lo menos un poco, después dormirás lo que quieras. —Sonrió apenas asintiendo,

recargó su cabeza en la cabecera mientras él comenzaba a darle pacientemente cucharada tras cucharada, de esa manera ingirió poco más de medio plato.

—Ya... Gracias, estoy agotada. —Retiró la charola y la ayudó a acurrucarse otra vez. Enseguida supo que se había dormido.

No tuvo idea de cuánto tiempo permaneció ahí, a su lado, observándola. Lo cierto era que no se cansaba. Escuchar su respiración, acariciar su rostro sin que pudiera evitarlo, estudiar su gesto en completo abandono, lo llenaban de una profunda paz y tranquilidad que jamás había experimentado, en más de una ocasión había pasado uno de los dedos por sus labios... Podía sentir, pese a la manera en la que lo hizo, su roce la noche anterior. No se arrepentía y se juró que volvería a hacerlo, pero en esa ocasión, ella sabría muy bien lo que ocurriría.

—Hijo... —María no esperaba verlo así cuando abrió la puerta. Matías prácticamente parecía un león acechando a su presa. Él giró un segundo para enseguida regresar su atención a la belleza que tenía frente a sus ojos—. Te buscan...

—Diles que lo que necesiten se lo pidan a Ernesto, hoy no pienso moverme de aquí —susurró para no despertarla.

—De todas formas debes darte un baño, descansar un poco. —Él negó sin verla. Estudiaba a Andrea de una manera que dejaba bastante claro lo que sentía por ella. María no supo si alegrarse o preocuparse al ver el cuadro que tenía enfrente. Esa niña le simpatizaba mucho, incluso le tenía cariño, sin embargo, le daba la impresión de que existían cosas en su pasado que podían ensombrecer su presente y, peor aún, su futuro—. Está bien... como tú quieras. Estaré en la cocina, marca si necesitas algo. —El hombre asintió y continuó deleitado por cada rasgo del hermoso y apacible rostro que dormía relajadamente.

En algún momento, el sueño lo venció y quedó dormido sobre el sillón que aún permanecía cerca de la cama.

Andrea sentía la garganta muy seca. Abrió lentamente los ojos. Le costó unos segundos recordar dónde estaba y lo que había sucedido. Tenía sed, demasiada, giró despacio en busca de agua, le dolían todos los

músculos del cuerpo y la cabeza le martillaba de forma insoportable, pero lo peor era la pierna.

Matías estaba ahí, sentado a un lado de su cama. Se paralizó por unos segundos. Estaba dormido tranquilamente en aquel incómodo sofá. Sin poder evitarlo lo estudió durante unos minutos. Nunca lo había visto así de apacible. Respiraba lento y lucía fatigado.

Sintió culpabilidad. Recordaba lo ocurrido la última vez que despertó. Él le dio de comer y la trató como nadie lo había hecho. Fue tierno e imposiblemente cariñoso en cada una de sus palabras. La garganta comenzó a picarle de nuevo, la sentía áspera. Intentó incorporarse para tomar un vaso con agua, que se encontraba en la mesa de noche; el dolor al moverse incrementó, se quejó en silencio. Una enorme mano la interceptó en el camino, dejó salir un respingo inesperado. Enseguida supo quién era.

—¿Qué haces? Recuéstate —ordenó repentinamente, despabilado. Ella alzó los ojos sin saber muy bien cómo reaccionar. Él se levantó y la acomodó de nuevo sobre las almohadas sin ninguna dificultad—. ¿Tienes sed? —La joven asintió muda gracias a la boca tan seca y más aún por su cercanía, que era avasallante. Matías se lo acercó con dulzura. Le ayudó con paciencia a tomar pequeños tragos que para ella eran como el paraíso—. ¿Listo?

—Sí... gracias.

Él, sin poder contenerse más, comenzó a acariciar su cabello con la yema de los dedos para después descender hasta su mejilla. Ambos se miraron de pronto completamente ajenos al mundo.

—¿Cómo te sientes? —Le preguntó sin perder la conexión.

—Mejor pero... me duele... mucho la pierna. —Su enfermero personal continuó sin quitar la mano, solo que descendió de repente hasta su cuello. La sensación era demasiado nueva e intensa para Andrea. Su piel cosquilleó y la dulzura de su tacto la hizo sentir importante, valiosa, mujer...

—Es normal, estuviste muy enferma. Debes dormir y cuidarte. —Ella asintió absorta en sus ojos miel—. Hablaré con Ramiro para ver qué te puedo dar para el dolor, ¿de acuerdo?

—Sí... gracias... pero... no quiero causar tantas molestias. —Volvió a silenciar su boca con su dedo índice.

—Shh... no es ninguna molestia, Andrea, tú solo cuídate, yo me encargo de lo demás. —No recordaba la última vez que se había sentido tan segura y protegida. La imagen de Cristóbal se abrió paso en su mente sin comprender por qué. De inmediato su mirada se ensombreció. El hombre notó el cambio en su ánimo—. ¿Qué sucede?, ¿te sientes mal?

—¿Le... le hablaste a Cristóbal? —Eso había provocado el cambio en su expresión, comprendió notando su voz distinta.

—No, quería esperar. ¿Deseas que lo haga? —negó sin dudar. Él posó una mano áspera sobre su frente, buscando tranquilizarla, moviendo de un lado al otro su dedo pulgar. Esas caricias eran demasiado íntimas... y placenteras—. Está bien, no lo haré... pero tú tienes que prometerme algo. —Andrea lo miró, desconcertada—. Cuando estés mejor tendremos una larga conversación... Tengo muchas dudas y quiero que me las aclares. —Al escucharlo dejó de verlo, aspiró con fuerza. No podía decirle nada, no debía—. ¿Andrea?... No voy a permitir que sigas esquivándome, necesito saber qué ocurre en realidad. Sé que tu versión de tu pasado es muy diferente a la de él.

—Matías... yo...

—Shh, ahora no, ahora vas a descansar y a comer: porque ya es mediodía.

—Pero tú...

—¿Siempre debes de renegar por todo? —Se sonrojó al escucharlo, desviando la mirada. Matías se dio cuenta de que sonaba un poco duro y es que estaba acostumbrado a hablar así con la gente que trabajaba en la hacienda, tanto que ya no diferenciaba muy bien ese tipo de formas. Sonrió dulcemente algo arrepentido, ella se replegaba cuando se mostraba así. Acunó su barbilla para que lo viera—. No estoy enojado, solo quiero que aprendas a dejarte cuidar. A mí no me pesa, ni a nadie de esta casa, pero si desobedeces entonces sí estaré molesto.

—Pero tú debes tener cosas que hacer...

—Nada es más importante ahorita que tu salud, así que aquí se termina la discusión. —Le guiñó un ojo y se acercó a ella para darle un tierno beso sobre la frente. El gesto la dejó perpleja, con el corazón bombeando peligrosamente. ¿Qué estaba ocurriendo?, había cambiado mucho. Un segundo después ese hombre que la estaba enloqueciendo con sus actitudes, descolgó el teléfono y pidió su comida.

Matías salió un momento de la habitación. El ambiente se sentía plagado de electricidad. Esa mujer lo enloquecía, ya no podía negarlo ni evitarlo, pero no era el momento para dejarse llevar, estaba aún delicada y débil, muy débil. Sin embargo, sentía una fiera necesidad de cuidarla, de tocarla, de sentir su piel bajo sus manos, quería que confiara, que creyera en él, deseaba como nunca había deseado algo, que esa mirada se posara en la suya mucho más que unos segundos, horas, una infinita eternidad.

Se echó agua en el rostro y unos minutos después ya estaba de regreso, ella se había vuelto a dormir. La dejó descansar un poco más perdiendo la mirada en el jardín.

—Hijo... aquí está la comida. —Era María. La mujer depositó la charola sobre la gran cómoda y se acercó a Andrea—. ¿Ha vuelto a despertar? —Él asintió desde su lugar—. ¿Se la darás de nuevo tú? —Volvió a asentir. María se acercó y lo observó por un momento—. Matías... te enamoraste, ¿no es cierto? —El aludido no mostró asombro ni desconcierto ante la pregunta.

—Esto... nunca lo había sentido —confesó con sinceridad. La mujer siguió el punto en que aquel muchacho, que conocía desde su nacimiento, tenía posados sus ojos.

—Tú amaste a tu esposa, no lo dudes. Sin embargo... He visto sentimientos que son así... No avisan y de pronto... golpean tan fuerte que jamás pueden volver a ser lo que solían.

—Es confuso, agradable, y sí, siento que mudo de piel.

—No debería decírtelo, pero... déjate llevar, suelta ese control sobre lo que debes sentir y permite a tu corazón volver a latir. Simplemente... vive de nuevo. —Él escuchó respirando pausadamente.

La había tratado tan poco. Sí, hablaban, intercambiaban risas, pasaban momentos amenos, llenos de paz, pero era bien consciente de que no profundizaban. Admitía sin problema que, desde el primer día, al verla en la cocina dispuesta a seguir órdenes, perdió la razón. Un deseo demasiado agudo como para ser permitido lo atravesó al mismo tiempo que crecían unas ganas imperiosas de protegerla, de no sabía qué... Probablemente de todos, de sí mismo.

Al principio sintió la necesidad de atacar el sentimiento, de aniquilarlo, ya que por lo que sabía ella era un problema con pies. Quiso hacerla reventar, quería demostrarse a sí mismo que era igual que las demás; débil y quejosa. No obstante, reaccionó totalmente diferente, jamás protestó, incluso, en ese momento, enferma, era difícil que se dejara cuidar. Cumplía con todo lo que se le pedía al pie de la letra, sin desobedecer en nada. Era amable siempre. Los fines de semana los pasaba quieta leyendo o intentando ayudar con labores de la casa. Su recámara era orden a dondequiera que posara la mirada y, para rematar, se escapaba seguramente agotada todas las noches para ayudar al cabezota de Pedro.

¿Cómo diablos no iba a sentir tanto por ella?, la quería y la deseaba, pero sabía que algo de su pasado no estaba bien y antes de cualquier cosa debía averiguarlo. Para esas alturas estaba convencido de que ella no actuaba y podía jurar que no lo estaba engatusando, nadie podía ser así tanto tiempo. Además, su mirada la delataba, era una mezcla de ingenuidad y desconfianza que lo desmoronaba, lo maravillaba.